Konrad Lorenz, científico de fama mundial que obtuvo el Premio Nobel de Medicina en 1973, convivió muchos años con los animales, manteniendo con ellos una relación asombrosa hasta llegar a ser, en sus propias palabras, «un ganso más entre los gansos». Este volumen reúne un maravilloso conjunto de historias, cada una de las cuales, además de ser un divertido y apasionante relato, constituye un magistral estudio de psicología animal.

Konrad Lorenz
EL ANILLO DEL REY SALOMÓN

7



Konrad Lorenz

EL ANILLO DEL REY SALOMÓN

UNA SERIE DE ESTUDIOS SOBRE LA PSICOLOGÍA Y EL COMPORTAMIENTO DE LOS ANIMALES, POR EL FUNDADOR DE LA ETOLOGÍA MODERNA Y PREMIO NOBEL DE MEDICINA 1973

BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

Hablaba con
las bestias, los peces, y los pájaros

Konrad Lorenz

Dirección científica:

Jaume Josa Llorca

Profesor de Historia de las Ciencias Naturales de la Facultad de Biología de la Universidad de Barcelona Colaborador científico del Consejo Superior de Investigaciones Científicas Associatedship ofChelsea College (University of hondón)

Autores de biografías y presentaciones:

Pilar Zueras Néstor Navarrete

Autor de la traducción y adaptación:

Ramón Margalef

Catedrático de Ecología de la Facultad de Biología de la Universidad de Barcelona

Título original:

Er rédete mit dem Vieh, den Voegeln und den Fischen

Título en español:

El anillo del rey Salomón (Hablaba con las bestias, los peces y los pájaros)

© Konrad Lorenz

Deutscher Taschenbuchverlag GmbH & Co. KG., München © Editorial Labor, S.A. (Barcelona)

Grupo Telepublicaciones © RBA Editores, S. A., 1993, por esta edición

Pérez Galdós, 36 bis, 08012 Barcelona

ISBN (Obra completa): 84-473-0174-5

ISBN: 84-473-0211-3

Depósito Legal: B-27.530-1993

Impresión y encuaderanción:

Printer industria gráfica, S. A. Ctra. N-II, km 600

Cuatro Caminos, s/n. Sant Vicenc deis Horts (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Konrad Lorenz

1903 Nace el 7 de noviembre en Altenberg, localidad austríaca cercana a Viena.

1914 Ingresa en el Schottengymnasium, escuela superior de Viena.

1921 Se traslada a Nueva York e ingresa en la Universidad Columbia.

1922 Abandona la universidad americana y regresa a su país, donde prosigue los estudios de medicina.

1927 Publica su primer trabajo científico, «Beobachtungen an Dohlen», sobre observaciones de la vida de las grajillas, en *Journal für Ornithologie.*

1928 Inicia su trabajo como ayudante de Ferdinand Hochstetter en la Facultad de Zoología de la Universidad de Viena.

1932 Publica «Bertrachtungen über das Erkennen von arteigenen Triebhandlungen bei Volgen» *(Journal für Ornithologie),* en tomo a los impulsos específicos en las aves.

1933 Se doctora en Zoología por la Universidad de Viena.

1934 Instalado en la residencia familiar de Altenberg, comienza sus estudios sobre los gansos.

1935 En «Der Kumpan in der Umwelt des Vogels» *(Journal für Ornithologie)* desarrolla su teoría de la impronta.

1937 Ocupa la cátedra de Anatomía Comparada y Psicología Animal de la Universidad de Viena. Publica «Über den Begriff der Instinkthandlung» *(Folia Biotheoretica),* en torno a la conducta instintiva de los animales.

1940 Pasa a ocupar la cátedra de Psicología Humana de la Universidad Albertus de Kónigsberg, en Prusia Oriental.

1941 Al estallar la Segunda Guerra Mundial es llamado a filas y destinado al hospital militar de Poznarí, Polonia.

1944 Enviado a Vítebsk, en Bielorrusia, como cirujano militar, al hundirse el frente ruso es capturado e internado en un campo de prisioneros de Erevan, Armenia.

1948 Tras ser liberado, regresa a Altenberg, donde reanuda sus estudios sobre el comportamiento animal.

1949 Es nombrado director del Instituto de Etología Comparada, instalado en Altenberg. Publica su primer libro, *Er rédete mit dem Vieh, den Vogeln und den Fischen (Hablaba con las bestias, los peces y los pájaros),* colección de breves estudios de psicología animal cuya edición definitiva *(El anillo del rey Salomón)* aparecerá en 1952.

1950 Se le confía la creación y dirección del Instituto Max Planck de Fisiología del Comportamiento de Buldern, en Westfalia, Alemania.

1953 Publica *So kam der Mensch aufden Hund (Cuando el hombre encontró al perro),* sobre la domesticación de los canes.

1955 El Instituto Max Planck de Fisiología del Comportamiento se traslada a Seewiesen bei Starnberg, en la Alta Baviera.

1963 En *Das sogenannte Bóse. Zur Naturgeschichte der Agression (Sobre la agresión. El pretendido mal)* formula sus teorías sobre los aspectos positivos de la agresividad humana.

1964 Es nombrado miembro de la Royal Society de Londres.

1965 Publica *Über tierisches und menschliches Verhaíten (El comportamiento animal y humano),* donde reúne una serie de estudios fundamentales publicados originalmente en revistas especializadas entre 1931 y 1942.

1973 Es galardonado con el Premio Nobel de Fisiología y Medicina, que comparte con los etólogos Karl von Frisch y Ni-kolaas Tinbergen. Publica *Die Rückseite des Spiegels (La otra cara del espejo),* análisis de la naturaleza de la mente y el saber humanos, y *Die acht Todsünden der zivilisierten Menschheit (Los ocho pecados mortales de la humanidad civilizada),* sobre los fenómenos que amenazan a la civilización contemporánea. Se jubila como director del Instituto Max Planck de Fisiología del Comportamiento y pasa a dirigir el Departamento de Sociología Animal del Instituto de Etología Comparada de la Academia de Ciencias de Austria.

1978 Publica *Vergleichende Verhaltensforschung. Grundlagen der Ethologie (Fundamentos de la etología).*

1982 Es nombrado director del Instituto Konrad Lorenz, creado por la Academia de Ciencias de Austria.

1988 Publica *Hier bin ich - Wo bist du? (Estoy aquí... ¿Dónde estas tú?),* en que reúne sus observaciones de más de medio siglo de investigaciones sobre los gansos.

1989 Muere el 27 de febrero en Altenberg.

El anillo del rey Salomón

La observación de la naturaleza ha apasionado al ser humano desde los tiempos más remotos y aún se conservan testimonios, como las pinturas de Altamira o de Lascaux, de la fascinación que producían los animales en el hombre antiguo. Posiblemente, buena parte de esta fascinación se debía a la dependencia del hombre de los demás seres vivos, pero existen suficientes evidencias como para pensar que aquel interés no era exclusivamente utilitario.

Durante mucho tiempo, la relación entre la humanidad y el resto del mundo animal se desarrollaba en dos vertientes fundamentales. Por una parte, estaban todas aquellas acciones que permitían al hombre aprovecharse de las especies útiles y protegerse de las que consideraba nocivas o peligrosas. Pero también creó un conjunto de idealizaciones sobre aquellos animales que resultaban sugerentes para cada grupo cultural. Sin embargo, el estudio científico de los animales no apareció hasta tiempos recientes, y en sus primeras etapas consistió en trabajos de descripción y clasificación. El estudio científico del comportamiento de los animales, la Etología, no surgió hasta fines del siglo XIX.

En *El anillo del rey Salomón* Konrad Lorenz, uno de los grandes impulsores de la Etología moderna, se dirige a un público no especializado, pero interesado en la vida animal, para comunicarle las maravillosas experiencias de su relación cotidiana con diversas especies. Pero no hemos de equivocarnos: aunque se dirija al lector como un aficionado más a los animales domésticos, Lorenz es un científico y detrás de cada uno de sus comentarios y opiniones hay muchas horas de observación rigurosa, de anotaciones y de pruebas contrastadas. Así pues, el lector encontrará aquí, expuestos con sencillez y amenidad, una serie de casos que ilustran algunas de las grandes aportaciones de Konrad Lorenz a la Etología, como la teoría de la impronta y la noción de mecanismo innato de desencadenamiento o sus reflexiones sobre la agresividad, el aprendizaje y el lenguaje.

Para todos los públicos

Un acuario con la cantidad y la clase adecuadas de peces es quizá la forma más sencilla de observar en casa el comportamiento animal. Bajo la guía de Lorenz descubriremos aspectos de la conducta de animales supuestamente tan poco apasionantes como los «peces de colores». Así veremos cómo el espinoso, el combatiente siamés y algunos cícli-dos superan con creces en ardor y fiereza a otras especies que gozan menos merecidamente de la fama de ardientes y fieros.

La comunicación animal

Uno de los temas centrales de *El anillo del rey Salomón* es el lenguaje de los animales. Al exponer de forma clara y comprensible las particularidades de los

sistemas de comunicación animal, Lorenz nos advierte que hay que evitar el antropocentrismo que nos mueve a comparar mi-méticamente las características y los mecanismos del lenguaje humano con los mecanismos y características de los lenguajes de los animales. Cada individuo de una especie animal superior dispone, de manera innata, de un código de señales completo, así como de la facultad de emitir y comprender correctamente estas señales. Pero no siempre utilizan este lenguaje con la intención consciente de influir sobre algún congénere, sino que pueden emitir las señales correspondientes a un estado de ánimo determinado estén o no presentes otros individuos de su especie.

Los tópicos falsos...

Lorenz se esfuerza en desmentir tópicos populares falsos sobre el comportamiento de ciertos animales. Tal es el caso de la pretendida mansedumbre de los animales vegetarianos, que queda en entredicho cuando nos enteramos de la extrema crueldad - según los varemos de la conducta humana - con que una tórtola puede tratar a su enemigo derrotado o del daño que pueden llegar a producirse dos liebres durante una pelea. Asimismo, los tópicos sobre la ferocidad indiscriminada de los carnívoros quedan desmentidos al saber que sus luchas con congéneres, sangrientas en apariencia, suelen terminar sin grandes daños gracias a los mecanismos inhibidores que les impiden herir gravemente a sus adversarios.

....y los verdaderos

La fidelidad de los perros, la inteligencia de los córvidos o la independencia de los gatos son tópicos que se ven plenamente confirmados por las observaciones de Lorenz, quien además nos informa de que esos conocidos comportamientos y otros menos evidentes constituyen el equipamiento básico con que cada especie animal se enfrenta a la lucha por la supervivencia.

Otros libros de la colección relacionados con el tema

La vida a prueba de David Attenborough

El arte de observar el comportamiento animal de Desmond Morris

La vida de las abejas de Karl von Frisch

Del mismo autor, en esta colección

El comportamiento animal y humano Estoy aquí...¿Dónde estás tú?

SOBRE ALGUNOS DEFECTOS DE FÁBRICA

Un prólogo compungido a la segunda edición austríaca

Nosotros –y en este colectivo nos incluimos el autor, que éste es el primer libro que ha escrito; la editora, que en realidad es jurista y sólo secundariamente se ha dedicado a la edición de libros y por entonces no había producido ninguno, y, finalmente, el corrector, que, aunque duro de mollera, era el único literato profesional de los tres–, un apacible atardecer del año pasado, después de discutir sobre libros de animales, buenos y malos, decidimos componer el que tienes en las manos, lector. Estamos orgullosos de lo que hemos producido, pero no queremos ocultar sus defectos.

Para empezar, tropezamos con el título original: «Hablaba con las bestias, los peces y los pájaros.» Puede dar origen a interpretaciones que no corresponden a nuestro sentir, y, así, me escribió un lector, que casi había tirado el libro, que recibiera como regalo de Navidad, porque no quería imaginarse incluido en ninguno de los tres grupos de presuntos oyentes a los que, al parecer, dirigía el autor sus palabras.

El título del tercer capítulo anunciaba «Tres animales de presa en el acuario» cuando, bien mirado, sólo se trataba de dos, del ditisco y de la larva de libélula. El tercer depredador, que era el lucio, fue eliminado por el corrector, porque era demasiado largo (el texto dedicado al lucio, no el corrector). Pero dejó el encabezamiento del capítulo tal como estaba, prometiendo un tercer animal de presa, que luego no aparecía. Temí las peores consecuencias; pero afortunadamente sólo un lector advirtió la pequeña equivocación: era un científico bien conocido por su meticulosidad.

También debo recordar la lamentable historia del hámster dorado, que se puede dejar libre por la habitación, porque –según el libro– no roe ni trepa. Ya tuve el presentimiento de que me había precipitado cuando, poco después de la impresión de nuestro librito, encontré un nido de esta especie sobre un elevado cofre de estilo María Teresa y en un archivador de cartas. Un rollizo hámster macho, ya de edad madura, descubrió que el papel era un material excelente para el nido, y, además, había desarrollado una admirable técnica de escalada de «chimenea», que aplicaba para subir entre el arcón y la pared. Sus dientes abrieron una cavidad esférica en el centro del legajo de cartas, y con el material así obtenido acondicionó el nido magníficamente. De las cartas que había en el archivador quedaron sólo una especie de marcos; pero, hacia los extremos, los redondos agujeros se iban haciendo cada vez más pequeños, siguiendo una curva que no es privilegio de los geómetras; sólo la primera y la última de las cartas habían quedado intactas. Así, por principio, interrumpo la lectura de las cartas que me envían mis lectores y que, tras algunas manifestaciones benévolas, referentes a la valía del libro en general, pasan a tocar el capítulo de los hámsteres dorados. Sé demasiado adonde van. Por eso he vuelto a confinar estos animalitos en sus cajones, y no por los archivadores de cartas –hasta ahora no han comido otra cosa–, sino porque representarían una amenaza para el jerbo, que hace algún tiempo salta por mi habitación. Por desgracia, en la última limpieza general, mi esposa encontró en el nido del citado roedor otra prueba acusadora: hilos de lana, rojos y azules, de la alfombra –acerca de la gran alfombra persa con las manchitas verde oscuras que han palidecido hasta el verde amarillento, véase la página 24–. De manera

que la alfombra o el jerbo deberán salir de mi habitación. Aún no me he resuelto a tomar una decisión.

Finalmente, estos últimos días me han puesto de tal humor mis acuarios, que me parece una burla el título que di al segundo capítulo: «Algo que no puede causar daño, el acuario.» Recientemente, en el silencio de la noche, se rompió el cristal de un acuario de cien litros, por lo cual se inundó la habitación, y anteayer, a las cinco de la madrugada, mis tres bombas de aireación dejaron de funcionar a la vez. Estuve luchando siete horas con ellas, hasta conseguir que por lo menos una volviera a trabajar. De ello dependía la suerte de una numerosa cría de cíclidos *(Etroplus maculatus).* En mi libro se insiste machaconamente en que no deben ponerse demasiados peces juntos en un acuario; por lo menos no debe rebasarse la capacidad que permite el equilibrio biológico del recipiente. Por desgracia, aquel acuario contenía unos trescientos pequeños *Etroplus,* de 2 a 3 cm de largo, siendo así que sólo debía haber puesto unos treinta. El trabajo de reparar las bombas podía compararse con el de un cirujano luchando con un vaso que sangra copiosamente y que no puede localizar. Mas prometo que mañana mismo los doscientos setenta pececitos supernumerarios serán distribuidos por diferentes comercios vieneses de peces.

Después de estas experiencias creo tan poco en los encabezamientos de capítulos, que me he procurado dos pinzones, como reacción al título del capítulo octavo, donde digo: «Hazme caso y no compres ningún pinzón.» Son dos pajaritos apacibles, que ha criado mi colaboradora, la doctora Use Prechtl-Gilles, para estudiar experimentalmente las reacciones con que solicitan alimento los pajaritos jóvenes. Por ahora, las avecillas son mansas, encantadoras y se portan bien. Sirva esto de consuelo a los lectores que me han escrito cartas llenas de reproches en defensa de los pinzones.

A pesar de estos defectos, todo lo que se consigna en el libro es verdad, aunque muy relativa. Pruébese a dejar una ardilla en la habitación; comparado con ella, un hámster dorado resultará un ser completamente inofensivo. El acuario es fuente de preocupaciones y daños sólo en casos excepcionales, y creo que mis pinzones no serán siempre tan mansos y buenos como parecen hoy. De manera que prefiero dejar las cosas tal como estaban en la primera edición. (Menos el número de animales de presa en el acuario. – *Nota del revisor)*

Lo que llevé a cabo movido por la ira, creció con ímpetu de la noche a la mañana, mas no perduró en la lucha con los elementos.

Lo que sembré movido por el amor, germinó con firmeza y maduró pausado, y gozó de la bendición del cielo.

PETER ROSEGGER

Para poder escribir sobre la vida de los animales se ha de tener una sensibilidad cálida y sincera hacia toda criatura viva. Yo creo poseer esta condición; pero no recuerdo los versos de Peter Rosegger con que encabezo este prólogo con el deseo de poner de relieve que este libro sea fruto de mi amor a los animales vivos, sino todo lo contrario, puesto que ha nacido del enfado que me producen muchos libros que tratan de animales. Debo confesar que si he hecho algo en mi vida movido por la ira, ha sido precisamente el escribir las historias que doy en estas páginas.

¿Qué es lo que me molesta? El montón de libros sobre animales, llenos de embustes e increíblemente malos, que se ofrecen hoy en todas las librerías; la turba de escritores que se atreven a contar cosas de los animales sin conocerlos. No se pueden subestimar los errores que difunden las historias de animales escritas de manera irresponsable, especialmente entre la juventud sensible.

No vale objetar que las falsedades son simples licencias de una exposición artística. Desde luego, a los poetas les está permitido estilizar a los animales, lo mismo que cualquier otro objeto, según las necesidades de los procedimientos poéticos. Los lobos y la pantera, el inolvidable meloncillo «Rikkitikkitavi» de Rudyard Kipling hablan como hombres; la abeja «Maya» de Waldemar Bonsel es tan formal y cortés como una persona bien educada.

Pero estas licencias sólo pueden permitirse al que conoce realmente a los animales. Tampoco puede exigírsele, al que se dedica a las artes plásticas, que eleve la representación de un objeto hasta la exactitud científica. Pero mala cosa si no «conoce» y si su «estilización» es sólo un manto que pretende usar para encubrir su incapacidad.

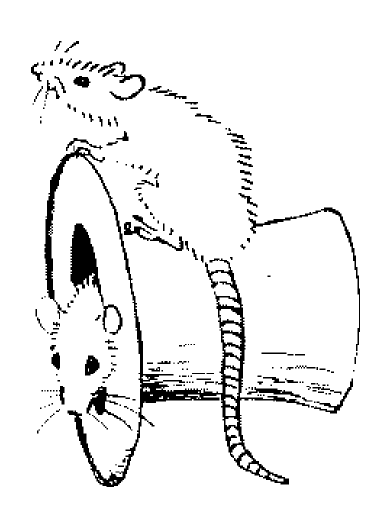
Yo soy naturalista, no artista; de manera que no me voy a permitir semejantes licencias o «estilizaciones». Por lo demás, creo que si se quiere convencer al lector de la belleza de un animal, no es necesario recurrir a tales libertades, pues basta con atenerse a los hechos, como en los más rigurosos trabajos científicos, ya que las verdades de la Naturaleza orgánica son de una belleza que inspira amor y veneración, y se nos ofrecen tanto más bellas cuanto más penetramos en sus detalles y particularidades. Es un desatino decir que la investigación positiva, la Ciencia, el conocimiento de las relaciones naturales, menguan el placer que procuran las maravillas de la Naturaleza. Al contrario, el hombre se siente conmovido por la realidad viva de la Naturaleza, y tanto más

profundamente cuanto mayores son sus conocimientos sobre ella. No existe ningún buen biólogo, cuyos trabajos fueran coronados por el éxito, que no haya sido llevado hacia su profesión por aquel placer interior que deriva de contemplar las bellezas de las criaturas vivas, y que al mismo tiempo no sienta aumentar su placer en la Naturaleza y en el trabajo, a medida que se amplían sus conocimientos profesionales. Lo dicho vale para todas las ramas de la Biología, aunque de una manera especial para la investigación del comportamiento de los animales, a la que he dedicado mi vida de trabajo. Esta parte del estudio requiere familiarizarse directamente con los animales vivos, y pide, además, una dosis de paciencia tan extraordinaria, que no basta, para perseverar en ella, el simple interés teórico, sino que exige algo más: el amor que sabe ver, tanto en el comportamiento de los animales como en el del hombre, las relaciones que presentía.

Y ya sólo me queda expresar el deseo de que este libro no resulte un fruto malogrado, pues aunque, hasta cierto punto, ha sido engendrado por un sentimiento de ira, éste no habría nacido, al fin y al cabo, sin aquel amor.

KONRAD LORENZ

LOS ANIMALES PUEDEN RESULTAR INCÓMODOS



¿Por qué deseo tratar previamente de los lunares y sombras que enturbian nuestra convivencia con los animales? Porque el grado en que estamos dispuestos a tolerar estos aspectos menos agradables, a sacrificarnos por ellos, nos da una medida de nuestro amor hacia los animales. Siento una gratitud inmensa hacia mis pacientes padres, que se limitaban a menear la cabeza o a suspirar resignadamente cada vez que, en mis años de escolar y joven estudiante, traía a casa un nuevo «inquilino» que sólo podía augurar inéditos maleficios. ¡Y lo que ha tenido que aguantar y conllevar mi esposa en el transcurso de los años! No sé de otro que se atreviera a pedir a su mujer que dejara correr por su domicilio una rata, que, aun siendo mansa, sabe cortar preciosos agujeritos circulares en las sábanas para procurarse el material con que mullir su nido. O tolerar que una cacatúa se dedicara a arrancar todos los botones de la ropa tendida en el jardín. O que un ganso montaraz pernoctara en el dormitorio, para salir volando cada mañana a través de la ventana. Y es de notar que los gansos montaraces son incapaces de aprender a conservarse limpios dentro de las habitaciones. Y ¿qué diría cualquier mujer cuando averiguase que los vistosos puntitos azules, que dejan esparcidos sobre muebles y tapicerías ciertos pájaros después de comer bayas de saúco, son completamente indelebles...? En fin, esta exposición se haría casi interminable.

Se me preguntará: ¿Es absolutamente necesario todo esto? Y mi respuesta será un «¡sí!» rotundo y categórico. Desde luego, es posible encerrar a animales en jaulas adecuadas para tener en el salón; pero sólo se puede conocer a los animales superiores y de mayor inquietud psíquica cuando se deja que puedan moverse con entera libertad. ¡Cuan pobre e interiormente mutilado nos resulta un mono, un prosimio o un gran papagayo, acostumbrado a vivir en una jaula, y cómo contrasta con la increíble movilidad, diversión e interés del mismo animal cuando goza de absoluta libertad! Sea como fuere, es condición previa estar dispuesto a aceptar daños y molestias. El tener a los animales superiores en libertad ilimitada ha sido siempre mi especialidad, aunque por razones de método científico, puesto que una parte muy considerable de mis investigaciones la he llevado a cabo con animales libres y mansos. La tela metálica de las jaulas ha desempeñado en Altenberg un papel poco corriente e incluso opuesto al habitual: debía impedir que los animales entraran en la casa o en el jardincito que hay delante de la misma.

También les estaba rigurosamente prohibido permanecer dentro del vallado que circundaba los bellos parterres de flores. Pero tanto para los niños como para estos inquietos animales todo lo prohibido tiene una mágica fuerza atractiva. Añádase a esto que los gansos montaraces, deliciosamente afectuosos, necesitan la compañía humana. Así, una y otra vez, antes de que uno se apercibiera, de veinte a treinta gansos estaban paciendo en los parterres floridos o, mucho peor, invadían la galería con ruidosos saludos. Ahora bien, es extraordinariamente difícil mantener alejada de un determinado lugar un ave que puede volar y que no teme al hombre. De nada servían los gritos estentóreos ni mover los brazos violentamente. El único espantajo resultó ser un enorme parasol de jardín, de color rojo subido. Cual antiguo caballero lanza en ristre, mi esposa avanzaba hacia los gansos con el parasol plegado bajo el brazo, se detenía lanzando un grito de guerra y abría de golpe el parasol. Esto era más de lo que podían tolerar nuestros gansos, y la bandada se elevaba ruidosamente por los aires.



Por desgracia, mi padre anulaba en buena parte todas las medidas adoptadas por mi esposa para educación de los gansos. El buen señor se había aficionado a estas aves, atraído especialmente por el comportamiento «caballeresco» y valeroso de los machos, y nada podía evitar las invitaciones diarias a los gansos en la galería. Puesto que por entonces su vista no era ya muy buena, no advertía bien las consecuencias materiales de semejantes visitas de los gansos, a no ser que pusiera el pie encima. Un atardecer, al acudir al jardín, eché de menos, con asombro, la mayor parte de los gansos. Temiendo lo peor, me dirigí al estudio de mi padre y, ¡oh, santo cielo! Sobre una preciosa alfombra persa se habían instalado veinticuatro gansos en torno a mi buen progenitor, el cual estaba sentado ante su mesa de trabajo, tomando té, leyendo el periódico y dando a las aves trocitos de pan. No cabía duda de que los gansos se sentían algo extraños en la habitación, pues daban ciertas muestras de nerviosismo, que se manifiesta de manera muy poco agradable, en su actividad intestinal. Lo mismo que otros animales que tienen que digerir mucha fibra vegetal, el intestino ciego de los gansos está muy desarrollado, y en su interior la celulosa se convierte en asimilable para el animal después de ser descompuesta por la acción de determinadas bacterias. Por lo regular, a cada seis u ocho evacuaciones normales del intestino corresponde una del contenido del ciego, que se caracteriza por un característico olor fuerte y que es de color verde oscuro muy intenso. Pero cuando uno de estos gansos se

siente cohibido o nervioso, las evacuaciones del intestino ciego se suceden rápidamente. Han pasado más de once años desde esta visita de los gansos, y durante este tiempo, las manchas de color verde oscuro sobre la alfombra sólo han empalidecido, y actualmente son de un verde amarillento.

En resumen, los animales vivían en completa libertad y estaban familiarizados con nuestra casa. Tendían siempre a venir hacia nosotros, no a escapar de nosotros. Las frases que en cualquier otra vivienda podrían ser: «El pájaro se ha escapado de la jaula, ¡cierra aprisa la ventana!», en la nuestra era: «¡Por Dios, cierra la ventana, que la cacatúa –o el cuervo, el maki, el capuchino– quiere entrar!» La aplicación más genial del «efecto inverso de las alambradas» fue experimentada por mi esposa cuando nuestro hijo mayor era todavía muy pequeño. Precisamente entonces teníamos algunos animales grandes, que podrían ser peligrosos: cuervos, dos grandes cacatúas de moño amarillo, dos makis mongoz y un mono capuchino, a los que –en especial a los cuervos– no era prudente dejar solos con el niño. Como solución más práctica, mi mujer improvisó una gran jaula en el jardín y metió en ella... el cochecito con nuestro hijo.

Por desgracia, en los animales superiores la capacidad y la tendencia a causar daños guarda proporción con sus facultades psíquicas. Por eso no conviene dejarlos que corran a sus anchas mucho tiempo, sin vigilancia, especialmente a los monos. Sin embargo, esta precaución no es tan necesaria con los prosimios, especialmente con el delicioso maki mongoz, que durante muchos años nos proporcionó solaz y amistad, pues estos animales carecen de un verdadero interés para investigar los utensilios del menaje doméstico. Por el contrario, los verdaderos monos, e incluso los monos del Nuevo Mundo (platirrinos), que son filogenéticamente inferiores, se interesan con excesiva afición por todo objeto nuevo, y tratan de «hacer experimentos» con él. Por interesante que esto pueda ser desde el punto de vista de la psicología animal, a la larga resulta una cualidad insoportable para la economía doméstica. Un solo ejemplo para ilustrarlo.



Cuando era un joven estudiante tenía en el piso de mis padres, en Viena, un magnífico mono capuchino *(Cebus fatuellus),* de sexo femenino, al que pusimos el nombre de «Gloria». Vivía en una espaciosa jaula, instalada en el cuarto que me servía de dormitorio y estudio. Cuando yo estaba en casa y la podía vigilar, la dejaba libre en mi habitación; pero cuando me marchaba, la encerraba en su jaula, en la que se aburría soberanamente y mostraba siempre deseos de salir. Después de una ausencia algo larga, al regresar a casa un

atardecer y girar el interruptor, vi que la luz no se encendía; pero los chillidos de «Gloria», que no procedían de la jaula, sino que bajaban de la barra de la cortina, no dejaban duda alguna acerca de quién era el causante de la avería eléctrica. Cuando volví con una vela encendida, pude ver, estupefacto, la escena: «Gloria» había derribado de su soporte la pesada lámpara de bronce que tenía en la mesita de noche, la había arrastrado a través de la habitación –aunque olvidándose, como es natural, de sacar el enchufe de su base–, la había subido hasta el acuario más alto, y con ella golpeó y rompió, como con un ariete, el grueso cristal que hacía de tapa, de manera que la lámpara se hundió en el agua. Ésta era la razón del cortocircuito. Entonces, o quizás antes, consiguió abrir mi librería –extraordinaria proeza, si se tiene en cuenta la pequenez de la llave–, sacó los volúmenes II y IV del texto de *Medicina interna,* de Strümpel, llevó los libros hasta el soporte de los acuarios, los hizo minúsculos pedazos y metió en los acuarios todos los pedacitos de papel. En el suelo quedaban sólo las tapas vacías, sin un trocito de papel de las páginas. En los acuarios se veían tristes actinias con los tentáculos completamente empapelados...

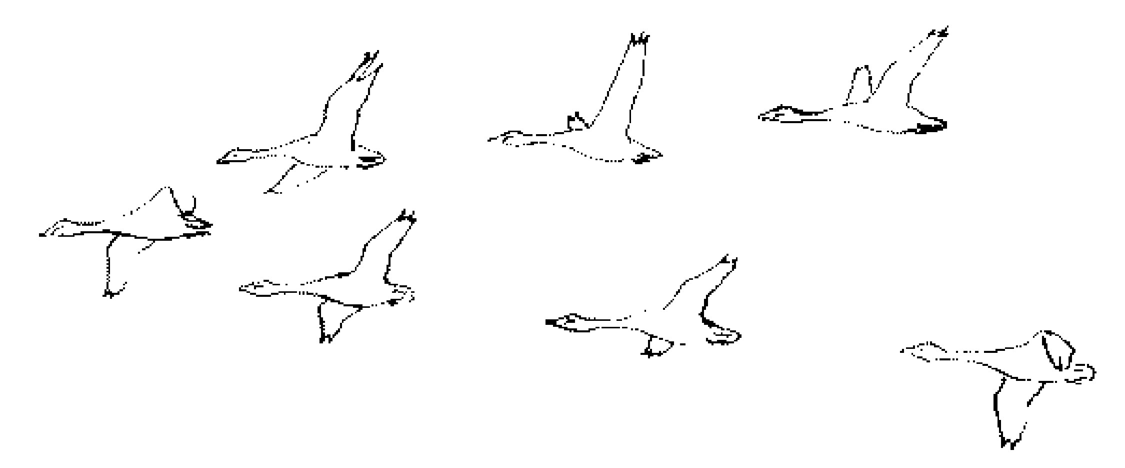
Lo interesante de este incidente fue la tenacidad que «Gloria» demostró en sus investigaciones: el mono tuvo que invertir un tiempo considerable en llevar a cabo su proeza, y ya, sólo desde el punto de vista físico, el trabajo realizado era ciertamente importante para un animal tan pequeño. ¡Lástima que resultara tan caro!

¿Existe algo positivo que compense esta serie interminable de disgustos y dispendios que supone el tener a los animales libres en la casa?

Huelga tratar de las razones de método que, para determinadas investigaciones de psicología animal, hacen indispensable disponer de un animal de experimentación psíquicamente sano, no influido por los perniciosos efectos de la cautividad. Independientemente de ello, el animal libre que podría escapar, pero prefiere quedarse, y precisamente se queda por haberme cobrado afición, proporciona un placer inenarrable. Cuando, durante un paseo por las riberas del Danubio, oigo la voz sonora del cuervo y, a mi respuesta, el gran pájaro encoge sus alas allá en lo alto y se precipita en silbante caída, frena con un hábil aletazo y se posa, con delicadeza ingrávida, sobre mi hombro, compensa todos los libros desgarrados y los huevos de pato totalmente vaciados que el cuervo tiene en el «debe» de su cuenta.

El encanto de la vivencia no desaparece aunque se haga habitual y el ave de Odín se haya convertido para mí en un compañero tan normal como para otro puede ser un perro o un gato, pues el animal, una vez ha adquirido confianza, no sólo me da lo que en aquel momento le ofrece su destino, sino también aquello cuyos recuerdos despierta en mí. Así, un día neblinoso de principios de primavera marchaba yo hacia el Danubio. La cinta del río, estrecha y sombría, presentaba aún su aspecto invernal. A lo largo del cauce viajaban porrones, serretas y, de vez en cuando, alguna bandada de gansos o ánsares frontialbos y campestres, y, entre ellos, un grupo de gansos grises o comunes. Vi que el ganso que volaba en segundo lugar a la izquierda de la escuadrilla triangular carecía de una de las plumas remeras de un ala. Y entonces reviví interiormente cuanto sabía de aquel ganso y de la pluma que le faltaba, del accidente en

que la perdió. Porque, desde luego, los viajeros son *mis* gansos, pues no hay otros de su especie en el Danubio, ni tan sólo en tiempo de migración.



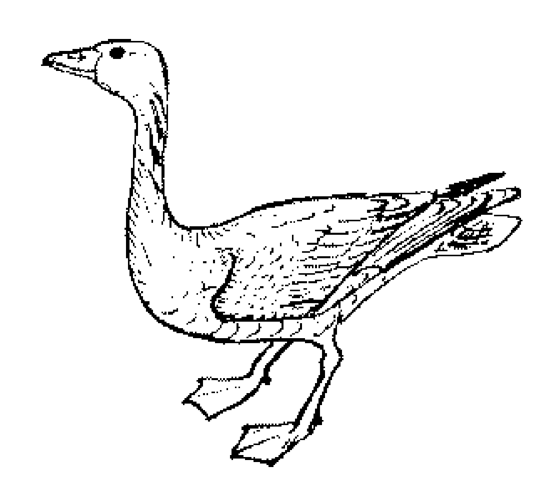
Por tanto, el segundo ganso del ala izquierda del triángulo es «Martín», un macho. En su tiempo se «prometió» con mi ganso domesticado «Martina», y por esta razón se le dio un nombre. Antes era sólo un número, ya que únicamente recibían nombre los gansos criados por mí. En los gansos grises o comunes, el novio sigue a la novia, literalmente, a todas partes. Puesto que «Martina» se movía a su talante y sin miedo alguno por todas las habitaciones de nuestra casa, sin pedir consejo al novio que había crecido en el exterior, éste se veía forzado a arriesgarse en habitaciones desconocidas. Si se piensa en los inconvenientes que representa para el ganso –como ave de grandes espacios libres que es– el moverse entre matas o bajo los árboles, podemos considerar a «Martín» como un pequeño héroe cuando, con el cuello erguido, sigue a su amada a través del umbral de la puerta, hacia el vestíbulo, y luego escaleras arriba, hasta el dormitorio. Todavía lo veo en mitad de la habitación, altivo y estirado, con el plumaje extraordinariamente alisado sobre el cuerpo, el pico abierto, temblando a causa de la tensión interna que lo embargaba, pero silbando fuerte y retando a combate a los grandes desconocidos. En aquel momento se cierra violentamente una puerta tras él. Que permaneciera impasible era pedir demasiado, incluso a un ganso heroico. Emprendió el vuelo y se lanzó en línea recta sobre la lámpara. La lámpara perdió algunos abalorios, pero el caballero «Martín» perdió una pluma remera.

Esto es lo que sé sobre la pluma que le falta al ganso que vuela el segundo a mano izquierda; pero sé también otras cosas y, por cierto, más reconfortantes. Sé, por ejemplo, que cuando vuelva a casa después de mi paseo, los gansos estarán en la escalera delante de la galería y me saludarán con los cuellos estirados, lo cual, entre gansos, viene a tener el mismo significado que el menear la cola el perro.

Y mientras sigo con la vista a los gansos, hasta que desaparecen en el próximo meandro del río, volando a escasa altura sobre el agua, me embarga súbitamente la admiración por lo que me es familiar, y que es el nacimiento de toda filosofía. En lo más profundo de mi ser me sorprendo de que sea posible entrar en una relación de tanta confianza con un ave que vive en libertad, y tengo la sensación de que este hecho constituye algo extrañamente consolador o satisfactorio, como si por él se pusiera de nuevo a nuestro alcance una pequeña porción del Paraíso del que fuimos expulsados.

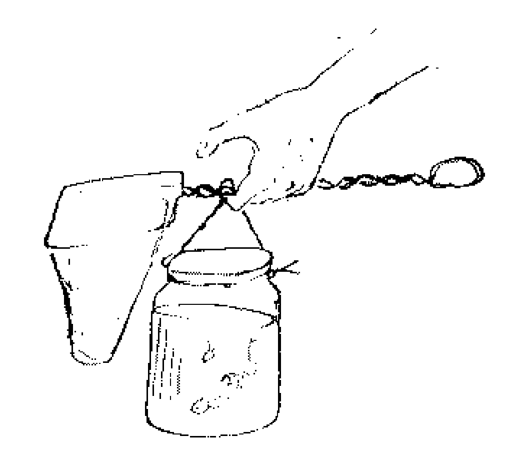
Los cuervos están ahí; los gansos emigraron quién sabe dónde desde la asediada ciudad de Koenigsberg, en cuya Universidad profesé últimamente. De todas mis aves voladoras sólo quedan las chovas o grajillas. Fueron los primeros pájaros que instalé en Altenberg. Las aves, para las cuales parece que no pase el tiempo, siguen describiendo sus círculos alrededor de los elevados pináculos, y sus sonidos claros, cuyo significado entiendo hasta en sus menores detalles, siguen resonando a través de la chimenea y llegan hasta mi estudio. Y, año tras año, sus nidos obstruyen la salida del humo y me crean conflictos al causar daños en los cerezos del vecino.

¿Comprenderá ahora el lector por qué los enfados y los dispendios no sólo son compensados por los resultados científicos obtenidos, sino por algo más, por algo que vale mucho más?



ALGO QUE NUNCA PUEDE CAUSAR DAÑO:

UN ACUARIO



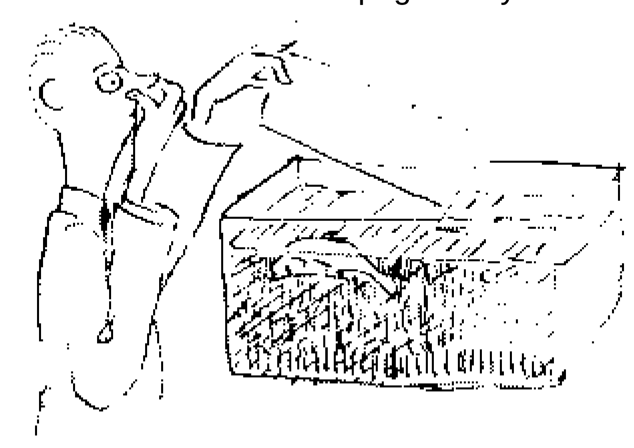
Cuesta muy poco y, sin embargo, es maravilloso: cubre el fondo de un recipiente de vidrio con un puñado de arena limpia, hinca en ella un par de ramitas de plantas acuáticas comunes, vierte con cuidado unos litros de agua potable y coloca tu acuario en el alféizar de una ventana donde le dé el sol. Tan pronto como el agua se ha aclarado y las plantas empiezan a crecer, introduce un par de pececillos o, mejor aún, ve con un frasco y un pequeño salabardo a la charca más próxima, filtra el agua con la pequeña red y tendrás multitud de organismos para poblar tu acuario.

Todo el encanto de la niñez prende para mí, todavía hoy, de una de estas redes, que no es necesario que sea un instrumento impecable con el aro de latón y la red de seda de cerner, sino más bien algo que se improvisa en diez minutos: un marco hecho con un trozo de alambre curvado, y la bolsa, confeccionada con una media, un trozo de cortina o unos pañales. A los nueve años de edad pesqué con uno de estos aparejos las primeras dafnias para mis peces, y con ello descubrí las maravillas del pequeño mundo de las charcas de agua dulce, que inmediatamente me sedujo y apasionó. La redecilla fue seguida por la lupa; la lupa, por un modesto microscopio, y, con ello, mi destino quedó irremediablemente sellado. Puesto que el que contempla con sus ojos la belleza, no es ya tributario de la muerte, como dice Platen, sino de la Naturaleza, cuya belleza ha comprendido. Y si sus ojos sirven realmente para ver, llegará a ser, inexcusablemente, naturalista.

Dando, pues, unas cuantas pasadas con la red sobre las plantas acuáticas del estanque vecino, te pondrás, desde luego, los zapatos perdidos de barro y agua. Si has escogido bien el lugar y has dado con alguna charca en la cual «hay algo», en el fondo de la red se agitarán y bullirán pequeños seres, transparentes como el cristal. Dando la vuelta al extremo de la red, la lavarás en el frasco que has traído, y que previamente habrás llenado de agua. Una vez en casa, vacía cuidadosamente tu botín en el acuario y contempla el pequeño mundo que tienes ante tus ojos y al alcance de tu mano. Porque el acuario es un mundo, ya que, lo mismo que en un charco o en un lago y que en todo el planeta, allí viven seres animales y vegetales en equilibrio biológico: la planta consume el anhídrido carbónico que el animal cede en su respiración, y, a su vez, produce oxígeno. Es impropio decir que las plantas no respiran como los animales, sino «al revés». En realidad, la planta respira exactamente como el animal, tomando oxígeno y cediendo anhídrido carbónico; lo que ocurre es

que, además, y de forma independiente, la planta en desarrollo absorbe anhídrido carbónico, o sea, utiliza el carbono para sintetizar la materia del propio cuerpo y deja libre el oxígeno, en cantidad mayor de la que necesita para su respiración. Y los animales y el hombre respiran gracias a este sobrante de oxígeno. Finalmente, la planta puede utilizar también los productos de excreción y los cadáveres de otros seres, con lo cual sus materiales se reincorporan al gran ciclo de la vida.

Cualquier perturbación de este ciclo de la materia, del estado de equilibrio en la convivencia de seres animales y vegetales, trae malas consecuencias. Son pocos, niños o mayores, los que resisten la tentación de introducir un ejemplar particularmente bello de pez que llega a sus manos, en un recipiente que ya estaba poblado por una masa de vida animal rayana en el límite permitido por la eficiencia de sus pobladores verdes. Y precisamente este pez puede hacer que se desmorone el mundo protegido y querido de nuestro acuario. Cuando hay demasiados animales, el oxígeno escasea. No tardan en caer víctimas de su baja concentración algunos organismos, cuya muerte apenas se nota. Pero cualquier cadáver en descomposición hace que se multipliquen enormemente las bacterias en el agua del acuario, que se pone turbia, pierde rápidamente gran cantidad de oxígeno y, con ello, causa la muerte a más animales. Como un alud progresa la catástrofe y el aniquilamiento, y, finalmente, se pudre también la vegetación. Lo que unos días antes era un minúsculo lago encantador, con plantas que crecían exuberantes y vivarachos animales, se ha convertido en un caldo repugnante y nauseabundo.



El experto aficionado a los acuarios prevé semejantes peligros y adopta una aireación artificial del agua. Sin embargo, estas pequeñas ayudas de la técnica hacen perder al acuario algo de su prístino encanto, que consiste principalmente en que el pequeño mundo acuático sea capaz de mantenerse por sí mismo, sin necesitar más auxilios que dar algo de comer a los animales y limpiar de vez en cuando el cristal frontero. Si reina el adecuado equilibrio, el acuario no necesita mayor limpieza. Si se renuncia a los peces grandes, especialmente a los que hozan el fondo, no se debe mirar con aprensión el que se forme poco a poco una capa de limo, producto de los excrementos de los animales y de los tejidos vegetales moribundos o muertos. Incluso conviene que así sea, porque este limo penetra en el suelo artificial que pusimos al principio, y que era originariamente infecundo, y lo hace fértil. A pesar de esta capa fangosa, el agua del acuario se conserva cristalina e inodora como la de cualquier lago alpino.

Resulta adecuado desde el punto de vista biológico, y además muy bello, un acuario que se instale en primavera y en el que se planten unos tallitos de plantas acuáticas. Las plantas que crecen entonces se adaptan bien a las condiciones de vida que les ofrece nuestro recipiente y conservan su ajuste de manera indefinida, mientras que los vegetales que introducimos en el acuario ya crecidos, pierden más tarde, inevitablemente, gran parte de su belleza. Dos acuarios, distantes un palmo entre sí, pueden representar dos individualidades tan sensiblemente diferenciadas como dos lagos separados por varias horas de camino. Precisamente todo acuario nuevo supone un misterioso encanto, consistente en que uno nunca sabe, al instalarlo, cómo se desarrollará y cuál será su aspecto una vez haya alcanzado el equilibrio propio e individual.

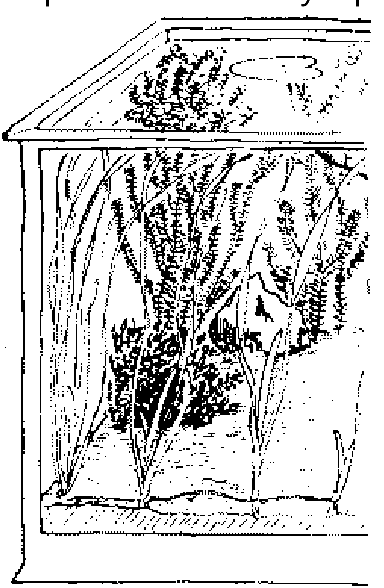


Si suponemos que se instalan a la vez tres acuarios con materiales similares y que se dejan sobre un mismo soporte, unos al lado de otros, los tres plantados con elodeas y miriófilos, puede ocurrir que en el primero prolifere pronto una densa selva de elodea, eliminando del todo a los delicados miriófilos; en el segundo, las suertes pueden ser inversas y quedar la elodea prácticamente aniquilada, mientras que en el tercero las dos especies se toleran, apareciendo además, aparentemente de la nada, una encantadora vegetación a base de una delicada alga verde *(Nitella Jlexilis),* de tallos verticilados como candelabros. Tan diferente como el aspecto que tomaron los tres acuarios son las respectivas propiedades biológicas, y resultan diversamente favorables para las distintas especies animales, aunque se hayan instalado con las mismas premisas, pues cada uno de los acuarios desarrolla su propio mundo peculiar. Hace falta cierto tacto y dominio de sí mismo para dejar que un acuario «haga su voluntad»; incluso intervenciones bien intencionadas del que los cuida pueden causar muchos destrozos. Es posible, naturalmente, instalar un acuario «bello» con un suelo artificial fértil y con plantas artísticamente distribuidas, mediante un filtro que evite la acumulación de limo, y con aireación artificial que permita reunir más peces de lo que sería posible sin la oxigenación forzada. En este caso, las plantas sólo sirven de adorno, puesto que los animales no las necesitan en absoluto, ya que para vivir les basta la aportación artificial de oxígeno.

Sobre gustos no hay disputas. En todo caso, yo entiendo que un acuario ha de ser una comunidad de vida capaz de permanecer por sí solo en estado de equilibrio biológico. Todo lo demás es una «cuadra», si se puede llamar así un recipiente artificialmente limpiado, intachable desde el punto de vista sanitario,

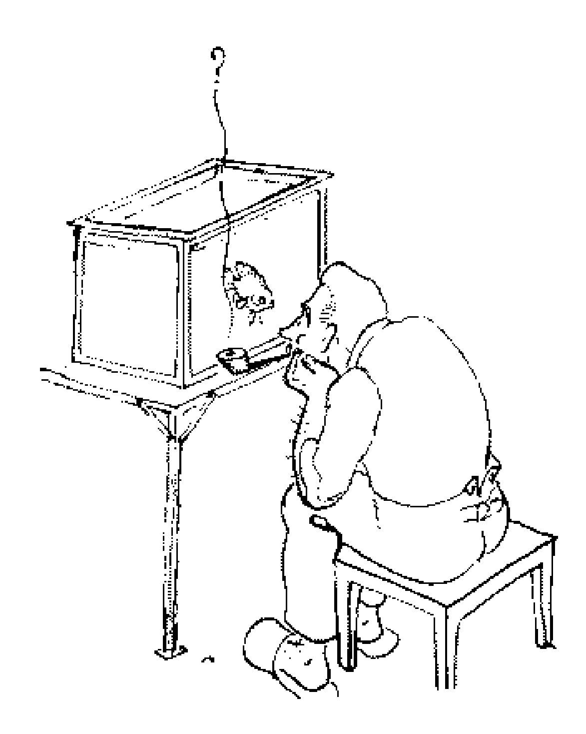
pero que no encierra una finalidad, sino que constituye un simple medio para mantener vivos a algunos animales.

Una dilatada experiencia y sensibilidad biológica permiten prever hasta cierto punto el carácter general del mundo orgánico que se va a desarrollar en un acuario, eligiendo juiciosamente los materiales del fondo, el lugar donde se instala el recipiente, las condiciones de luz y temperatura y, finalmente, los pobladores animales. En esto consiste el sublime arte del acuariólogo. Uno de los maestros en este sentido era mi amigo Bernhard Hellmann, muerto trágicamente. En uno de sus acuarios logró copiar de manera acertadísima un ambiente natural muy concreto: el lago de Altausseer. El recipiente era grande, muy elevado, fresco y situado no muy cerca de la luz; en el agua cristalina, la vegetación consistía en un *Potamogetón* de color verde pálido y aspecto vitreo; el fondo pedregoso estaba cubierto por masas de musgo *Fontinalis,* de intenso color verde, y por las graciosas borlas de agua *(Chara).* Los animales grandes consistían sólo en unas minúsculas truchas, piscardos y un pequeño cangrejo de río, o sea, no mucho más de lo que corresponde a un volumen similar de agua en la Naturaleza. Especial cuidado merece la densidad de población, si se desean mantener vivos indefinidamente animales delicados y proporcionarles las condiciones necesarias para reproducirse. La mayor parte



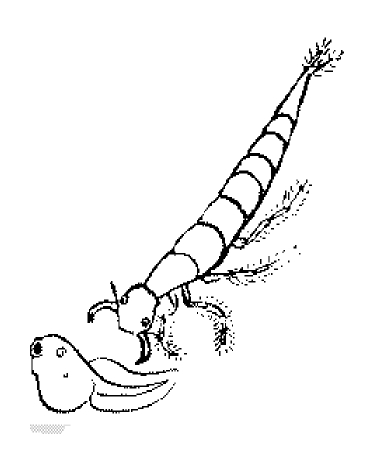
de los peces de adorno exóticos que se ven en los acuarios de los aficionados facilitan esta labor, porque en libertad son pobladores de charcas pequeñas y no siempre de agua muy limpia. Estos charcos tropicales, intensamente insolados, cuya agua alcanza una alta temperatura, se pueden copiar fácilmente junto a cualquier ventana orientada al Sur y con la ayuda de un calefactor eléctrico de poco precio; desde luego, resulta fácil imitar sus condiciones si las comparamos con cualquiera de los tipos de nuestras aguas indígenas. Por esta razón, y sólo por ella, es incomparablemente más difícil mantener y criar los peces de nuestros ríos y lagos que muchas de las especies tropicales. He aquí por qué es aconsejable procurarse los primeros pobladores para nuestro acuario en la charca más cercana, empleando la consabida red. He atendido centenares de acuarios; pero siempre el más común, barato y, por así decirlo, trivial acuario a base de los pobladores de una charca, ha cautivado en medida especial mi devoción, puesto que sus cristales

circulan la más espontánea y completa de las comunidades naturales. Y uno puede permanecer sentado horas enteras delante de un acuario así y dejar vagar libremente su imaginación, con el mismo espíritu con que se contemplan las llamas del hogar o las cantarínas aguas de un arroyo. Y, además, se aprende. Si pudiera poner en uno de los platillos de una balanza todo lo que gané en percepción en estas horas de meditación ante el acuario y lo que me enseñaron los libros, a buen seguro que el segundo platillo se elevaría hasta las nubes.

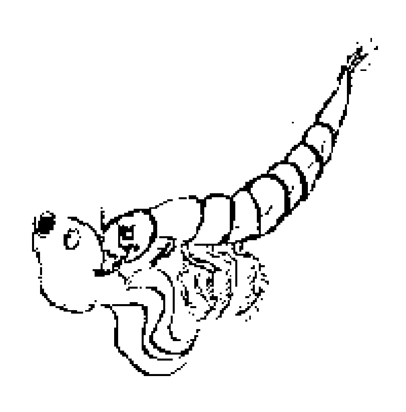


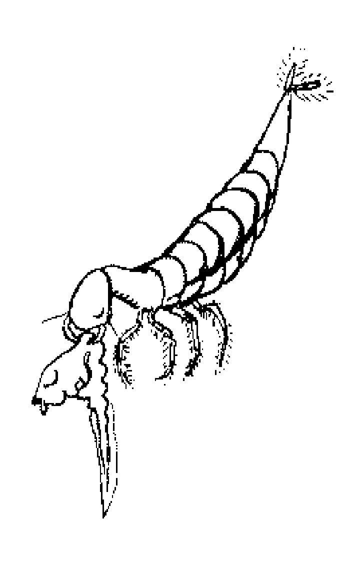
DOS ANIMALES DE PRESA EN EL ACUARIO

En el mundo de las charcas hay temibles animales de presa. La crueldad de una despiadada lucha por la existencia se muestra allí en todo su rigor. Si se ha puesto en el acuario el producto de una de nuestras redadas, que no sea excesivamente copiosa, pronto se asistirá a alguna manifestación de la consabida lucha, pues entre nuestros prisioneros se encontrará probablemente alguna larva del escarabajo acuático de margen amarillo *(Dytiscus).* En proporción con sus tamaños relativos, ante nuestro animal se desvanecen la voracidad y el refinamiento de los métodos asesinos de depredadores tan famosos como tigres, leones, lobos, oreas, tiburones y avispas. Todos estos animales son inocentes corderitos comparados con la larva del ditisco.



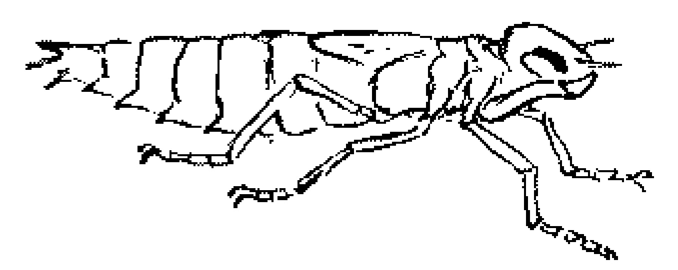
Es un insecto esbelto, de líneas «aerodinámicas», que mide unos 6 cm de longitud; sus seis patas, de superficie ensanchada por medio de flecos de pestañas, vienen a ser unos remos que le permiten una locomoción rápida y segura a través del agua. La cabeza, ancha y aplastada, lleva un par de mandíbulas en forma de tenazas; son huecas y sirven como agujas para inyectar veneno y para chupar el alimento. El animal permanece quieto, al acecho, sobre alguna planta acuática; de pronto se lanza, con un rápido impulso, sobre su presa, o, mejor dicho, bajo su presa, y, con la velocidad del rayo, levanta la cabeza, de forma que la víctima queda prendida entre las tenazas. Para esta fiera es una presa todo lo que se mueve o que, en cierto modo, «huele a animal». Muchas veces he sido agredido por larvas de ditisco mientras buscaba en el agua de algún charco; la inyección del jugo digestivo venenoso resulta extraordinariamente dolorosa incluso para el hombre.





Estas larvas de coleóptero figuran entre los pocos animales que digieren, por así decirlo, «fuera de casa». La secreción glandular que inyectan en la víctima con sus tenazas huecas, disuelve el interior de la presa y lo convierte en una papilla fluida, una especie de consomé, que aspira, por el mismo conducto, hacia la boca. Incluso los animales relativamente grandes, como los renacuajos y las larvas de libélula, al ser mordidos por una larva de ditisco quedan rígidos tras algunos movimientos de defensa, y el interior de su cuerpo, que, como en la mayor parte de los animales acuáticos, es más o menos translúcido, se pone turbio, como si se hubiera fijado con formol; el animal se hidrata, parece como si su volumen aumentara, y luego empieza a deshincharse hasta que queda convertido en un saco flaccido de piel, colgado de las mortíferas tenazas, que luego lo dejan caer.

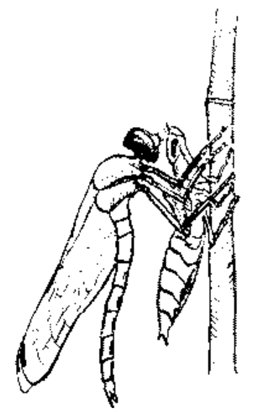
En el confinamiento del acuario, las grandes larvas de ditisco devoran en pocos días toda presa viva que rebasa el medio centímetro. Y luego se devoran entre sí si no empezaron ya a hacerlo antes. Y en el resultado de las luchas que con este motivo se entablan no influye el hecho de que se sea mayor o más robusto, sino que todo depende de quién ataca primero. He visto muchas veces cómo dos larvas, del mismo tamaño aproximado, se lanzaban una contra otra, y las dos morían rápidamente, por disolución de sus tejidos internos. Son muy pocos los animales que, en caso de extrema necesidad y ante el peligro de morir por inanición, atacan a otros de su misma especié y corpulencia, con la intención de devorarlos. Sólo conozco este proceder en la rata parda y en algunas otras especies próximas de roedores; basándome en algunos hechos muy significativos, de los cuales más adelante trataré, dudo que los lobos procedan de este modo. Pero las larvas de ditisco devoran a sus congéneres de igual corpulencia aun cuando tengan a su disposición alimento de otra clase. No sé de ningún otro animal que proceda así. Un animal de presa algo menos sanguinario y, a la vez, más elegante y bello es la larva de las grandes libélulas del género *Aeschna,* que son los vistosos caballitos del diablo, de gran



tamaño y cuerpo pintado de azul y amarillo. El insecto perfecto es un magnífico volador, un halcón entre los insectos. Si se echa primero la redada en una palangana, para separar los animales de presa excesivamente malignos, encontraremos ocasionalmente larvas grandes, de forma también «aerodinámica», que llaman la atención por su original manera de moverse. Son como esbeltos torpedos, por lo común dibujados de verde y amarillo, que avanzan rápidamente y con intermitencias, con las patas muy pegadas al cuerpo. Al principio resulta enigmático el medio de locomoción que emplean. Pero observando con atención, en una cápsula de poca altura, se verá que estas larvas se valen de un motor de reacción o propulsión a chorro. En efecto, se puede comprobar cómo del extremo de su abdomen brota intermitentemente un pequeño, pero poderoso chorro de agua, que, por reacción, impulsa rápi-

damente al animal hacia delante. La sección terminal del intestino constituye una vejiga hueca, provista en su interior de abundantes branquias traqueales y que sirve conjuntamente, en armónica combinación, a las necesidades de la respiración y del avance.

Las larvas de *Aeschna* nunca cazan nadando, sino que son, en grado mayor aún que las larvas de ditisco, cazadores al acecho: si aparece alguna presa en su campo visual, no la pierden de vista, giran la cabeza y el cuerpo lentamente, maniobrando para colocarse en la dirección adecuada, mientras siguen los movimientos de la presa. Semejante fijación de la imagen de la presa se observa solamente en algunos otros invertebrados, muy pocos. Contrariamente a las larvas de coleóptero, las de *Aeschna* pueden percibir también los movimientos muy lentos, como el reptar de los caracoles, animales que frecuentemente son víctimas de las larvas de libélula, pero que raras veces forman parte de la dieta de las de ditisco. Despacio, muy despacio, paso a paso, se desliza la larva de *Aeschna* hacia su presa, y cuando dista de ella sólo 3 o 4 cm vemos de pronto a la presa que se agita entre las mandíbulas de la larva. Si no se saca una película cinematográfica de lo que ocurre y se proyecta luego a ritmo lento, sólo se puede ver algo impreciso, en forma de lengua, que se dispara rápidamente de la cabeza de la larva hacia la presa y arrastra a ésta



hasta ponerla al alcance de las ansiosas mandíbulas. Si uno ha visto alguna vez un camaleón cazando insectos, recuerda inmediatamente el avance y retroceso rapidísimos de su pegajosa lengua. Pero el «bumerang» de la *Aeschna* no es una lengua, sino el llamado *labio inferior,* que ha modificado la forma que tiene habitualmente en otros insectos y que consiste en dos artejos y una tenaza prensora. El mismo hecho de fijar ópticamente a su presa da a las larvas de libélula algo de «inteligentes», impresión que se refuerza cuando se consideran otras peculiaridades de su comportamiento. De forma distinta a las larvas de ditisco, ciegamente rabiosas, las larvas de libélula no atacan a los animales que rebasan cierto tamaño, incluso después de aguantar varias semanas de ayuno. He tenido larvas de *Aeschna,* junto con peces, por espacio de meses en un recipiente, sin que nunca un pez fuera atacado o dañado por alguna de las larvas, que eran algo menores. Es notable el hecho de que estos animales jamás intentan capturar una presa que haya sido cogida por un congénere, mientras se agita de un lado a otro sujeta entre las demoledoras mandíbulas. Sin embargo, inmediatamente cogían un trocito de carne fresca, que balanceaba ante sus ojos de manera semejante, dispuesta en el extremo de una varilla de vidrio. En mi gran acuario con percas crecían siempre algunas larvas de *Aeschna,* cuyo desarrollo, lento, dura más de un año. Un bello día de

verano llega, por fin, el gran momento: la larva trepa lentamente, ascendiendo por un tallo hasta quedar fuera del agua; allí permanece quieta durante largo rato, y luego, como en cada muda, se rompe la cutícula sobre el dorso de los segmentos torácicos, y el insecto maravilloso, perfecto, se arrastra lentamente fuera de la envoltura larval. Todavía han de pasar varias horas hasta que las alas alcancen su tamaño definitivo y cobren suficiente rigidez. Es un proceso maravilloso, que consiste en la inyección, a presión, de un líquido, que rápidamente se endurece en las finas ramificaciones de la nervadura alar. Entonces puedes abrir la ventana y desear buena suerte y éxito en la vida al que ha sido durante largo tiempo huésped de tu acuario.

SANGRE FRÍA



Es curiosa la credulidad con que son recibidas las expresiones proverbiales, tanto las acertadas como los refranes que expresan algo notoriamente falso o equívoco: La zorra no es más astuta que otras fieras y es mucho más estúpida que el lobo o el perro. La paloma no es tan pacífica como se pregona. Y, respecto a los peces, la sabiduría popular sólo divulga mentiras. No son de «sangre tan fría» como se dice, ni viven tan felices y despreocupados como haría suponer la expresión «como pez en el agua».

En realidad no hay otro grupo de animales que, incluso en plena Naturaleza, sufra tantas enfermedades contagiosas como los peces. Nunca he visto un ave, un lagarto o un mamífero que haya traído con él alguna enfermedad contagiosa a mi colección de animales; en cambio, es forzoso tener previamente a cada nuevo pez en un acuario de cuarentena. Si no se hace así, se puede apostar ciento contra uno a que en poco tiempo los temibles puntitos blancos, signo de la infección con los *Ichthyphtirius* parásitos, harán su aparición sobre las aletas de los más antiguos habitantes del acuario.

Y, contrariamente a la creencia popular respecto a la falta de ardor de los peces, ningún otro animal prodiga tanto los besos como algunas de sus especies. Conozco bien a muchas castas de animales y su comportamiento en las situaciones más íntimas de su vida me es familiar, en los éxtasis salvajes de la lucha y del amor; pero no conozco animal alguno –exceptuando los canarios silvestres– que superen en ardor y temperamento a un macho encelado de espinoso, a un combatiente siamés o a uno de los cíclidos que cuidan de su prole. Ningún otro animal queda más transfigurado por el amor, ninguno queda tan encendido por la pasión como un espinoso o un combatiente. ¿Quién podría describir con palabras, como haría el pintor con sus colores, aquel rojo encendido que acristala los costados del macho de espinoso, haciéndolo aparecer como translúcido, o el azul verdoso irisado de su dorso, cuyo matiz y luminosidad sólo se pueden comparar con tubos luminosos de neón, y, finalmente, el verde esmeralda detonante de su ojo? Según las reglas de la composición pictórica, estos colores yuxtapuestos deberían dar un horrible contraste; sin embargo, ¡qué armónica sinfonía componen, como salida de la mano del Gran Artífice!

En el combatiente no es duradera tal magnificencia. El pececito gris pardusco, que, con las aletas plegadas, permanece en un rincón del acuario, no anuncia ni descubre nada particular. Sólo cuando otro pez, no más vistoso que el primero, se le acerca y los dos se ven y se miran mutuamente, entonces

centellea la increíble magnificencia con la rapidez con que una resistencia eléctrica enrojece al cerrar el circuito. Las aletas se despliegan como abanicos de adorno con tal rapidez, que el que lo contempla tiene la impresión de que ha de oír un ruido como el que produce un paraguas al abrirse.

Y sigue una danza de incandescente pasión que no es juego, porque es seriamente sentida: la danza del ser o no ser, del devenir y del fenecer, puesto que cuando la danza da principio, y aquí se encierra algo maravilloso, todavía está indeciso si corresponderá al amor y acabará en la coyunda, o si, con parejo ritmo y continuidad, se convertirá en sangriento combate. Pues los combatientes no reconocen el sexo de otro individuo de su especie a simple vista, sino que lo experimentan según conteste o reaccione a los movimientos instintivos del danzarín, perfectamente «ritualizados».

El primer encuentro entre dos combatientes extraños empieza con la adopción de las llamadas *actitudes jactanciosas,* en una demostración personal exhibicionista en la que se procura sacar el máximo efecto de cada mancha brillante de color y de cada radio irisado de las magníficas aletas. Ante la magnificencia de un macho, una hembra abate rápidamente velas, en el sentido literal de la expresión, ya que dobla las aletas y, si no está deseosa de aparearse, escapa. Pero si se halla propicia al amor, se aproxima al macho de manera especial, suave, «tímida», o sea, con una actitud corporal que constituye precisamente la opuesta de la jactanciosa del macho. Y entonces empieza la ceremonia del amor, que, por la graciosa delicadeza de sus movimientos, compensa lo que pierde en vistosidad respecto a los esplendores de la danza guerrera de los machos.

Pero si dos machos se ponen frente a frente, se despliega una orgía de mutua exhibición, y esto es lo más bello que estéticamente puede ofrecer un acuario. Cada movimiento sigue leyes rigurosamente precisas y tiene determinada significación «simbólica», lo mismo que los gestos en las danzas rituales de siameses e indonesios. El estilo y la gracia exótica de la pasión refrenada que los embarga, son notablemente parecidos en el hombre y en el animal. El espectador se da cuenta, comprende que cada uno de los movimientos es el resultado de un largo desarrollo histórico, y que su forma especial y finamente elaborada se debe a una antiquísima ritualización. Pero no se comprende tan claramente cómo semejante ritualización es en el hombre fruto de la transmisión histórica de un pueblo, mientras que en el animal representa un desarrollo filogenético de formas de movimiento innatas y hereditarias. Extraordinariamente pródiga en conclusiones resulta la investigación filogenética del desarrollo de semejantes movimientos expresivos ritualizados y la comparación entre las ceremonias características de especies emparentadas. Precisamente nuestros conocimientos sobre la historia de estos movimientos superan considerablemente lo que sabemos sobre los demás «instintos». Pero esto ya es otra cuestión.[1]

Tras esta digresión, volvamos a la danza de guerra de nuestros machos, la cual tiene exactamente el mismo significado que las jactancias y el duelo de insultos entre los héroes homéricos y entre los campesinos alpinos, que, incluso hoy día, acaban en peleas de taberna. Con ello se intenta atemorizar al

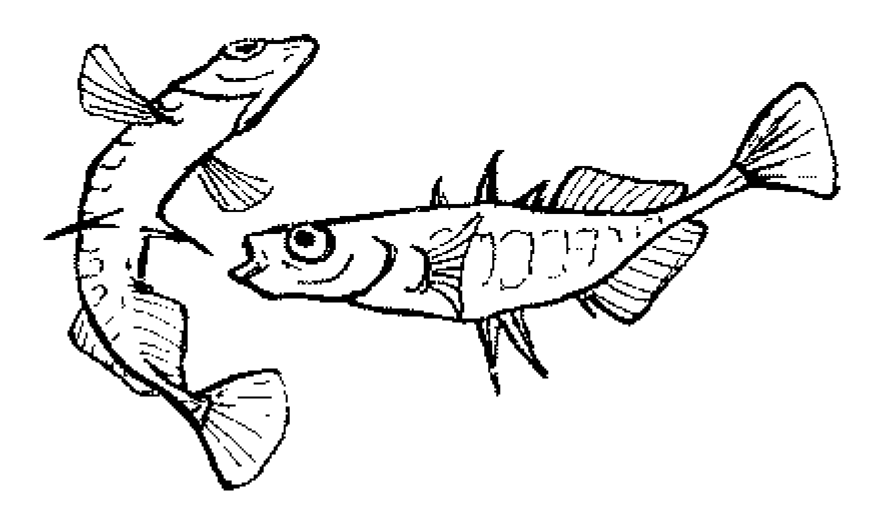
1. KONRAD LORENZ: *Vergleichende Verhaltenslehre.* Ed. Springer, Viena.

contrario, a la vez que estimularse a sí mismo y adquirir y aumentar el valor necesario para pasar a mayores.

La prolongada duración del preludio, su carácter ritual y, sobre todo, el gran despliegue de colores magníficos y de amplias aletas que sólo sirven para atemorizar, pero que no constituyen armas efectivas, todo ello, para el no iniciado, carece de seriedad para ser realmente amenazador. Precisamente su belleza hace que el luchador dé la sensación de que carece de la malicia que realmente tiene. Podríamos suponer que el valor para matar y la valentía a toda prueba se hallan lejos de ellos como de la casi afeminada belleza de los guerreros malayos, y, sin embargo, unos y otros saben luchar fieramente. Las luchas entre combatientes acaban con frecuencia en la muerte de uno de los contendientes. Cuando la excitación ha llegado al punto en que se comienzan a cambiar las primeras puñaladas, no transcurren muchos minutos antes de que las aletas queden desflecadas por amplios desgarrones y, poco después, hechas jirones. Los combatientes –como casi todos los peces belicosos– se atacan a puñaladas y no a mordiscos. El pez aparta las mandíbulas lo necesario para que todos sus dientes se dirijan hacia delante, y en esta posición se lanza sobre el costado de su adversario con toda la sorprendente fuerza de su musculoso cuerpo. El choque de un combatiente de unos pocos centímetros de largo es tan poderoso que produce un ruido audible si alguna vez, inadvertidamente, se lanza contra un cristal del acuario.

La exhibición jactanciosa puede durar media hora y aun prolongarse varias horas; pero una vez rotas las hostilidades, suele ser cuestión de minutos el que uno de los contendientes quede sobre el fondo mortalmente herido.

Las luchas de nuestro espinoso europeo difieren en esencia de las de los combatientes. Al revés de éstos, el espinoso en celo no se excita sólo cuando ve a un rival o a una hembra, sino que permanece en vilo todo el tiempo que se halla cerca del lugar que ha escogido para instalar el nido. El lema que informa su belicosidad es «mi hogar es mi castillo». Si se le quita el nido o se saca al espinoso del acuario donde se sentía instalado y se le coloca en otro con un macho diferente, ya no piensa en luchar, sino que se empequeñece y afea. Sería imposible preparar peleas de espinosos como las que los siameses organizan desde hace siglos con los combatientes. El espinoso necesita haber encontrado un hogar para alcanzar el estado de celo perfecto y conseguir la máxima excitación sexual. Sólo pueden presenciarse combates serios entre espinosos cuando los peces están en acuarios grandes y dos machos construyen sus respectivos nidos. En todo momento, la propensión de un espinoso a la lucha se halla en razón inversa de la distancia que lo separa del nido. En el mismo nido se siente provocador y se lanza furiosamente incluso contra la mano humana. Pero cuanto más se aleja, nadando, de sus cuarteles, tanto más se apaga su agresividad. Si dos espinosos se encuentran, uno puede predecir con seguridad casi total cuál va a ser el resultado del encuentro: huye el que se encuentra más lejos de su domicilio. En la vecindad inmediata del nido, el más pequeño de los peces vence al más corpulento, y la relativa potencia bélica de los individuos se pone de manifiesto sólo en la extensión del territorio que consigue mantener libre de rivales. El derrotado escapa, como puede suponerse, hacia su propio hogar. La victoria da bríos al vencedor, que persigue con furia a su contrincante. Con ello se aleja cada vez más de su

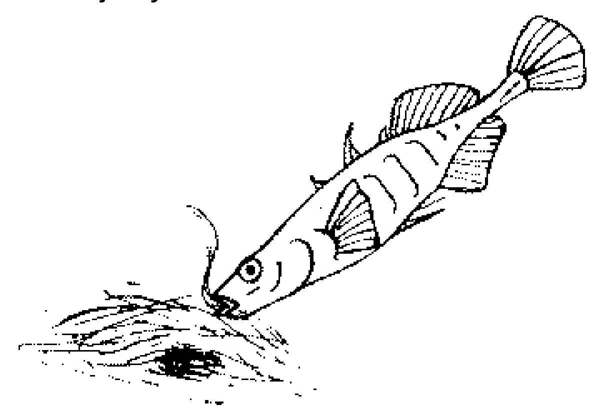


cuartel, y su valor decrece en la misma medida en que se incrementa en el derrotado fugitivo. Llegados a las proximidades del segundo nido, el que hasta ahora estaba acobardado recobra nuevas fuerzas, da la vuelta y se lanza rabiosamente sobre su persecutor. Se enzarza una nueva escaramuza, que acaba, indefectiblemente, con la victoria del que antes había sido vencido, y la persecución se entabla en sentido inverso sobre el mismo camino.

Todo este proceso se repite varias veces, y la mutua persecución oscila como un péndulo de uno a otro territorio, hasta que, finalmente, se alcanza un equilibrio con el establecimiento de una «frontera» cuya situación se conserva bastante fija. Los dos campeones se enfrentan en actitud amenazante, erguidos como dominguillos, pero con la cabeza hacia abajo y la cola hacia arriba. Se colocan de modo que sus flancos se oponen mutuamente; levantan amenazantes el aguijón ventral del costado, que se orienta hacia el contrario, a la vez que realizan unos movimientos peculiares, lanzándose súbitamente hacia el fondo, como si quisieran coger alimento en él. Estos movimientos constituyen la ritualización de la actividad con que los peces excavan la cavidad del nido, y se pueden observar siempre que los animales no se atreven a entrar en acción.

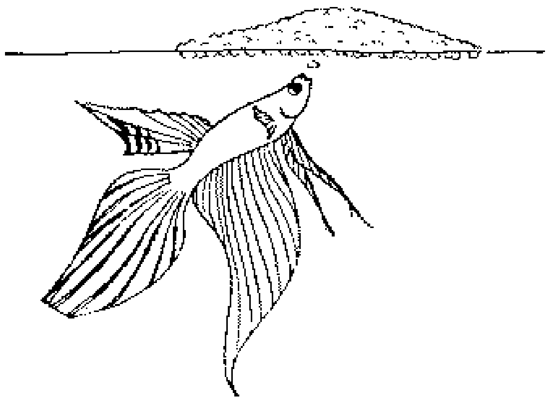
A diferencia de los combatientes, los espinosos no se amenazan antes de romper las hostilidades, sino que inmediatamente se suceden los golpes con tal velocidad, que el ojo del observador apenas puede seguirlos. La gran espina ventral, de tan amenazador aspecto, tiene sólo una misión subordinada, y, sin embargo, la salvaje refriega de los espinosos parece mucho más peligrosa que las danzas guerreras ceremoniosas de los combatientes. Pero mientras que en éstos, después de las primeras escaramuzas, aparecen grandes desgarrones en las aletas, en los espinosos no es posible comprobar heridas a simple vista. En la nueva edición del *Brehm* puede leerse todavía: «Utilizan con tal ímpetu las espinas, que con frecuencia uno de los contendientes cae muerto al fondo, atravesado...» Esto es demostrativo de que el autor de dichas líneas jamás ha intentado atravesar un espinoso. En efecto, uno de estos pececillos se escurre repetidamente bajo el escalpelo más afilado antes de que se consiga perforar su piel, incluso en los lugares no blindados. Póngase un espinoso muerto sobre un soporte blando –que siempre será menos movedizo que el agua–, tómese una aguja afilada –diez veces más punzante que la espina de uno de estos peces– e inténtese atravesar al animal. Sorprende lo difícil que resulta. Naturalmente, en un espacio limitado, un macho más robusto puede atormentar a otro más débil hasta la muerte, acosándolo y persiguiéndolo, desgarrándole

las aletas y arrancándole la epidermis, aunque estas hazañas pueden llevarlas a cabo hasta los conejos y las tórtolas.



Estas dos apasionadas especies son tan distintas en el enojo y en la lucha como en el amor. Y, sin embargo, tienen algo en común. Tanto en el combatiente como en el espinoso, el macho, y no la hembra, es el que se encarga de construir el nido y de cuidar a la prole. Y en las dos, el futuro padre de familia no piensa en el amor antes de tener dispuesta la cuna para la futura nidada. Pero aquí acaban las semejanzas y empiezan las diferencias. Puede decirse que la cuna de los espinosos se halla debajo del «suelo», mientras que los combatientes la instalan encima del «techo». En otras palabras: aquél excava un agujero en el fondo del agua, y éste edifica en la misma superficie del agua y hasta por encima de ella; uno emplea como material de construcción fibras vegetales y una secreción renal, y el otro, aire y saliva, pues el palacio aéreo del combatiente, como el de otras especies próximas, consiste en un montón de burbujas de aire, estrechamente adheridas entre sí y que forman un saliente sobre el nivel del agua, recubierto de tenaz saliva y muy resistente. Mientras lo construye, el macho luce sus colores más bellos, que aun ganan en fuerza y luminosidad cuando se aproxima una hembra. Con la velocidad del rayo, el macho se precipita hacia ella y se detiene radiante. Si la hembra está dispuesta a seguir la llamada de la Naturaleza, lo manifiesta adoptando una coloración determinada, con franjas pálidas transversales irregulares.

Manteniendo las aletas estrechamente plegadas, nada con lentitud hacia el macho, que extiende tembloroso todas las aletas, casi hasta desgarrarlas, y se



coloca siempre de manera que ofrezca a la cortejada el maravilloso espectáculo de uno de sus costados. Un momento después, el macho nada en dirección al nido con un amplio y gracioso movimiento. Este gesto tiene carácter de invitación, y el espectador se da cuenta de ello tan pronto como lo

presencia. También se comprende, sin más, el carácter ritual de este movimiento de natación, pues todo lo que puede contribuir a su efectividad óptica se exagera teatralmente, como los movimientos serpenteantes del cuerpo o el hacer ondear la aleta caudal. Por el contrario, todo aquello que lo hace mecánicamente eficaz queda disminuido. El movimiento, en suma, quiere decir: «Me aparto de ti, apresúrate y sigúeme.» Pero el pez no se marcha lejos ni nada aprisa, y retorna junto a la hembra, que lo sigue temblorosa y tímida.

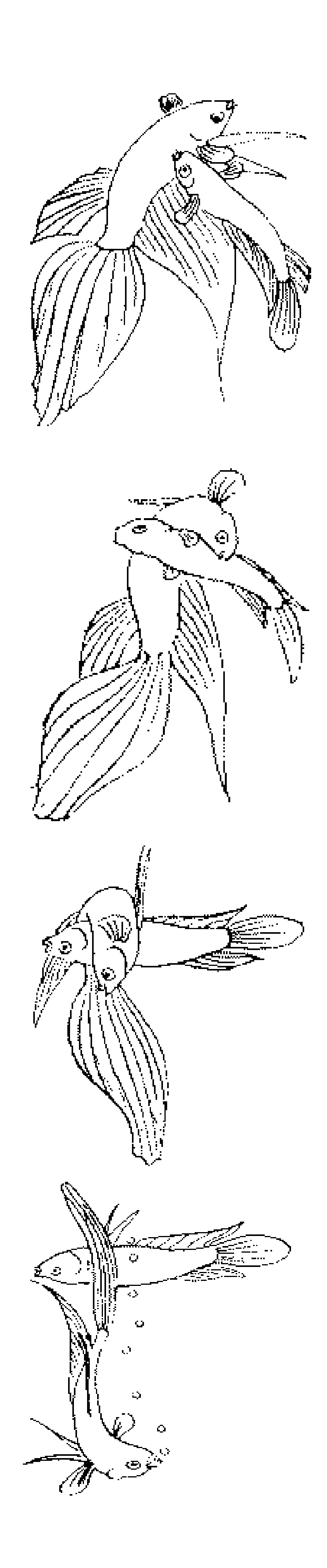
De esta forma, la hembra es atraída hasta debajo del nido de espuma. Entonces se inicia una maravillosa danza erótica, graciosa como un minué, pero que, por su estilo general, más bien podría compararse con la danza de trance de una danzarina en un templo de Bali. Según antiquísimas fórmulas de cortesía, el macho debe siempre mostrar a su dama su magnífico flanco, y la dama debe mantenerse constantemente en ángulo recto con él. El «señor» nunca debe ver, ni por un momento, el costado de ella, pues de ocurrir así, el comportamiento de él sería grosero, poco caballeresco y hasta maligno, ya que en estos peces, lo mismo que en otras especies, el mostrarse de costado es señal de virilidad dispuesta a la lucha, e instantáneamente despierta en cualquier macho un cambio absoluto de talante: el amor más sublime da paso al odio más salvaje.

Puesto que el macho no desea apartarse mucho del nido, se mueve describiendo círculos en torno a la hembra, y puesto que ella sigue todos sus movimientos, manteniendo orientada hacia el macho la parte anterior de su cuerpo, la danza gira en un estrecho círculo, debajo del centro del nido de espuma.

Los colores son cada vez más incandescentes; los movimientos, cada vez más excitados, y los círculos, cada vez de menor radio, hasta que los cuerpos se ponen en contacto. Entonces el macho rodea rápidamente a la hembra con su cuerpo, suavemente da una vuelta al cuerpo de la hembra hasta que queda sobre el dorso y, temblorosos, llevan a cabo el acto culminante de la reproducción: la emisión de espermatozoides y huevos.

Cuando han terminado, la hembra permanece unos segundos como en sopor, boca arriba, mientras que el macho tiene desde aquel momento quehaceres mucho más importantes.

Los huevos, pequeños y transparentes como si fueran de vidrio, son más densos que el agua, y, por tanto, tienden a hundirse inmediatamente. La posición de apareamiento se halla tan sabiamente dispuesta, que los huevos, en su camino hacia el fondo, deben pasar por delante de la cabeza del padre, dirigida hacia abajo, con lo cual el macho los ve en seguida. Entonces afloja suavemente su abrazo, se desliza y desciende yendo tras los huevos, los toma uno tras otro en la boca, los lleva inmediatamente al nido de espuma y los implanta entre las burbujas de aire. Debe proceder con celeridad, pues si se retrasara un segundo, no podría encontrar las bolitas cristalinas en el fango del fondo y, además, daría tiempo a que la hembra despertase, la cual nadaría también tras los huevos, cogiéndolos uno tras otro. Mas la activa esposa no ayudaría a su marido, sino que, por el contrario, los huevos con que pudiera hacerse se podrían dar por perdidos, ya que los devoraría.



El macho sabe que debe darse prisa y que no ha de tolerar ya a la hembra en las proximidades del nido cuando, después de diez a veinte apareamientos, quede descargada de toda su provisión de huevos.

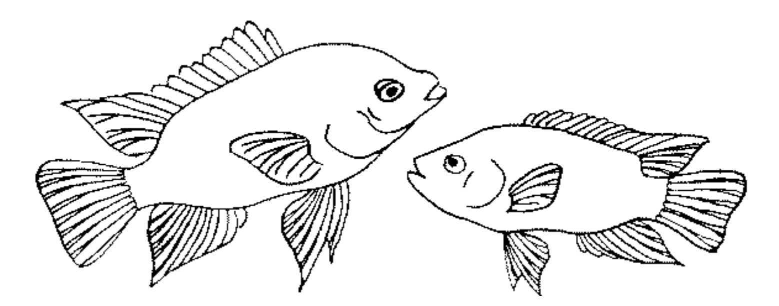
Distinto es el ceremonial propio de los cíclidos. En este grupo, ambos progenitores cuidan en común de su prole, la cual sigue en apretado enjambre a sus padres, como los polluelos a su clueca. En la serie ascendente de los seres vivos, estos cíclidos nos ofrecen por primera vez un comportamiento que los hombres solemos considerar altamente meritorio y moral: después de dar cima felizmente a la gran tarea de la procreación, marido y mujer siguen estrechamente unidos, y no sólo el tiempo que el cuidado de sus hijos así lo requiere, sino mucho más. En general, se puede hablar de «matrimonio» en sentido amplio cuando los dos cónyuges cuidan juntos de su descendencia, aunque no existan relaciones personales entre ellos. Pero en los cíclidos existen semejantes relaciones.

Para poder averiguar de manera objetiva si un animal reconoce a su pareja personalmente, o sea, como individuo, hay que sustituir a ésta, en el experimento, por otro animal del mismo sexo que manifiestamente se encuentre en idéntica fase del ciclo reproductor. Si, por ejemplo, se reemplaza la hembra incubante de una pareja de pájaros por otra que se encuentra ya en la fase psicofisiológica de cebar a las crías, como es natural, sus actividades instintivas no se acompasan a las del macho. Forzosamente surge un desacuerdo, aunque no se puede decir si el macho se da cuenta de que aquella hembra no es su anterior esposa o si sólo se enoja porque no se comporta como es debido. Naturalmente, para mí tenía el más alto interés teórico averiguar cómo se conducían a este respecto los cíclidos, por ser los únicos peces que realmente «contraen matrimonio». Para esta experiencia había que disponer de dos parejas que se encontraran exactamente en la misma fase de la reproducción. Tal condición se me ofreció el año 1941, al encontrar dos parejas de

una magnífica especie sudamericana de gran tamaño: el *Herichthys cyanoguttatus.* El color de fondo es negro aterciopelado, y sobre él se observa un enrevesado mosaico de manchitas que parecen gotas irisadas de color azul turquesa, en un conjunto de subyugante belleza. Una pareja en cría de estos peces da pruebas de valor heroico ante los más corpulentos enemigos. Mis cinco individuos jóvenes de esta especie no tenían aún manchitas azules ni daban muestras de comportamiento heroico. Tras unas semanas de nutritiva comida y crecimiento próspero en un acuario grande y soleado, un día aparecieron las manchitas azules en uno de los dos peces mayores, y con ellas, el valor. El pez tomó posesión del ángulo anterior izquierdo del acuario, excavó algunas profundas depresiones destinadas a nidos y empezó a preparar un canto liso y grande para la freza, limpiándolo con meticulosidad de algas y otras adherencias. (Previamente se habían dejado piedras adecuadas en el rincón del acuario.) Los otros cuatro peces, reunidos en amedrentado pelotón, permanecían en el ángulo superior y posterior de la derecha. Pero ya a la mañana siguiente uno de estos peces, de los más pequeños, había revestido su librea de lujo. Su pecho, de color negro aterciopelado, sin manchas azules, lo identificaba como hembra. El macho se apresuró a buscar a su compañera con unas ceremonias muy semejantes a las puestas en práctica por el espinoso y el combatiente.

Ahora la pareja estaba sobre la mencionada piedra de frezar y junto a la depresión del nido, y defendía encarnizadamente todo su territorio. Entretanto, los otros tres peces se mantenían a la expectativa. Al cabo de unos días, el pez que ocupaba el segundo lugar por su tamaño se reveló como macho y conquistó para sí el ángulo inferior y anterior derecho del acuario.

Los dos machos permanecían ahora uno frente a otro, como dos señores feudales enemigos en sus respectivos castillos. La «frontera» pasaba más



cerca del «castillo» del segundo, o sea, del que entró en celo más tardíamente, lo cual es comprensible si se piensa que cuando éste se atrevía a salir de su rincón, había de enfrentarse con dos enemigos, el macho y la hembra, si bien ésta atacaba menos furiosamente que el macho. El macho solitario, al que designaremos brevemente con el número dos, salía, sin embargo, repetidamente fuera de sus dominios, hacia tierra de nadie, con la pretensión de seducir a la hembra del número uno, para que lo siguiera hacia su nido. Pero estos esfuerzos no tuvieron éxito, pues sólo recibió de la hembra número uno serios arietazos en su costado desguarnecido, cuando intentaba cortejarla colocado de flanco. Esta situación continuó invariable durante una serie de días.

Entonces una segunda hembra «vistió» su traje nupcial, y parecía que la historia iba a tener un final feliz con doble boda. Pero en realidad nada de ello

sucedió. El macho número dos no mostró interés por esta nueva hembra encelada, y ella tampoco pareció preocuparse de él. Por el contrario, esta segunda hembra intentaba una y otra vez seducir al macho número uno. Cada vez que este macho nadaba en dirección a su nido, era seguido por la hembra número dos, que adoptaba la actitud de una hembra que es conducida al nido. Era evidente que se «sentía atraída hacia el nido» cada vez que el marido ajeno se movía hacia aquél. La «esposa» parecía darse perfectamente cuenta de la situación, o por lo menos atacaba muy furiosa a la perturbadora, en lo cual era secundada por el macho de una forma bastante pasiva. Era como si no existieran el uno para el otro, el macho número dos y la hembra número dos, y cada uno de ellos sólo tenía ojos para !a pareja felizmente casada y que tan poco caso hacía de ellos.

Esta situación se habría prolongado mucho más si no hubiera intervenido yo, cogiendo a los números dos y llevándolos a otro acuario igual. Separados de los objetos de su no correspondido amor, pronto se «vieron» y constituyeron una nueva pareja. A los pocos días, ambas parejas frezaron exactamente a la misma hora. Se cumplía mi deseo de tener dos parejas de una especie de cíclidos en la misma fase exactamente del ciclo reproductor. Ya que por aquellas fechas me importaba mucho la cría de estos peces, que eran raros a la sazón, no quise empezar mi experimento hasta que los hijos de ambas parejas fueron lo bastante crecidos, para poder seguir desarrollándose aun después de una eventual y definitiva ruptura marital de sus respectivos padres.

Entonces cambié las hembras. El resultado del experimento fue ambiguo, pues no respondió de manera inequívoca la pregunta de si cada pez conoce personalmente a su hembra. La interpretación que doy a los acontecimientos expuestos seguidamente, le parecerá arriesgada a muchos y necesita mayor confirmación experimental. El macho número dos aceptó inmediatamente a la hembra número uno cuando fue colocada junto a él. Pero tengo la impresión de que no fue porque no notara diferencia alguna, ya que sus movimientos, tanto en el relevo de la guardia como siempre que se encontraba con ella, parecían haber ganado en ardor e intensidad. Por su parte, la hembra correspondió en seguida a las ceremonias del macho y aceptó sin remilgos su misión de colaborar en el cuidado de la prole. Este detalle me pareció poco significativo, porque la hembra de *Herichthys* mantiene la atención concentrada en el enjambre de pececitos jóvenes, a semejanza de una clueca celosa, mientras que en el macho sólo ve al defensor de la familia y al que la releva temporalmente de su obligación.

Los acontecimientos se desarrollaron de modo completamente distinto en el otro acuario, donde había puesto la hembra número dos con el macho número uno y los hijos de éste. Esta hembra también tenía ojos sólo para el pelotón formado por las crías, y nadó inmediatamente hacia el mismo, colocándose encima y empezando, después de superar la inquietud derivada del cambio, a agrupar los pececitos como pudiera hacerlo una clueca alarmada. Es exactamente lo que hacía la hembra número uno en el otro acuario. Pero mientras que allí el macho número dos había acogido con ceremonias amistosas y ardientes el relevo por la hembra nueva, el macho número uno permaneció desconfiado junto al enjambre de sus hijos, sin dar a entender que se consideraba relevado de la vigilancia, y de pronto atacó de un potente

arietazo el flanco de la desprevenida y confiada hembra. Unas escamas bajaron hacia el fondo, como hojitas brillantes de mica, y tuve que intervenir con rapidez para salvar a la hembra, pues de no hacerlo así, seguramente la habría matado.

¿Qué había ocurrido? Imagino que el pez que había recibido a la hembra más bella, a la que ya había cortejado antes, estaba contento con el cambio. Pero el otro, al que se le había privado de su bella esposa e introducido de matute en su lugar a otra hembra que antes había rehusado, se sintió furioso, desde luego con motivo. Es de notar que se comportó con mucha más grosería que antes, cuando estaba en presencia de su legítima esposa. Y me parece que el macho número dos comprendió que había ganado con el cambio, o sea, se dio realmente cuenta de la maniobra.

Quizás aún más interesante que la actividad sexual de estos peces y mucho más fascinante para el observador, es la solicitud que muestran por las crías. A este respecto, son los peces más maravillosos. El servicio concienzudo en el nido, agitando el agua, lo mismo que el espinoso, mientras la «cuna» contiene aún huevos o crías muy jóvenes; el relevo, con precisión militar, de los esposos, y, más tarde, cuando las crías ya son capaces de nadar, la forma en que guían cuidadosamente el pelotón de pececitos, que les sigue obediente, constituyen escenas inolvidables. Lo más gracioso es ver cómo todas las noches llevan a «acostarse» a los hijos mayorcitos, que ya saben nadar y valerse. En efecto, cuando los hijos cuentan ya varias semanas de edad, al anochecer los conducen al hoyo del nido, al mismo hoyo en el que transcurrió su «niñez». La madre se coloca encima del nido y atrae a los pequeñuelos con movimientos perfectamente determinados. En la especie *Hemichromis bimaculatus,* de bello color rojo, adornado con manchas irisadas de color azul pálido, la decorada aleta dorsal de la hembra tiene una importante misión en el desarrollo de la mencionada actividad. Con ritmo rápido se eleva y baja, y ante aquellos movimientos, las gemas azules brillan como un heliógrafo. A esta señal acuden los jóvenes y se congregan en la depresión, debajo de la madre que los llama. Entretanto, el padre recorre todo el acuario en busca de posibles rezagados. No se entretiene mucho en convencerlos, sino que los aspira de una bocanada, nada hacia el nido y allí los expulsa de la boca.

El pececito tratado de esta forma se hunde inmediatamente y permanece tendido sobre el fondo. Gracias a una sabia disposición refleja, la vejiga natatoria de los cíclidos jóvenes, cuando «duermen», se contrae tanto que los peces alcanzan un peso específico mayor que el del agua y yacen sobre el fondo como si fueran piedrecitas, lo mismo que cuando eran recién nacidos, y su vejiga natatoria no estaba aún hinchada de gas. La misma reacción de aumentar automáticamente de densidad se produce cuando un pez joven es tomado en la boca por un adulto. De no existir semejante mecanismo reflejo, el padre no podría mantener agrupados a sus hijos, a medida que los va recogiendo al caer el día.

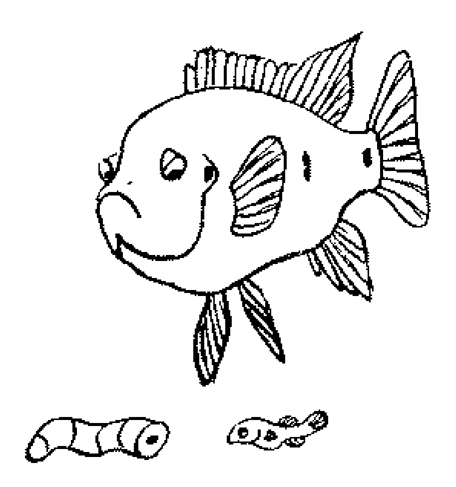
Precisamente durante uno de estos transportes al hogar de hijos extraviados vi a un *Hemichromis* macho realizar algo que me dejó asombrado. Llegué al Instituto ya bastante tarde, y empezaba a anochecer. Por eso quería apresurarme a dar de comer a algunos peces que aquel día no habían probado aún

bocado; entre ellos, una pareja de *Hemichromis* con sus crías. Cuando me aproximé a su acuario, casi todos los jóvenes estaban ya en el hoyo del nido, y encima de él la madre, solícita, montaba guardia. No quiso moverse para acudir a comer cuando eché al acuario unos trozos de lombrices. Pero el padre, que buscaba pececitos extraviados por el acuario, dando muestras de gran excitación fue distraído de su actividad por una estupenda cola de lombriz –por razones desconocidas, el extremo posterior de las lombrices es preferido al anterior por todos los animales aficionados a comer gusanos–. Nadó hacia el gusano y lo cogió, pero a causa de su tamaño no se lo pudo tragar en seguida. Precisamente entonces, con la boca llena, vio a un pececito que, perdido y solo, nadaba por el acuario. Como electrizado, persiguió a la cría y la tomó en su cavidad bucal, que estaba totalmente ocupada. Fue un momento de gran tensión. El pez tenía dos objetos en la boca, uno de los cuales debía llevar al estómago, y el otro, al nido. ¿Qué ocurriría? Debo confesar que en aquel momento no habría dado ni un céntimo por la vida del pececito.

El desenlace fue impresionante. El pez se mantenía envarado, con la boca llena, pero sin masticar. Si alguna vez he visto «pensar» a un pez, fue en aquella ocasión. Uno se da cuenta de lo que representa para un pez encontrarse en tal conflicto, y comprueba que el animal se comporta exactamente lo mismo que se comportaría un hombre; se encuentra bloqueado por todas partes y permanece quieto sin avanzar ni retroceder.

Por espacio de varios segundos, el *Hemichromis* padre permaneció como clavado en su sitio, aunque se veía a las claras que en su interior no se daba descanso. Y dio a su conflicto una solución ante la cual no puede uno por menos de sentir admiración. Escupió todo el contenido de su boca, con lo cual el gusano cayó al fondo, y el pececillo, aumentando su densidad de la manera prescrita, hizo lo propio. Luego el padre se dirigió al gusano y lo devoró sin prisas, aunque sin perder de vista a su hijo, que yacía, obediente, sobre el fondo. Cuando terminó su comida, se metió al pececito en la boca y lo llevó a «casa».

Varios estudiantes que habían presenciado conmigo los acontecimientos, empezaron a aplaudir como un solo hombre.

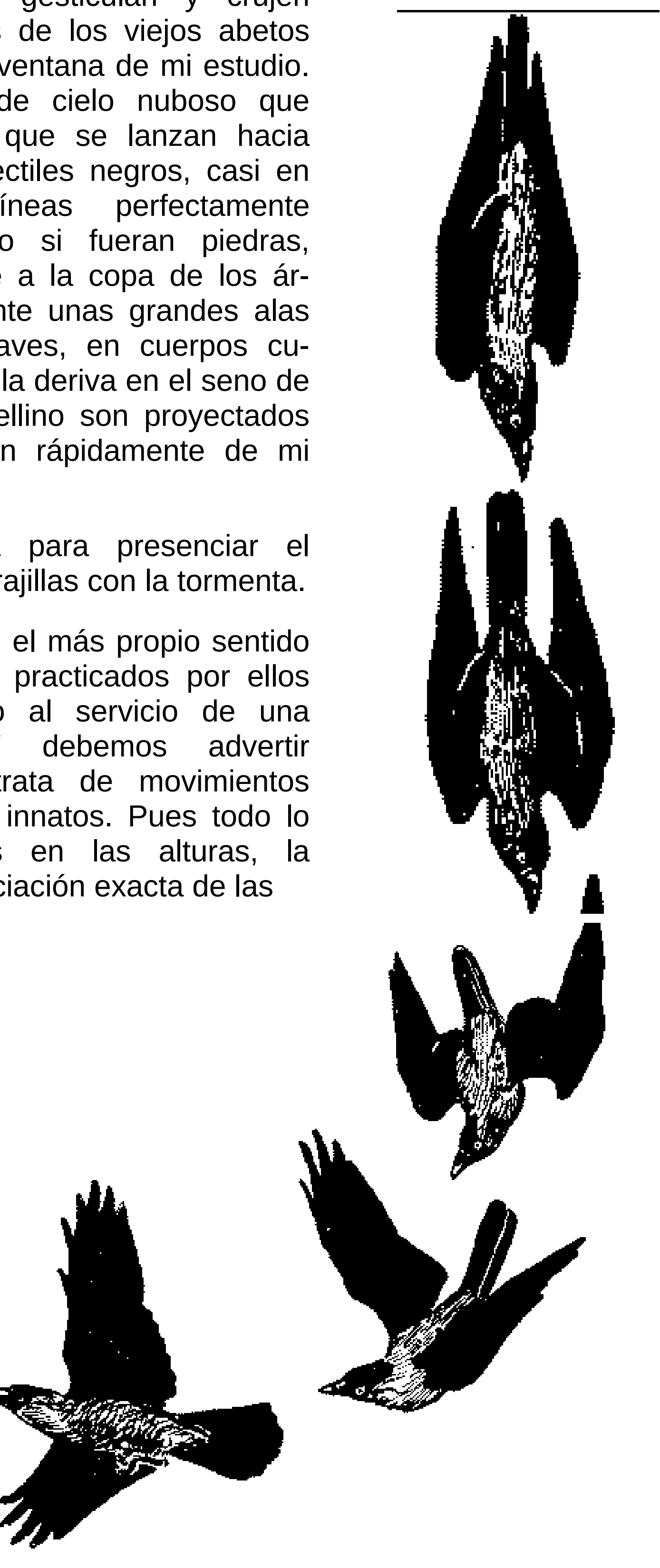


SEMPITERNOS CAMARADAS

La tempestad primaveral lanza sus acordes chimenea abajo, mientras gesticulan y crujen desaforadamente las ramas de los viejos abetos rojos que hay delante de la ventana de mi estudio. De pronto, en el retazo de cielo nuboso que enmarca mi ventana, veo que se lanzan hacia abajo una docena de proyectiles negros, casi en forma de gota, de líneas perfectamente aerodinámicas. Caen como si fueran piedras, descienden hasta acercarse a la copa de los árboles, abren inesperadamente unas grandes alas negras, se convierten en aves, en cuerpos cubiertos de plumas que van a la deriva en el seno de la tempestad, en cuyo torbellino son proyectados hacia arriba, y desaparecen rápidamente de mi campo visual.

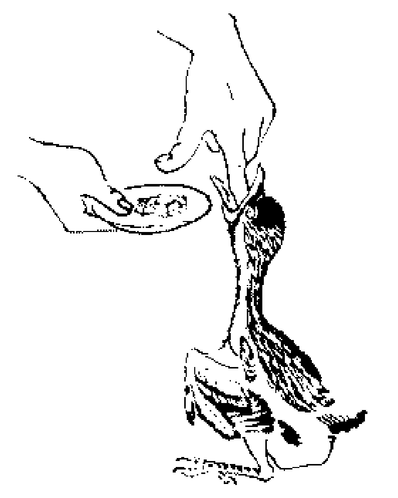
Me acerco a la ventana para presenciar el extraordinario juego de las grajillas con la tormenta.

¿Un juego? Sí, un juego, en el más propio sentido de la palabra: movimientos practicados por ellos mismos, para disfrutar, no al servicio de una finalidad determinada. Y debemos advertir categóricamente que se trata de movimientos aprendidos, no de instintos innatos. Pues todo lo que practican estas aves en las alturas, la utilización del viento, la apreciación exacta de las distancias y, sobre todo, el conocimiento de las condiciones locales en los distintos puntos donde, para una determinada dirección del viento, existen movimientos ascendentes, baches o torbellinos, todo ello no es patrimonio heredado, sino que lleva el sello de lo que se ha adquirido individualmente.



¿Qué no harán las grajillas con el viento? A primera vista parece que el viento juega con las aves como el gato con el ratón. Pero en realidad es al revés: las aves juegan con la tormenta. Casi –y sin pasar nunca del casi– dejan que la tormenta haga su voluntad, que los eleve a gran altura por las corrientes ascendentes, y llega un momento en que parece que van a seguir proyectados hacia arriba; pero giran, con un indolente y sutil movimiento de un ala, hasta quedar vueltos de espalda, abren las superficies de sustentación una fracción de segundo, de abajo arriba y contra el viento, y se precipitan hacia tierra a una velocidad mucho mayor que la de caída libre, giran de nuevo y recuperan la posición normal con otro movimiento de las alas tan insignificante como el primero y se lanzan, ahora con las alas casi completamente plegadas, en trayectoria velocísima contra la tormenta que quiere barrerlos hacia el Este, pero que ellos atraviesan varios centenares de metros en dirección opuesta, hacia el Oeste. Esta maniobra no representa esfuerzo alguno para el ave, pues es el gigantón ciego del temporal el que proporciona toda la energía necesaria para impulsar el cuerpo del ave a través del aire a más de 100 km por hora; la contribución de la grajilla se reduce a dos o tres cambios de posición de sus negras remeras, apenas perceptibles y realizados con elegante indolencia. ¡Dominio soberano sobre la fuerza bruta, triunfo embriagador del organismo viviente sobre las fuerzas elementales de lo inorgánico!

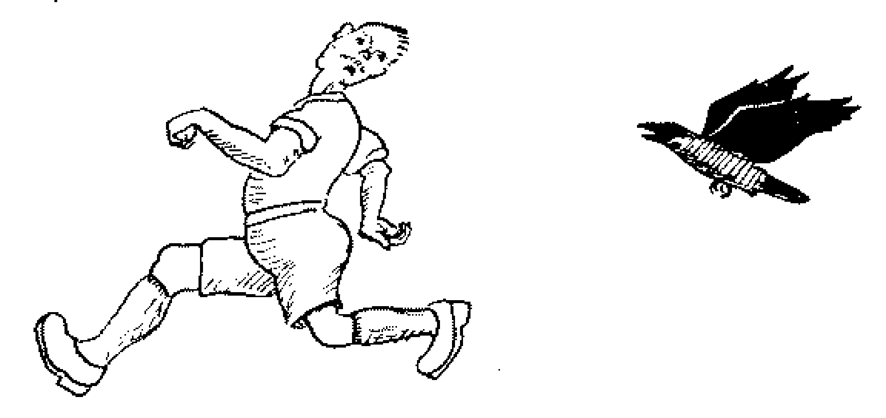
Han pasado veinticuatro años desde que vi a la primera grajilla *(Coloeus monedula)* volar de esta manera en torno a los pináculos de Altenberg, y ya desde entonces quedé prendado del pájaro de los ojos plateados. Y como ocurre frecuentemente con los grandes amores de nuestra vida, poco podía imaginar lo que iba a suceder cuando conocí a mi primera grajilla joven. Se encontraba en la tienda de animales de Rosalía Bongar, de la que soy cliente desde hace cuarenta años, en una jaula bastante austera, y la adquirí sólo por cuatro schillings. No la compré por razones científicas, sino porque deseaba llenar de buena comida la bocaza roja y bordeada de amarillo del pajarito. Y



cuando pudiera valerse por sí, quería darle la libertad, y así lo hice, pero sin conseguir el resultado que esperaba, pues todavía hoy las grajillas siguen criando bajo nuestro tejado. Nunca se me ha recompensado con tanta largueza un acto de compasión para con un animal.

Pocas aves, y en general pocos animales superiores –los insectos que constituyen sociedades forman capítulo aparte–, tienen tan desarrollado el sentido de la vida familiar y social como la grajilla. Y por ello son pocos los animales jóvenes tan conmovedoramente desvalidos y tan adictos al que los cuida como las grajillas o chovas jóvenes.

Cuando se endurecieron los cañones de sus plumas de vuelo y mi grajilla llegó a ser completamente apta para volar, mostró una afinidad totalmente infantil hacia mi persona. Dentro de casa volaba tras mí de habitación en habitación, y si alguna vez me veía forzado a dejarla sola, se desesperaba y emitía su llamada: «¡Choc!» Éste fue el nombre que recibió. De entonces data nuestra tradición de dar a todas las aves jóvenes criadas aisladamente, el nombre que corresponde a su voz de llamada.

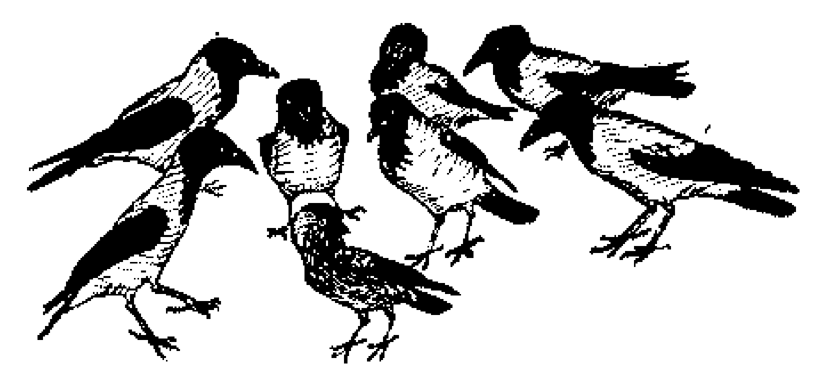


Una grajilla joven, unida a su cuidador con todo su afecto juvenil, puede proporcionar, como es natural, muchos beneficios a la Ciencia. Se puede llevar el ave al campo, estudiar su vuelo, la forma en que consigue el alimento; en fin, todos los aspectos de su comportamiento en el ambiente natural, a corta distancia y sin tenerlo cohibido por las rejas de una jaula. No creo que haya aprendido de ningún otro animal tantas cosas y tan esenciales como las que me enseñara «Choc» en el verano de 1926.

Probablemente porque yo imitaba la llamada de las grajillas, «Choc» me prefirió en seguida a las otras personas. Volando me seguía durante largos paseos, incluso cuando iba montado en bicicleta, fiel como un perro. Aunque sin duda me conocía personalmente y sólo conmigo se mostraba completamente adicta, lo instintivo o lo que tenía de reflejo en su actividad al acompañarme se manifestaba de una manera muy curiosa: Si alguien marchaba más aprisa que yo en aquel momento y, por ello, me adelantaba en el camino, la grajilla solía dejarme para marcharse con el extraño; mas no tardaba en advertir su «equivocación» y volvía a mí; con la edad aumentó en ella la capacidad de «pensarlo mejor» y retornar a mí. Pero siempre hacía un pequeño movimiento, revelador de la intención de seguir al que me aventajaba en velocidad, y esta reacción siguió siendo casi siempre perceptible.

Pero cuando delante de nosotros volaban una o varias grajas, aves de otra especie más corpulenta, «Choc» era víctima de un conflicto psíquico mucho más violento. Era inevitable que la vista de un ondulante par de alas negras que se alejaban despertara en la grajilla joven el impulso, irresistiblemente poderoso, de volar tras ellas. «Choc» no podía vencer su imperativo y nada

aprendió de desgraciadas experiencias que en relación con este punto se le ofrecieron. Seguía ciegamente a las grajas, y procediendo así, a veces una bandada de estos pájaros la arrastraba consigo tan lejos, que era un milagro que retornara.



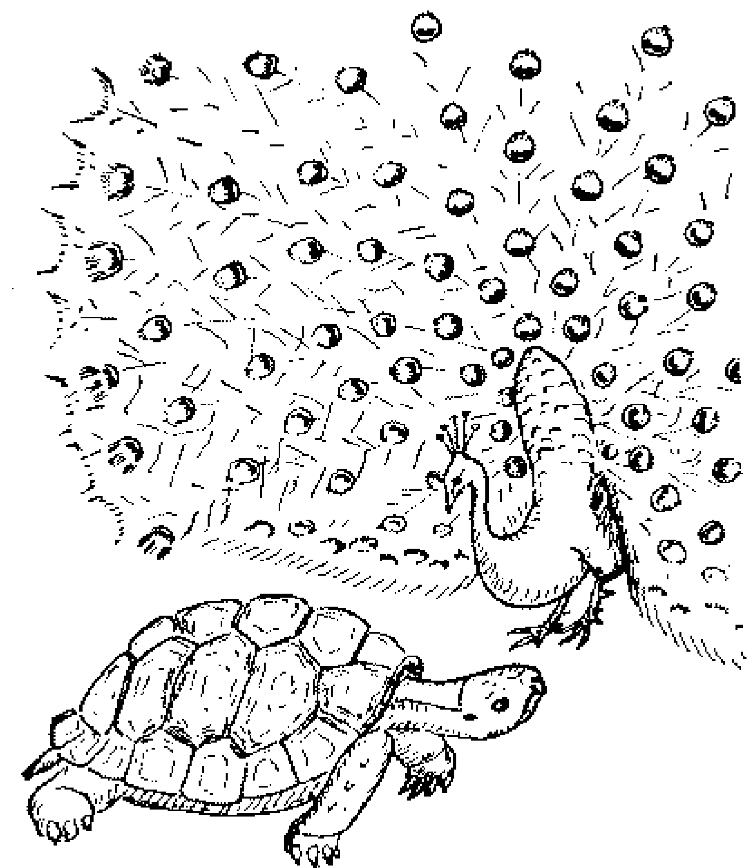
Era muy peculiar su comportamiento cuando las grajas aterrizaban. En el momento mismo en que dejaban de volar, dejaba también de actuar la magia de las batientes alas negras, y «Choc» se sentía abandonado y empezaba a llamarme con la misma voz plañidera con que una grajilla joven solicita a sus padres. Tan pronto como oía mi respuesta, emprendía el vuelo y se dirigía hacia mí, y con tal energía, que a veces arrastraba consigo a las grajas y retornaba a mi lado a la cabeza de la bandada entera. En tales ocasiones, tenía que hacerme visible a las grajas desde alguna distancia, porque de no hacerlo así podía originarse otra complicación. En efecto, al principio, antes de que yo hubiera advertido el mencionado riesgo, venían tras la grajilla y se aproximaban a mí sin darse cuenta de mi presencia. En cuanto esto ocurría, se asustaban violentamente y escapaban presas de tal pánico, que «Choc», contagiado por el movimiento y agitación general, se veía arrastrado por las grajas.

Así, en todas aquellas formas de comportamiento social, cuyo objeto se definía por la experiencia del individuo, «Choc» se dirigía hacia los hombres. Así como Mow-gli, de Kipling, se designaba a sí mismo como un lobo, de igual forma, «Choc», si hubiese podido hablar, se habría considerado a sí misma un hombre. Pero la señal de las batientes alas negras despertaba el instinto y llamaba al instinto: era un «¡sigúeme!» imperioso. Expresándome de una manera antropomórfica, podría decir que «Choc» se consideraba un hombre mientras marchaba por el suelo, pero cuando volaba se consideraba una graja, porque precisamente las batientes y negras alas de estas aves fueron las primeras que despertaron en él el instinto de la bandada.

Según Rudyard Kipling, cuando el amor despierta en Mowgli, lo irresistible de su impulso lo lleva a abandonar a sus hermanos lobos y a aproximarse a los seres humanos. Probablemente el poeta tenía razón: tenemos buenos argumentos para aceptar que el hombre y la mayor parte de los mamíferos reconocen de manera innata al objeto del amor sexual por señales inconfundibles. Pero no así las aves. Las aves criadas en confinamiento, que nunca han visto a sus semejantes, no «saben», en la mayor parte de los casos, a qué especie pertenecen, o sea, su instinto social y su amor sexual se orientan hacia aquellos seres con los que han convivido en determinadas fases, especialmente impresionables, de su juventud, y, por tanto, en la mayor parte de los casos, hacia el hombre. Según las circunstancias que concurran,

pueden observarse toda clase de desviaciones. Por ejemplo, una oca doméstica hembra que actualmente poseo es el único superviviente de seis pollos atacados de tuberculosis aviar, y ha crecido en la exclusiva sociedad de gallinas domésticas. A pesar de que a su debido tiempo se compró, pensando en ella, un precioso ganso macho, ella se enamoró perdidamente de nuestro gallo «Rhode Island», y lo asediaba con «proposiciones amorosas», sin preocuparse poco ni mucho de los galanteos del apuesto ganso.

Un caso de la misma naturaleza, verdaderamente tragicómico, le ocurrió a un pavo real blanco del jardín zoológico de Schónbrunn (Viena). Era también el último superviviente de una nidada nacida precozmente y víctima del tiempo desapacible, por lo cual fue llevado al local más caldeado de que se disponía en aquellos momentos –después de la primera guerra mundial–, que era precisamente el recinto de las tortugas gigantes. Esta ave infeliz, durante el resto de su vida, sólo hizo la rueda delante de alguna tortuga, y permanecía ciego y sordo ante los encantos de las pavas más bellas. Es típica la irreversibilidad de este curioso proceso de fijación de la vida instintiva en un objeto determinado.



Cuando «Choc» fue mayor, se enamoró de nuestra criada, que, precisamente entonces, contrajo matrimonio y trasladó su residencia a un lugar distante unos 3 km. Pocos días después, «Choc» descubrió su paradero y se instaló en la misma casa que ella, para volver sólo por las noches a su acostumbrado refugio, en el desván de nuestro domicilio. A mediados de junio, cuando hubo pasado el período de celo y cría de las grajillas, volvió repentinamente a estar de nuevo con nosotros y adoptó una de las catorce grajillas jóvenes que yo había criado aquella primavera. «Choc» se comportó con este hijo adoptivo,

hasta en los menores detalles, exactamente como se comportan las grajillas con sus hijos. Está claro que los elementos del comportamiento que integran la actividad de la cría deben ser innatos, ya que los hijos propios son las primeras crías que una de estas aves ve habitualmente. Si no reaccionara frente a ellas con una conducta fija e instintiva, heredada, inevitablemente las desgarraría y se las comería como a cualquier otro ser vivo del mismo tamaño.



Añadiremos que «Choc» era de sexo femenino, y, sin duda, vio en nuestra muchacha un macho de grajilla. El comportamiento de «Choc» no ofrecía lugar a dudas a este respecto. La llamada *regla inversa,* según la cual los animales de sexo femenino se sienten más atraídos hacia los varones y los machos hacia las mujeres, no vale en absoluto para las aves, ni siquiera para los papagayos, en relación con los cuales se ha afirmado repetidamente su validez. Así, por ejemplo, otra grajilla, ésta macho, comprada ya crecida, se enamoró de mí y me trataba en todos los aspectos como si yo fuera una grajilla hembra. Empleaba horas en tratar de convencerme para que me introdujera, reptando, en la cavidad que había escogido para anidar, y que sólo medía unos pocos decímetros. De manera semejante, un gorrión, que había experimentado una análoga fijación sobre seres humanos, quería inducirme ¡a meterme en el bolsillo de mi propia chaqueta! Aquel macho de grajilla resultaba especialmente molesto cuando trataba de cebarme con los, para su gusto, mejores bocados.



En todas estas maniobras había conseguido interpretar la boca humana como la abertura anatómica de ingreso del alimento, lo cual no deja de ser sorprendente. Lo hacía completamente feliz cuando abría mis labios hacia él, imitando los sonidos con que los de su especie solicitan alimento. Esto representaba para mí un gran sacrificio, porque no había llegado hasta el extremo de que me gustara recibir en la boca gusanos de la harina trinchados y mezclados con saliva de grajilla. Es comprensible que no siempre me mostrara dispuesto a corresponder a las solicitudes del ave; pero en tal caso debía vigilar mis oídos, porque, sin saber cómo, me encontraba el conducto auditivo lleno hasta los tímpanos de papilla de gusanos. En efecto, las grajillas introducen profundamente el alimento, con la lengua, hasta el esófago de la hembra o de las crías. Pero este macho de grajilla, ansioso de cebar, utilizaba mis oídos sólo cuando le negaba la boca, y, desde luego, siempre intentaba primero utilizar ésta.

Si en 1927 crié catorce grajillas, hay que atribuirlo exclusivamente a «Choc». Puesto que muchas de sus acciones instintivas fallaban en su finalidad o quedaban incomprensibles en relación con los humanos, despertaron en mí el intenso deseo y curiosidad de instalar una colonia de grajillas mansas que pudieran volar en libertad, para estudiar en ellas su vida familiar y sexual. No podía repetir para cada una de las catorce grajillas separadamente lo que

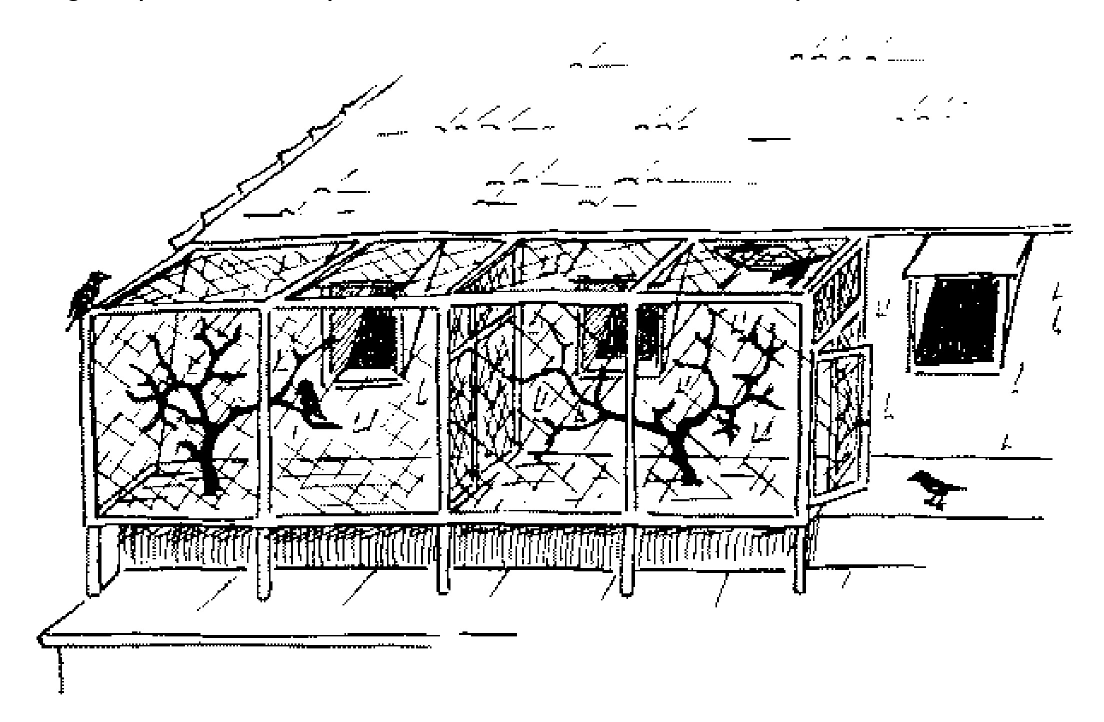


había hecho el año anterior con «Choc», o sea, criarlas del mismo modo y llegar a representar el papel de padre y madre; y como, por otra parte, sabía por «Choc» el deficiente sentido de orientación de las grajillas jóvenes, tuve que dar con otros medios para ligarlas a una localidad: concretamente, a nuestra casa.

Tras madura reflexión di con el siguiente sistema, que, en lo sucesivo, mostró ser adecuado. Construí una pajarera alargada delante de las aberturas del desván, donde «Choc» habitaba desde largo tiempo. La jaula tenía dos secciones, se apoyaba sobre un alero de albañilería de casi 1 m de anchura y abarcaba casi toda la anchura del tejado de la casa. Marqué individualmente a las grajillas jóvenes con anillos de colores, que correspondían a sus nombres: «Azul azul», «Rojo derecha», etc.

Al principio, «Choc» mostró alguna inquietud ante las alteraciones que se observaban en la proximidad de su hogar, y pasaron algunos días hasta que se acostumbró a cruzar despreocupadamente la puerta con ventalla que estaba en el techo de la primera sección de la jaula.

Entonces «Choc» fue conducido a esta sección anterior de la jaula, junto con las dos grajillas jóvenes más mansas, «Azul azul» y «Azul rojo», y encerrado en dicho compartimiento. Las restantes grajillas fueron confinadas en el compartimiento posterior de la jaula. Distribuidos de esta forma, los pájaros se dejaron unos días abandonados a sí mismos. Este proceder tenía por finalidad conseguir que las aves que estaban destinadas a ser las primeras en volar



libremente, se sintieran vinculadas por lazos sociales a las que debían seguir todavía encerradas. Por entonces «Choc» había empezado a adoptar a una de las grajillas («Amarillo izquierdo»), lo cual fue una circunstancia afortunada, porque así retornó a su debido tiempo a casa para las experiencias que a continuación se describirán. No escogí a «Amarillo izquierdo» para las primeras experiencias porque deseaba que «Choc» permaneciera en la vecindad de nuestra casa, pues era de temer que emprendieran el vuelo los dos, «Choc» y «Amarillo izquierdo», que ya era volantón, para dirigirse al hogar de la muchacha de la cual se había enamorado el primero, o sea, hacia San Andrés.

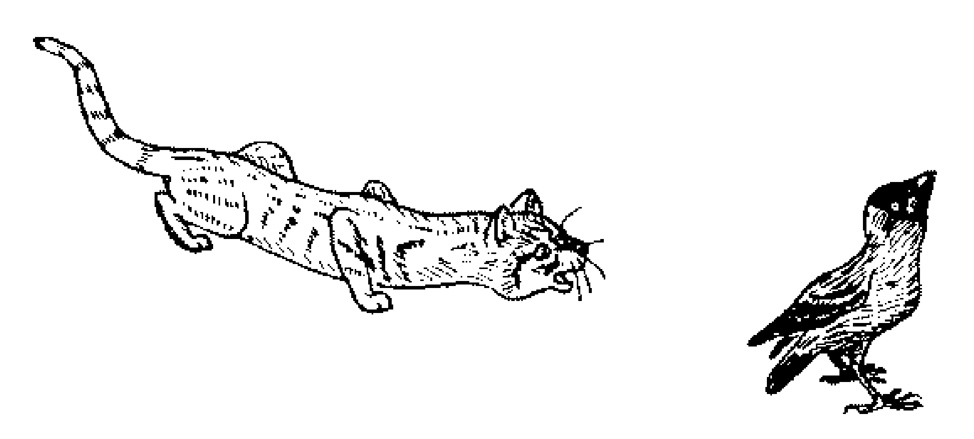
Mi esperanza de que las grajillas seguirían a «Choc» de la misma manera que éste me había seguido a mí el año pasado, se cumplió sólo a medias. Cuando abrí la puerta por primera vez, «Choc» salió inmediatamente al exterior, como era natural, y, al verse en libertad, emprendió el vuelo y se perdió de vista a los pocos segundos. Pasó algún tiempo antes de que los jóvenes se atrevieran a aventurarse fuera a través de la misma puerta. Por fin, los dos lo hicieron a la vez, precisamente en el momento en que «Choc» pasaba volando por delante, e intentaron seguirlo. Pero como «Choc» no tuvo en cuenta el vuelo más lento y uniforme de los jóvenes, los perdió en su primer vuelo en picado. Más tarde, cuando «Amarillo izquierdo» salió libremente, «Choc» voló despacio delante de

él, y continuamente miraba hacia atrás por encima de las alas, para no perderlo de vista, como hacen todas las grajillas padres cuando guían a sus crías en el vuelo. Por lo que respecta a las restantes grajillas, «Choc» no sólo no se preocupaba en absoluto de los demás pájaros, sino que éstos tampoco comprendían que sólo «Choc» conocía las inmediaciones y que, por eso, les podía servir de guía mucho mejor que cualquiera de ellos.



Tan pronto como puse en libertad a tres o cuatro de los pajaritos a la vez, observé un fenómeno tan peculiar como peligroso. Las crías inexpertas buscaban, al parecer, otra guía, y, así cada una de ellas probaba seguir a las demás. Por eso giraban en el cielo sin meta ni dirección, ganando más altura. Puesto que en aquella edad todavía no se han ejercitado en los atrevidos vuelos en picado, gracias a los cuales las grajillas adultas bajan rápidamente, era de temer que aquellas travesuras de las grajillas jóvenes acabaran por extraviarlas a tanto mayor distancia cuanto más arriba subieran. En efecto, algunas de las catorce se perdieron por entregarse a semejantes prácticas. Esto quiere decir que necesitan una grajilla completamente adulta que, como ya explicaré, pueda conducir a su hogar, y de manera perfectamente definida, las aves en trance de extraviarse. Por aquellas fechas, «Choc» tenía sólo un año de edad, y, por tanto, no había alcanzado ni siquiera la madurez sexual.

La falta de progenitores que sirvan de guías se deja sentir también de otra manera, y con malas consecuencias, por carecer las grajillas jóvenes de una reacción innata frente a la aparición de los enemigos que las amenazan. Las urracas, los patos, los petirrojos y muchas otras aves se disponen a emprender el vuelo tan pronto como avistan un gato, una zorra o incluso una ardilla. Y la misma conducta es seguida también por los individuos que han sido criados por el hombre desde muy jóvenes y no han tenido ocasión de acumular experiencia alguna acerca del comportamiento que se puede esperar de los enemigos en cuestión. Una joven urraca mansa nunca se dejará atrapar por un

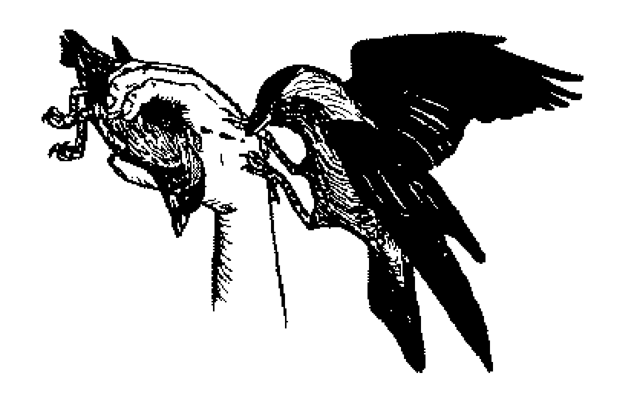


gato, y el más manso de los ánades salvajes que haya sido criado por el hombre, reacciona inmediatamente ante una piel roja de la que se tire con un cordel por la ribera del estanque, como si «supiera» exactamente las propiedades que tiene el enemigo de su linaje: la zorra. Se muestra miedoso y precavido, da la alarma, se dirige al agua, pero no pierde de vista a la supuesta zorra, sino que la sigue continuamente con su mirada. Sus formas de reacción innatas se basan en que la zorra no puede volar ni nadar lo bastante aprisa para dar alcance a un pato en el agua. El sentido de toda esta conducta sólo tiene por objeto que se advierta la presencia de la zorra, que lo sepan los otros para hacer fracasar los proyectos de caza de la alimaña.

El reconocimiento del enemigo es innato e instintivo en las mencionadas aves; pero en las grajillas tiene que ser aprendido individualmente. Y, de manera curiosa, ello se hace siguiendo una verdadera tradición: los padres comunican sus experiencias personales a sus hijos, y así se procede de generación en generación.

La grajilla tiene sólo una reacción innata frente al enemigo: ataca furiosamente a todo ser que lleve algo negro que oscile o tiemble. El ave se mantiene inclinada hacia delante, tiembla con las alas entreabiertas y lanza un estridente grito de alarma, cuyo sonido, resonante y agudamente metálico, se interpreta como indicio de rabia encarnizada.

Uno puede coger con toda tranquilidad una grajilla mansa, por ejemplo, para meterla en la jaula o para cortarle las uñas. Pero esto empieza a ser peligroso cuando se tienen dos grajillas. Así, por ejemplo, «Choc» nunca protestaba cuando yo lo cogía. Pero cuando nos llegaron las catorce grajillas jóvenes, tenía que evitar el coger, en su presencia, alguna de las avecillas con la mano. Cuando hice esto por primera vez, sin sospechar nada, detrás de mí oí un estridente y furioso chirrido, una flecha negra pasó sobre mis hombros hasta clavarse en la mano que sujetaba a la grajilla: contemplé asombrado una herida redonda y profunda en la piel del dorso de mi mano. Inmediatamente comprendí el impulso ciego que movió este ataque, pues, por entonces, «Choc» me distinguía con la amistad más estrecha y odiaba cordialmente a las catorce grajillas jóvenes –la adopción de «Amarillo izquierdo» por «Choc» fue muy posterior– hasta el punto de que si no las hubiera protegido constantemente, sin duda alguna las habría matado. Y, sin embargo, no podía tolerar que cogiera alguna de aquellas avecillas.



Una observación casual, hecha aquel mismo verano, me hizo comprender aún más claramente el carácter de reflejo ciego que tiene la reacción descrita. Al caer el día, y cuando regresaba de bañarme en el Danubio, subí al tejado, como cada tarde, para encerrar a las grajillas en su jaula. Cuando estaba en el alero, rodeado por las aves, noté un contacto húmedo: era mi calzón de baño negro, que, con las prisas, me había metido, sin secar del todo, en el bolsillo. Lo saqué y... al instante me vi rodeado por una nube de grajillas que chirriaban rabiosamente, a la vez que prodigaban insistentes y dolorosos picotazos en la mano en que tenía mi calzón de baño negro.



Mi gran cámara fotográfica nunca produjo esta conmoción, pese a ser negra y llevarla en la mano; pero las grajillas empezaban a chillar y me atacaban cuando sacaba las tiras de papel negro del depósito de película, tal vez porque el viento las movía. Nada importaba que las grajillas me reconocieran como inofensivo y me aceptaran por amigo. En cuanto tenía en la mano algo negro que se movía, me convertía automáticamente para ellas en un asesino. Lo más sorprendente es que ni siquiera las grajillas quedan libres de esta hostilidad. En efecto, asistí a un ataque colectivo contra una hembra que intentaba llevar a su nido, como material de construcción, una pluma de cuervo. Por el contrario, las grajillas mansas no protestan ni atacan cuando se cogen con la mano a sus propios hijos, mientras éstos permanecen aún desnudos y, por tanto, no son de color negro. Pero desde el momento en que les asoman los cañones de las plumas, los animalitos se tornan rápidamente negros en la parte superior, y entonces no es prudente cogerlos si no quiere exponerse uno a un furioso ataque.

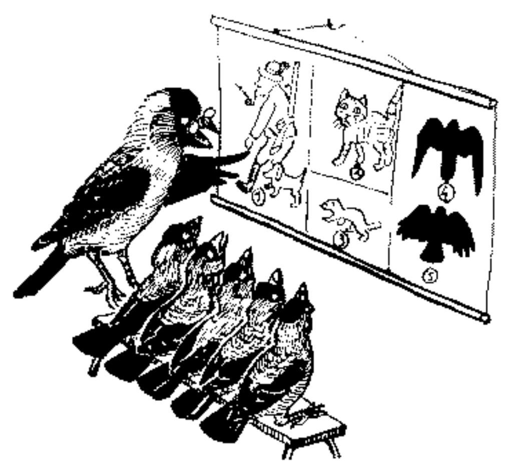


Después de uno de estos ataques, las grajillas se muestran absolutamente desconfiadas hacia lo que ha dado origen a la alarma. Resulta difícil imaginar qué tipo especial de vivencia experimentan, y que va asociada, sin duda, a una actividad instintiva que ha dejado una emoción profunda. Nuestros afectos –ira, odio, miedo– sólo se pueden comparar de una manera relativa con los correspondientes o análogos de los animales. No sabemos lo que experimenta la grajilla, pero no cabe duda de que esta vivencia es algo específico, con una extraordinaria carga emocional.

Esta ardiente emoción graba en la memoria del animal, de manera increíblemente rápida, una asociación de ideas indisoluble entre la situación cargada de significado («grajilla en las zarpas de una fiera») y la persona del «criminal». Si se desencadena dos o tres veces consecutivas el ruidoso ataque de una grajilla hasta entonces mansa, se habrá estropeado ya para siempre. Desde aquel momento, basta que le vea a uno para que chille; para ella es como si llevara uno el signo de Caín, aun sin tener nada negro que se agite en las manos. Es más: la grajilla logrará «convencer» a todas sus compañeras de la perversidad de uno. Sus chillidos son extraordinariamente contagiosos, y desencadenan el ataque de todas las grajillas que lo oyen, con la misma rapidez que si vieran algo negro agitándose. La «mala fama» pregona que uno ha sido sorprendido una o dos veces cometiendo una acción reprobable, y se extiende como el fuego. Al poco tiempo, todas las grajillas de la vecindad lo tienen a uno por un animal de presa al que hay que chillar y atacar.

El sentido primitivo de esta reacción consiste, indudablemente, en defender a otro individuo de la misma especie que haya caído víctima de un animal de presa, obligando a éste a que suelte la víctima o, por lo menos, hacerle tan desagradable el disfrutar de ella, que no le queden deseos de insistir en la caza de grajillas. Si, por ejemplo, el azor prefiere cazar otras aves y no grajillas, que con su estruendo le hacen desagradable la caza, ello significa que la práctica de la reacción descrita da un resultado «rentable» para las grajillas y posee un indudable valor en el mantenimiento de la especie. La reacción ruidosa, con la misma función primitiva, se encuentra también en otros córvidos, como cornejas, urracas y cuervos. Formas semejantes de comportamiento se observan asimismo en diversos pajaritos.

Los córvidos, que alcanzan un nivel superior de evolución en la vida social, principalmente la grajilla, unen a esta función primitiva de defensa del compañero, otra función nueva aún más importante: gracias a dicha reacción, el ave joven e inexperta recibe, en forma de tradición, el conocimiento de los animales que son de temer. Nótese bien que se trata de un conocimiento realmente adquirido, no de un instinto superficialmente análogo a dicho conocimiento.



Reflexiónese acerca de lo notable que es todo esto: Un animal que no conoce a sus enemigos de manera innata o instintiva, es enseñado por los otros individuos de su especie, con más edad y experiencia, acerca de qué y a quién ha de tener por enemigos. Es una verdadera tradición, conocimientos adquiridos personalmente que se transmiten de padres a hijos. A nuestros niños podría servirles de ejemplo la seriedad con que las grajillas jóvenes atienden las «bien intencionadas» advertencias de sus padres. Si aparece un ser que hasta entonces era desconocido para la cría, basta que la grajilla vieja chirríe de manera perceptible una sola vez, para que se grabe indeleblemente una asociación de ideas entre la imagen del enemigo y la advertencia. En la Naturaleza libre, muy raramente un animal joven e inexperto puede reconocer la peligrosidad de un depredador por el hecho de verlo con algo negro que ondula o se mueve entre las garras. Las grajillas vuelan siempre en bandadas, de manera que debe aceptarse que entre ellas hay siempre algún ave experimentada que empieza a chirriar tan pronto como ve al enemigo.

Mis catorce grajillas no tenían a nadie que les advirtiera del peligro. Sin un progenitor que lo adiestre, el pájaro joven permanece tranquilo ante un gato que se aproxima, y, sin temor alguno, aterriza ante las narices del perro más cazador, al que considera tan inofensivo y amistoso como el hombre en cuya proximidad se ha criado. No debe maravillar, por tanto, que el grupo de mis grajillas se redujera en forma considerable cuando empezaron a volar libremente. Al darme perfecta cuenta del peligro y de sus causas, sólo dejé libres a mis aves durante las horas de sol, cuando no es muy elevado el número de gatos que merodean. Se necesita mucho tiempo y paciencia para lograr que las grajillas se recojan en su jaula al declinar el día. «Reunir un saco de pulgas» –para usar una expresión popular alemana– representa una niñería comparado con la tarea de atraer catorce grajillas a una jaula. No las podía coger, y cuando hacía pasar una por la puerta de la jaula, posada sobre mi mano, escapaban dos. Incluso cuando utilizaba la primera mitad de la jaula a guisa de esclusa, empleaba todas las tardes una buena hora en meterlas a todas tras las rejas.

De esta forma convivía con mis grajillas, a las que conocía y podía distinguir entre sí por su cara, o sea, por su fisonomía, de manera que ya no tenía necesidad de mirar los anillos de colores de las patas. Pero esto es más fácil de decir que de hacer, pues para conocerlas personalmente una a una hay que vivir mucho tiempo en contacto inmediato con ellas. Sin esta condición sería imposible penetrar en las intimidades de la vida social de las grajillas.

¿Se conocen los animales unos a otros de una manera tan inequívoca? Varios sabios estudiosos de la psicología animal pretenden que no es así y han puesto en tela de juicio incluso la simple posibilidad de que ello ocurra. Sin embargo, puedo asegurar que cada uno de los miembros de mi colonia de grajillas, puesto enfrente de otro, sabe exactamente de quién se trata. Así ha de ser forzosamente para que se mantenga entre ellas una jerarquía fija. Todo criador de gallinas sabe que hasta en aves tan estúpidas existe una jerarquía definida, de forma que cada gallina se siente atemorizada ante la que ocupa un rango superior. Tras algunas escaramuzas, que no siempre llegan a mayores, todos los animales aprenden con cuáles pueden atreverse y ante quiénes

deben inclinarse. La posición dentro de esta jerarquía no sólo depende de las fuerzas físicas, sino también, por lo menos en igual grado, del valor personal, la energía y, podría decirse, del aplomo del ave.



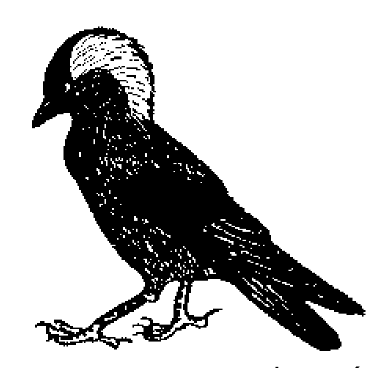
Semejante ordenación jerárquica dentro de un grupo de animales goza de una persistencia extraordinaria. Si un animal queda en inferioridad al final de una disputa, aunque sólo sea inferioridad «moral», se considera en posición subordinada durante largo tiempo y no se engalla fácilmente ante su dominador, si los animales siguen viviendo juntos y se repiten las ocasiones de encontrarse frente a frente. Así ocurre también en los mamíferos de organización superior y que son considerados como más inteligentes.

Las disputas por la categoría jerárquica dentro de una colonia de grajillas difieren, en un punto esencial, de las de un gallinero. En el gallinero, los individuos de rango inferior no lo pasan muy bien. En cualquier aglomeración artificial de animales no sociales, tanto en un gallinero como en una pajarera, los de alta categoría sienten especial predilección en picotear rabiosamente a los de casta inferior. No ocurre lo mismo entre las grajillas. En la sociedad de estas aves, ni la «aristocracia», ni siquiera el «déspota máximo» se muestran agresivos hacia los que ocupan un rango inferior. Tan sólo se enojan con los que ocupan un rango inmediatamente inferior al suyo, y, muy especialmente, el «déspota» con el «pretendiente al trono», o sea, el «número uno» contra el «número dos». He aquí un ejemplo: La grajilla A está posada en el comedero, alimentándose. La grajilla B llega en actitud jactanciosa, con la cabeza erguida, gravemente, por lo cual la A le hace sitio corriéndose a un lado, y aquí acaba todo. Luego llega C, también con gesto arrogante, aunque menos notorio, y entonces de manera sorprendente, A escapa en seguida, y B adopta una actitud amenazadora, con las plumas del dorso erizadas, y ataca y echa fuera a C. Explicación: La categoría de C está, entre las de las otras dos aves, lo suficientemente próxima a su inferior A para asustarlo y lo suficientemente próxima a su superior B para despertar su ira.

Las grajillas de alto rango son condescendientes en alto grado con las de categoría muy inferior: las consideran como algo despreciables, y su actitud jactanciosa ante ellas es mero formalismo; sólo cuando se acercan mucho pueden adoptar una actitud amenazadora, y apenas llegan a atacar. La excitabilidad de las altas jerarquías frente a sus subordinados se escalona lo mismo que el rango de los últimos. Esta regla tan sencilla apacigua muy bien las disputas entre los miembros de la colonia. Lo mismo entre los hombres que entre las grajillas, los movimientos expresivos de afectos sugestionan también

a aquellos individuos a los que no se dirigen de manera directa. De esta forma, las grajillas de alto rango intervienen enérgicamente en la disputa de dos subordinados tan pronto como adquiere forma violenta. Mas puesto que al intervenir se muestran siempre más excitados por aquel contendiente que es de rango más elevado, la intervención de la grajilla de alto rango, principalmente del déspota de la colonia, suele ser «caballeresca», es decir, en cualquier lucha desigual se pone siempre a favor del débil. Y puesto que casi siempre se desencadenan disputas por anidaderos –en casi todos los demás casos, el subordinado cede sin lucha–, el macho más poderoso protege o favorece los nidos de los miembros de la colonia cuya jerarquía es más baja.

Una vez establecida la jerarquía social de los miembros de una colonia de grajillas, ésta se mantiene de una forma extraordinariamente conservadora. Jamás he presenciado cambio alguno sin motivo externo, o sea, no he asistido a alteraciones de la jerarquía social debidas al descontento de los de rango inferior por la categoría que les había tocado en suerte. En mi colonia, sólo una vez ocurrió que el déspota fuera destronado, y lo fue por un antiguo miembro de la colonia, cuando retornó tras una larga ausencia, durante la cual había perdido el profundo respeto que antes tenía al señor. «Doble Rositten», nombre del autor del golpe de fuerza –debía su nombre a los dos anillos de la estación de ornitología de Rositten que llevaba en las patas–, retornó, en otoño de 1931, con el plumaje recién mudado y lleno de vigor por sus viajes estivales. En la



primera escaramuza derrotó a «Verde amarillo», el macho que hasta entonces había ocupado el lugar preeminente. Esto resultó notable por dos razones: en primer lugar, no sólo tenía en su contra a «Verde amarillo», sino también a su esposa –«Doble Rositten» era «soltero»– y, además, contaba año y medio de edad, mientras que «Verde amarillo» era uno de los supervivientes de los catorce de 1927.

Es interesante de qué forma llegué a enterarme de esta revolución. Vi en el comedero a una grajilla hembra, pequeña y delicada, que ocupaba un rango muy bajo, cómo se acercaba cada vez más al «Verde amarillo», que estaba comiendo tranquilamente, hasta que, por fin, como por una inspiración, adoptó una actitud jactanciosa, con lo cual el macho, aun siendo mayor, se largó silenciosamente y sin réplica. Cuando, más tarde, vi que el joven héroe, a su regreso, había usurpado la categoría a «Verde amarillo», supuse al principio que el déspota depuesto había quedado tan afectado por la impresión, todavía fresca, de su derrota, que hasta le intimidaban otros miembros de la colonia, como aquella hembra joven. Pero esta creencia era falsa. «Verde amarillo» había sido vencido sólo por «Doble Rositten», y, de manera indudable y para siempre, se quedó con el número dos. Pero –¡lo que son las cosas!– «Doble

Rositten», a poco de su regreso se había enamorado de una «joven», y, en un par de días como máximo, se había «prometido» con ella. Ahora bien, puesto que en cualquier pareja de grajillas ambos esposos se apoyan siempre fiel y valerosamente y desaparece entre ellos cualquier diferencia previa de rango, los dos adquieren automáticamente el mismo rango en sus disputas con los demás miembros de la colonia. De manera que la novia, con su promesa de matrimonio, pasa automáticamente a la categoría del novio. Es notable que jamás ocurra la relación inversa: existe una ley inquebrantable, con arreglo a la cual ningún macho de grajilla puede casarse con una hembra de rango superior.

Lo más extraordinario del acontecimiento no es el cambio en la categoría social, sino la pasmosa velocidad con que la colonia se entera de que aquella pequeña hembra, que hasta entonces no había recibido sino malos tratos de la mayor parte de los individuos del grupo, se ha convertido, de golpe y porrazo, en la «esposa del presidente», y nadie puede ya ni mirarla de reojo. Y sorprende cómo el interesado tiene conciencia de lo que está ocurriendo. Los animales pueden hacerse rápidamente miedosos y esquivos después de una experiencia desdichada. Pero comprender que ha quedado eliminado un peligro que hasta entonces existía y, de acuerdo con ello, envalentonarse, es señal de que existen aptitudes superiores. Aquella pequeña hembra, apenas transcurridas cuarenta y ocho horas, sabía lo que podía permitirse. Y siento decir que usaba y abusaba de sus nuevos derechos. En su comportamiento no dio pruebas de aquella nobleza o tolerancia desdeñosa que muestran las grajillas de alto rango por las inferiores; por el contrario, utilizaba cualquier oportunidad para amonestar violentamente a los que antes habían estado por encima de ella. Y no sólo se contentaba con imponerse con el gesto, sino que incluso pasaba en seguida «a las manos». En una palabra, se comportaba con una vulgaridad absoluta.

No trato de humanizar a los animales con esta forma de expresarme. Se ha de comprender que lo demasiado humano es casi siempre prehumano, y, por tanto, es aquello que compartimos con los animales superiores. A fe mía que no proyecto las características humanas en el animal; antes, al contrario, muestro la cantidad de herencia de origen animal que persiste todavía en la humanidad. Y al decir que un macho de grajilla se había enamorado súbitamente de una hembra, tampoco incurro en antropomorfismo alguno. Precisamente al enamorarse, muchas aves y mamíferos superiores se comportan exactamente igual que el hombre. También entre las grajillas, el gran amor se presenta frecuentemente de manera súbita, de un día para otro, y también como en el hombre, muchas veces es el típico «flechazo». Algunos quedan prometidos en seguida.

Desde luego, la confianza engendrada por la convivencia no favorece el proceso característico del enamoramiento en la medida que uno podría suponer. En ciertas circunstancias, una separación temporal desencadena lo que no consiguieron años de intimidad. En gansos salvajes he observado que muchas veces se «celebran» los esponsales cuando, después de una larga separación, vuelven a encontrarse un macho y una hembra entre los que antes existía una simple amistad.

Contrariamente al prejuicio según el cual el amor y el emparejamiento en los animales constituyen los momentos más «bestiales» de su vida, en los que predominan los sentidos más groseros, hemos de decir que precisamente en la vida de aquellos animales en los que el amor y el «matrimonio» desempeñan un papel importante, los esponsales suelen «celebrarse» mucho tiempo antes de la unión física.

Las grajillas se prometen durante la primavera que sigue a su nacimiento, pero no son aptas para reproducirse hasta la siguiente primavera. Lo mismo ocurre con las ocas silvestres. Así, en ambas especies el noviazgo dura exactamente un año. El cortejo del macho de la grajilla es semejante al del ganso –y también al del hombre–, porque es un animal que carece de órgano especial para cortejar: no tiene plumas vistosas como el pavo, ni un órgano vocal idóneo como el ruiseñor. El macho de grajilla deseoso de casarse debe saber hacerse valer sin medios auxiliares especiales. La forma y manera con que consigue su propósito tiene visos asombrosamente humanos en muchos de sus aspectos. Entre las grajillas, el joven galán exhibe su energía; todos sus movimientos tienen cierta tensión consentida, y prácticamente nunca deja de adoptar una actitud jactanciosa, con el cuello erguido y el pescuezo tenso. Continuamente provoca a otras grajillas, y hasta llega a entablar escaramuzas con quienes están por encima de él, aunque sólo cuando «ella» le mira.

Ante todo, procura impresionar a su pretendida mostrándose dueño de algo que podrá ser el sitio en el que construir un nido y de donde expulsa a todas las demás grajillas, sin parar mientes en su rango. Instalado en el lugar en cuestión, deja escuchar una llamada o reclamo del nido, que consiste en un agudo y penetrante «¡ssic, ssic, ssic!». Por lo regular, este reclamo del nido es únicamente simbólico. En esta fase no tiene demasiada importancia el hecho de que el agujero en cuestión sea realmente apropiado para anidar.

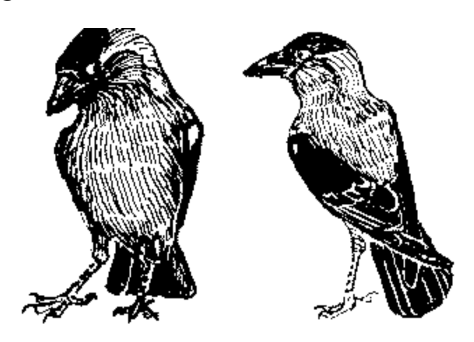
Cualquier rincón obscuro, hasta un agujerito que resultaría demasiado pequeño si el ave intentara en realidad meterse en él, sirven para cumplimentar la ceremonia del «¡ssic!». El macho al que me he referido, y que intentaba llenarme los oídos de papilla de gusanos, dejaba sentir su «¡ssic!» preferentemente en el borde de un pucherito que contenía gusanos de la harina. Con la misma finalidad, nuestras grajillas libres utilizaban las aberturas superiores de las chimeneas de nuestra casa, pese a que nunca anidan en ellas. Por tal razón, el «¡ssic, ssic!», a principios de primavera, desciende y se oye misteriosamente en los distintos hogares del edificio.

Todas las formas de exhibición personal de los machos de grajillas que cortejan se dirigen u orientan hacia una hembra perfectamente determinada. ¿Cómo se entera ella de que toda la representación se hace en su honor y obsequio?

Para esto sirve el «lenguaje de los ojos». En efecto, el macho, durante sus ofrecimientos, mira continuamente a la cortejada, e interrumpe en seguida sus esfuerzos en el caso –que no ocurre fácilmente, si ella tiene interés por el «doncel»– de que la solicitada emprenda el vuelo.

Muy peculiar e irresistiblemente divertida –incluso para el observador no dado a humanizar– es la diferencia en el juego de miradas entre el macho cortejador y

la hembra cortejada. Mientras que el macho mira ardientemente a la hembra sin cesar y sin recato, ella parece que dirija la vista a todas partes menos hacia el galán. Pero en realidad también lo mira de vez en cuando, aunque sólo sea



con rápidas ojeadas, que sólo duran una fracción de segundo: lo bastante para persuadirse de que todo el hechizo se dirige a ella, y también lo bastante para que él se entere de que ella se ha dado cuenta. Si ella está realmente desinteresada y, por tanto, no le echa ni siquiera un vistazo, el galán cesa en su empeño tan pronto como... ¡bien!, como otros jóvenes.

La doncella da su «sí» aproximándose al macho, que se acerca en su más vistosa actitud arrogante, agachándose y agitando de manera peculiar las alas y la cola. Estos movimientos de la hembra representan una solicitud de cópula, aunque de forma simbólica y «ritualizada». En esta ocasión no van seguidos de cópula, pues constituyen una simple ceremonia de saludo. Las grajillas hembras ya desposadas acostumbran saludar siempre a sus maridos con este movimiento, incluso durante el período de la reproducción. La ceremonia perdió completamente su primitivo significado sexual, y ahora sirve sólo para expresar una sumisión cariñosa de la hembra al macho.

Desde el momento en que la novia se ha rendido de esta forma al macho, ella se muestra consciente de sí misma y agresiva hacia las restantes grajillas de la colonia, pues el hecho de prometerse representa casi siempre para las hembras un considerable ascenso en el escalafón de la colonia, ya que, mientras no han emparejado, al ser, por término medio, más pequeñas y más débiles que los machos, tienen un rango inferior al de éstos.



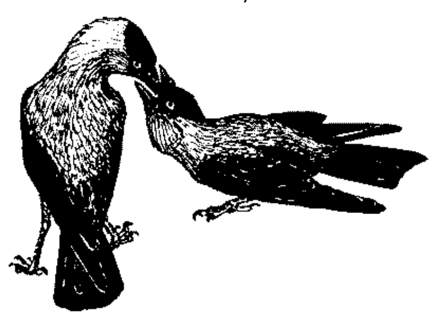
La pareja de recién prometidos constituye una íntima alianza ofensiva y defensiva, y cualquiera de ellos defiende con furia al otro. Es muy conveniente que así sea, pues entre los dos deben conquistar y conservar algún lugar donde establecer su futuro nido. Emociona el contemplar las manifestaciones de tan acendrado amor. Marchan por la vida en postura casi incesantemente arrogante y jactanciosa, sin apartarse, en general, más de 1 m. Parece como si estuvieran muy orgullosos el uno del otro cuando van juntos con el plumaje de la cabeza erizado, lo cual destaca el negro capirote aterciopelado y el sedoso

cuello grisáceo. Se tratan con gran afecto y delicadeza, que contrastan con la rudeza con que se comportan con los extraños. Si el macho encuentra un bocado delicado, lo ofrece a la hembra, y ésta lo acepta con la actitud propia de un pajarito cebado por sus padres. Por lo demás, en sus amorosos cuchicheos se entrelazan sonidos infantiles, que las grajillas adultas nunca emiten en otras ocasiones. ¡Cuan «humano» sigue siendo todo esto! También entre los hombres, todas las formas de demostración de afecto van unidas a expresiones aniñadas. En efecto, ¿no son diminutivos todos los nombres afectuosos que inventamos?

La demostración más palpable de cariño por parte de la hembra consiste en limpiar el plumaje de la cabeza de su amado, o sea, cuidarle aquellos lugares a los que no alcanza con su pico. Tanto las grajillas entre las que existen buenas relaciones amistosas, como muchas otras aves y mamíferos que viven en sociedad, intercambian sus servicios higiénicos en este sentido –es lo que en términos vulgares se conoce impropiamente por *despiojarse–,* acción que no tiene significado erótico secundario. Pero no conozco ningún otro ser que ponga tanto celo en esta actividad como una grajilla enamorada. Durante largos minutos, que para estas avecillas movedizas constituye un período de tiempo considerable, puede acariciar las plumas del dorso de la cabeza de su esposo, maravillosamente largas y sedosas, que él abandona a merced de su amada con los ojos entornados y el plumaje de la cabeza erizado. En ninguna otra especie, ni siquiera en las palomas, ni en los inseparables periquitos, alcanza el amor conyugal formas de expresión tan patentes y emotivas como en las grajillas. Y, lo que es más bello: estas manifestaciones de cariño no disminuyen, sino que aumentan con los años de «matrimonio». En efecto, las grajillas son aves que viven mucho tiempo, por lo menos casi tanto como el hombre. Y puesto que las grajillas, como ya hemos dicho, se «prometen» en el primer año de su vida, para consumar su «matrimonio» en el siguiente, su unión dura mucho tiempo –quizá, por término medio, más que un matrimonio humano–. Muchos años después, el macho sigue dando de comer a la hembra con el mismo cariño, y ambos encuentran los mismos sonidos amorosos, trémulos de emoción contenida, de la primavera inicial de su vida, que lo fue, a la vez, de su amor.

De entre los muchos esponsales y matrimonios de grajillas que presencié y que pude seguir, tan sólo uno no fue de duración, porque el macho y la hembra se separaron ya a poco de prometerse. La culpa del fracaso debe atribuirse a una hembra joven, llamada «Verde izquierda», de carácter excesivamente apasionado.

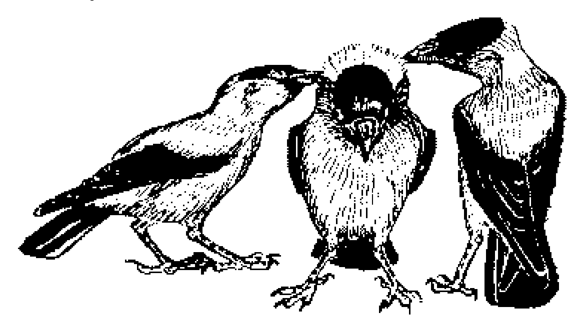
En los comienzos de la primavera de 1928, o sea, en la primera primavera de los «catorce» nacidos en el año 1927, «Verde amarillo», el déspota a la sazón,



se prometió con la más bella de las «damas» disponibles: «Amarilla roja». Creo que si yo hubiera sido una grajilla, también la hubiera preferido. Por lo que pude vislumbrar, el macho «Amarillo azul», número dos de la colonia, había requebrado también al principio a «Amarilla roja», mas pronto se prometió con «Roja derecha», una grajilla bastante grande y, dado el tamaño medio de las hembras, muy robusta. El «noviazgo» entre «Amarillo azul» y «Roja derecha» se desarrolló de manera más lenta y menos emocionada que entre «Verde amarillo» y «Amarilla roja»; no cabe duda de que los que formaban la primera pareja no habían encontrado aún el gran amor de su vida.

El momento exacto en el que las grajillas de un año empiezan a entrar en actividad sexual es muy distinto. Los animales citados empezaron a sentirse en celo a fines de marzo y principios de abril; pero «Verde izquierda» demoróse hasta los comienzos de mayo. Sin embargo, desde aquel momento, súbita e impulsivamente, decidió su plan. Como ya hemos dicho, era pequeña y ocupaba un puesto bastante bajo en la jerarquía social del grupo. El gris de su pescuezo era pobre en reflejos plateados, de forma que, según patrones humanos, era bastante menos bella que «Roja derecha» y, naturalmente, que «Amarilla roja». Pero tenía carácter. Se enamoró de «Amarillo azul», y su amor era tanto más asiduo y ardiente que el de «Roja derecha», que –para empezar por el final, contraviniendo las normas del arte literario– consiguió eliminar a su rival, más bella y fuerte.

Las primeras noticias que tuve del comienzo de este drama consistieron en la siguiente escena: «Amarillo azul» estaba posado tranquilamente en el borde superior de la puerta, abierta, de la jaula, y campechanamente se dejaba acicalar las plumas del pescuezo por «Roja derecha», que estaba a su izquierda. En aquel momento aterrizó sobre la misma puerta, inadvertida por

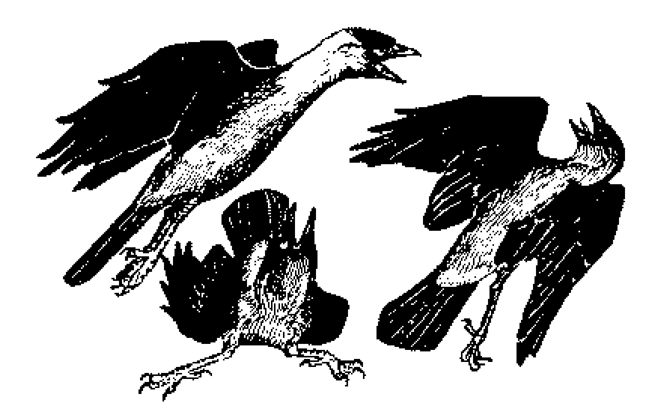


ambos, «Verde izquierda», que se detuvo a la distancia de 1 m de la pareja, lanzando hacia el galán tensas miradas. Seguidamente se fue aproximando hacia la derecha del macho, despacio y con precaución, con el cuello estirado y resuelta, sin duda, a emprender inmediatamente el vuelo, si fuese necesario. Cada vez estaba más cerca de «Amarillo azul», y al llegar junto a él empezó también a acariciar las plumas de su pescuezo. «Amarillo azul» no se dio cuenta de que estaba siendo acicalado por dos «damas», una en cada lado, pues, entregado plenamente al placer del cosquilleo, había cerrado los ojos. «Roja derecha» tampoco advirtió nada insólito, pues su «novio» –ya corpulento de por sí, lo parecía aun más con las plumas erizadas– le cerraba el campo

visual. Esta tensa situación se prolongó durante algunos minutos, hasta que «Amarillo azul» abrió casualmente un poco su ojo derecho, vio a la hembra que no era su prometida, chilló furioso y la picoteó. Entonces «Roja derecha»

descubrió a su vez a «Verde izquierda», pues el movimiento del macho en su súbita indignación había dejado libre el campo visual de la hembra elegida. Súbitamente, ésta saltó por encima de su prometido hacia su pequeña rival, y de manera tan rápida y violenta, que tuve la impresión de que, contrariamente a lo que me ocurría a mí, no era la primera vez que se daba cuenta de las aviesas intenciones de la pequeña «Verde izquierda».

La «novia oficial» se había dado perfecta cuenta de la situación: jamás hasta entonces, ni en lo sucesivo, he visto a una grajilla entregada a tan rabiosa persecución como a «Roja derecha» volando tras «Verde izquierda», pero sin resultado, porque la pequeña y más nerviosa «Verde izquierda» volaba con mayor agilidad. Cuando, después de larga persecución por los aires, la novia aterrizó junto a su novio, estaba casi sin aliento; no así «Verde izquierda», que apareció allí al medio minuto. Y esto fue decisivo.



«Verde izquierda» no se mostraba muy sutil en sus importunos coqueteos, pero era prodigiosamente tenaz. Seguía a la pareja de día y de noche, sin darles punto de sosiego. Por más que la «novia oficial» la persiguiera, por lejos que llevara la persecución, a los pocos segundos, después de haber retornado "aquélla a su macho, comparecía la pegajosa perseguidora. Al principio, «Amarillo azul» la rechazaba. No la perseguía, aunque ella tenía buen cuidado de no colocarse al alcance de su pico, si no quería recibir un duro castigo. Yo no creo que fuese su feminidad lo que la eximiera de la persecución, sino que debía su impunidad a aquella ley en virtud de la cual las grajillas de alto rango jamás se preocupan seriamente por las de baja estofa.

«Verde izquierda» se aprovechaba desvergonzadamente de la magnanimidad de «Amarillo azul», y siempre se escudaba adrede en él, procurando situarlo entre ella y su rival. Cuando la pareja se movía, la seguía a todas partes, aunque conservando una prudente distancia. Pero cuando se colocaban juntos, con afectuosa disposición de ánimo, allá estaba «Verde izquierda». Cuando «Roja derecha» empezaba a rascar suavemente a su novio, «Verde izquierda» se colocaba por el otro lado para acariciarlo por su cuenta.

Pero la gota de agua gasta la piedra. Las agresiones de «Roja derecha» fueron perdiendo, aunque muy despacio, su violencia. «Amarillo azul» se acostumbró a ser acariciado simultáneamente desde ambos lados. Y, por fin, presencié una escena que me hizo estremecer un tanto: «Amarillo azul» estaba posado y dejaba que «Roja derecha» le rascara el pescuezo. La pequeña «Verde izquierda» hacía lo propio desde el otro lado. En aquel momento, y por la razón

que fuere, «Roja derecha» dejó de acariciarlo y se fue. El macho abrió los ojos y vio a «Verde izquierda» al otro lado. ¿Picoteó para ahuyentarla? Nada de eso; giró adrede la cabeza, ofreciendo a la pequeña «Verde izquierda», con plena intención, el lugar adecuado del dorso de su cabeza para que rascara, y cerró beatíficamente los ojos.

Desde entonces, «Verde izquierda» hizo rápidos progresos en su conquista. Pocos días después vi cómo él le daba de comer cariñosamente; pero «Roja derecha» no estaba presente. Sería exagerar de un modo excesivo las capacidades psíquicas de un ave si creyéramos que esto lo hacía conscientemente «a espaldas» de su «novia oficial». Si «Roja derecha» hubiese estado presente en aquel momento, habría recibido el bocado; pero como no estaba allí..., fue a parar a la otra. En la misma medida en que «Verde izquierda» se iba sintiendo cada vez más segura del macho, se comportaba también con mayor frescura respecto a «Roja derecha». No escapaba de ella de manera tan automática, y una y otra vez mantenía escaramuzas con su rival. En estos casos, la actitud de «Amarillo azul» era muy característica. Mientras que en todos los otros casos siempre estaba al lado de su novia contra cualquier otra grajilla, ahora se hallaba sumido, manifiestamente, en un conflicto. Desde luego, amenazaba a «Verde izquierda»; pero ya no actuaba contra ella, y hasta una vez capté ligeros gestos amenazadores dirigidos hacia el lado de «Roja derecha». Y muchas veces observé la perplejidad del macho ante la situación violenta en que se encontraba.

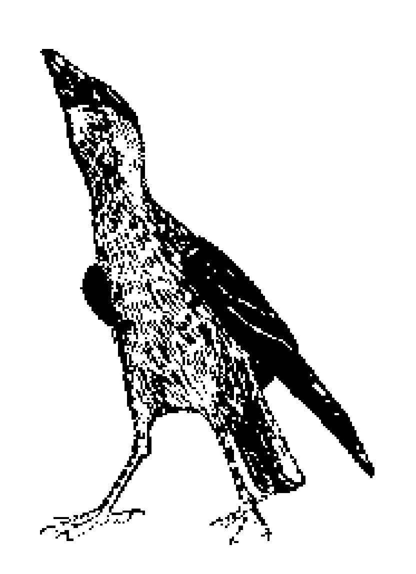
El desenlace de la novela fue rápido y dramático: Una mañana eché de menos a «Amarillo azul», y, con él, a «Verde izquierda». No creo que estas dos aves, ya crecidas y experimentadas, hayan sido víctimas de un mismo accidente. Yo creo simplemente que se fugaron. Las situaciones violentas son tan atormentadoras para los animales como para el hombre, de manera que no excluyo la posibilidad de que lo que llevó a ausentarse al macho fue la lucha o conflicto entre emociones irreconciliables.

Jamás he presenciado nada semejante en parejas ya desposadas y de mayor edad. Tampoco creo que ello ocurra. Todas las parejas de grajillas que he podido observar durante largo tiempo, se han guardado fidelidad hasta la muerte. No obstante, los viudos y las viudas vuelven a emparejar si encuentran compañero apropiado, cosa que no resulta fácil para las hembras viejas y que ocupan un elevado rango en la sociedad.

Las grajillas son aptas para reproducirse ya al segundo año de su vida. En realidad lo son ya en su segundo otoño, inmediatamente después de su primera muda total, en la que no sólo se renuevan las pequeñas plumas que recubren el cuerpo, sino también las grandes plumas de vuelo de las alas y de la cola. Después de esta muda, en los días apacibles de otoño los animales se hallan en disposición de reproducirse, lo cual se observa en que «buscan agujeros para el nido». En todas partes se escucha el «¡ssic, ssic!». Cuando el tiempo refresca, se desvanece esta «falsa primavera» que sigue a la muda, aunque se conserva latente la disposición para reproducirse, y en los días tibios de invierno se oye en las chimeneas, de vez en cuando, un pequeño concierto de «¡ssic!». En febrero y marzo es ya más serio, y las llamadas se suceden de un modo incesante. Precisamente por entonces se observa a

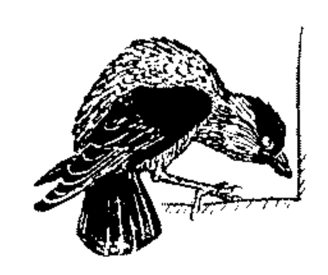
veces una ceremonia que posiblemente es de lo más interesante que ofrece la vida social de las grajillas.

Hacia los últimos días de marzo, cuando el «¡ssic, ssic!» alcanza su punto culminante, en alguna cornisa o chimenea arrecia el concierto hasta adquirir proporciones inusitadas. Simultáneamente cambia el matiz de los sonidos, que se tornan más graves y llenos, como un «¡chüp, chüp!» en rápido *staccato,* que se escucha en sucesión mucho más veloz que el habitual «¡ssic, ssic!», y que sube hasta alcanzar una cadencia enloquecedora hacia el final de cada estrofa. Simultáneamente acuden grajillas desde todas las direcciones hacia la parte donde se iniciara el estruendo, y, presa de la mayor excitación, con el plumaje erizado y una postura visiblemente amenazadora, siguen a una con su concierto en «¡yip!» o «¡chüp!».



¿Qué significa esto? Algo maravilloso: la intervención de toda la colectividad contra alguien que ha perturbado el orden. Para entender mejor esta forma social de reaccionar, que es innata, o sea, instintiva, conviene retroceder algo en la presentación de los acontecimientos.

Por lo general, una grajilla que deja oír su «¡ssic!» en algún agujero adecuado para anidar, no es atacada o desalojada fácilmente, porque siempre se encuentra en ventaja ante cualquier agresor. Ahora bien, la grajilla dispone de dos posiciones de amenaza claramente distintas, tanto por su forma como por su significado. Si se trata de una escaramuza exclusivamente relacionada con el rango social, los rivales se amenazan en posición muy empinada y con el plumaje liso y aplicado al cuerpo. Esta actitud significa la intención de emprender el vuelo y saltar sobre su contrario. A partir de ella se desarrolla la forma de luchar que es común en tantas otras aves, consistente en que los dos rivales saltan o vuelan hacia arriba, uno frente a otro, intentando rebasar al contrario y lanzarse sobre su espalda. La otra actitud de amenaza de la grajilla es completamente distinta de la anterior: el ave se agacha y lleva la cabeza y el cuello hacia abajo, de manera que adopta una postura que recuerda a un gato cuando arquea el lomo, a la vez que eriza al máximo su plumaje. La cola se dirige oblicuamente hacia el lado del contrario, al tiempo que se entreabre. Está bien claro que el ave trata de aparentar el mayor volumen posible.



La primera forma de amenazar viene a querer decir: «Si no me dejas sitio, y aprisa, te atacaré volando»; la segunda puede interpretarse en los siguientes términos: «Aquí donde estoy, me defenderé hasta que corra la sangre, sin ceder lo más mínimo.» Un ave de rango superior que se dirige a una subordinada empleando la primera postura, con la intención de ahuyentarla, suele retroceder o retirarse si su contrario adopta la

segunda posición. Sólo en el caso en que él mismo dé verdadera importancia a la ocupación de aquel lugar, seguirá atacando y, a su vez, empleará también la segunda actitud amenazante. Entonces ambos permanecen largo rato frente a frente, cada uno dirigiendo hacia el contrario el costado del cuerpo y la cola desplegada. Pero nunca «llegan a las manos», sino que, permaneciendo en el mismo sitio, dan furiosos y potentes picotazos en dirección al enemigo, bufan fuerte y chasquean con el pico. El resultado de estas disputas depende siempre del que aguanta más tiempo.

Toda la ceremonia que acompaña al «¡ssic, ssic!» está forzosamente ligada a la adopción de la segunda actitud, relacionada con la defensa del lugar donde permanece el ave. La grajilla no puede emitir su «¡ssic, ssic!» en otra postura. Lo mismo que en todos los animales que poseen el instinto de limitar y defender un territorio, la ocupación de un territorio por la grajilla se funda también en que el ave lucha más intensamente «en su hogar» que en terreno extraño. Así, la grajilla instalada en su propia cavidad, emitiendo su «¡ssic, ssic!» dispone de una ventaja previa sobre cualquier intruso, que suele compensar las diferencias de rango o jerarquía que puedan existir entre los miembros de una colonia.

Pero la dura competencia que se entabla por la ocupación de lugares habilitables para nidos, de vez en cuando puede dar como resultado el que un ave muy robusta ataque a otra más débil en el lugar que ésta destina a nido, y que la castigue seriamente. Para estos casos especiales, que no ocurren frecuentemente, existe aquella curiosa forma de reacción social que se puede designar como la *reacción del «¡yip!».* El «¡ssic!» del atacado, el dueño legítimo del nido, aumenta primero en volumen de manera considerable, y luego se convierte gradualmente en el «¡chüp!». Si su hembra no había acudido ya a colaborar en la defensa, lo hace entonces con el plumaje erizado, se une furiosamente al concierto de «¡yip, yip!» y ataca al que ha alterado la paz. Si el agresor no se retira en seguida, ocurre lo increíble: todas las grajillas que se encuentran en el radio donde alcanzan las voces de los querellantes, acuden rápidamente, emitiendo el «¡yip, yip!», hacia la cavidad que correspondía al amenazado, y la refriega acaba en un revoltijo de grajillas y con un incremento del «¡yip, yip!», en *crescendo, accelerando* y *fortissimo.* Tras esta poderosa descarga de la excitación colectiva, las aves se dispersan silenciosas y libres ya de la especie de embriaguez que se apoderó de ellas, y sólo se oye, de vez en cuando, el suave «¡ssic, ssic!» del dueño del nido en su hogar, sobre el que ha dejado de pesar una amenaza.

Por lo regular, para que acabe la pelea, basta que se reúnan en el lugar muchas grajillas. Y ocurre que el que ha sido causa del barullo, se une al concierto de «¡yips!» de los demás. El observador dado a humanizar las reacciones de las aves puede imaginarse que el perturbador del orden quiere alejar de sí astutamente las sospechas, gritando a coro con los que han acudido: «¡Al ladrón!» Pero en realidad lo que ocurre es que el agresor se siente arrastrado por la excitación colectiva y no sabe que es precisamente él la causa del tumulto. Por eso se dirige a todos lados con su «¡yip, yip!», como si buscara al perturbador del orden. Y, en realidad, lo busca.

Repetidas veces he presenciado cómo el agresor era reconocido por los demás miembros de la colonia que acudían, y, a veces, castigado de un modo ejemplar. En 1928, el déspota de la colonia de grajillas era una picaza o urraca. Esta ave, que no es social y cuyas fuerzas superan a las de cualquier grajilla, se metía repetidamente en los lugares donde anidaban distintas parejas de grajillas y provocaba la reacción del «¡yip!». Pese a que, como es de suponer, la urraca no tenía ninguna disposición para percibir el sentido de la reacción del «¡yip, yip!» y seguía luchando sin inhibiciones, las grajillas la maltrataban tan severamente que muy pronto aprendió a no meterse en los nidos de las grajillas, y jamás ocurrió lo que yo temía, que causara daños en alguna nidada de grajillas.

Los machos viejos, robustos, que ocupan un rango elevado, son los que desempeñan el principal papel en estas reacciones, de la misma manera que cuidan de la sociedad también en otros sentidos.

En el otoño de 1929, una gran bandada de grajillas y de cornejas en emigración, que en conjunto se compondría de ciento cincuenta a doscientos individuos, cayó sobre los campos vecinos a nuestra casa. Y todas mis grajillas jóvenes de aquel año y del anterior se habían mezclado con el grupo, en cuyo seno no se podían encontrar ni reconocer. Sólo algunos pájaros más viejos permanecían en la casa. Me di cuenta de lo catastrófico de la situación, pues me pareció que se desvanecía el trabajo de dos años, puesto que sabía la extraordinaria fuerza de atracción que ejerce una bandada emigrante sobre las grajillas jóvenes, ya que los numerosos pares de alas negras desencadenan una auténtica embriaguez y deseo de volar al unísono con ellas. El trabajo de dos años se habría perdido totalmente de no estar allí «Verde amarillo» y «Amarillo azul». Estos dos machos viejos, los únicos de su edad en la colonia, volaron repetidamente desde la casa a las praderas de abajo. Y lo que allí practicaban es tan increíble, que casi volverían a asaltarme las dudas sobre su realidad, ahora que estoy escribiendo sobre ello, de no haber podido confirmar repetidamente este asombroso comportamiento de los viejos, e incluso demostrarlo experimentalmente. En efecto, los dos machos viejos buscaban, en la gran bandada mixta, a una de «nuestras» grajillas. Luego la inducían a volar empleando el mismo procedimiento que usan los padres cuando desean que una grajilla joven abandone algún lugar peligroso o amenazado: el ave vieja vuela muy cerca del dorso de la joven, de atrás adelante, y en el momento en que se encuentra en la vertical, encima de la joven, lleva a cabo una rápida oscilación lateral de la cola, cuyas plumas están estrechamente plegadas. Esta «ceremonia» hace despegar al ave posada con la misma seguridad con que se



despierta un reflejo cualquiera. Luego «Verde amarillo» y «Amarillo azul» hacían la misma maniobra que ya hemos relatado a propósito de «Choc»:

volaban despacio delante del ave joven, que los seguía, y así la traían a casa como remolcada. Durante toda esta maniobra, los machos viejos emitían continuamente una llamada especial, que difería de la llamada habitual de vuelo de las grajillas, que es breve y clara, por su matiz sonoro oscuro y apagado. Mientras que la llamada normal suena como un «¡kia!» agudo, la especial se puede transcribir mejor por «¡kiuu!» o «¡kioo!». Me acordé que otras veces había escuchado ya semejante llamada, pero hasta entonces no comprendí su significado. Los dos machos viejos trabajaban febrilmente. No son más celosos y activos los perros de pastor bien adiestrados cuando separan «sus» ovejas de entre un rebaño más extenso y las reúnen. Trabajaron sin descanso hasta el crepúsculo, cuando las grajillas suelen ya estar posadas en su dormidero. Su trabajo no era sencillo, porque las grajillas jóvenes, conducidas a casa laboriosamente, no querían permanecer allí, sino que repetidamente emprendían el vuelo de nuevo hacia la bandada de la pradera. De cada diez pájaros que los viejos traían, nueve volvían a escapar. Pero cuando, más tarde –los córvidos en emigración se duermen más tarde que en sus lugares de residencia–, se marchó la bandada, pude comprobar, con un suspiro de alivio, que de nuestras muchas grajillas sólo faltaban dos.

Este impresionante acontecimiento me llevó a prestar mayor atención a los distintos significados del «¡kia!» y del «¡kiuu!». Pronto resultaron claros para mí. Ambos se pueden traducir por «¡Vuela conmigo!». Pero la grajilla lanza su «¡kia!» cuando está en disposición de volar mucho, es decir, lejos de la colonia. Por el contrario, el «¡kiuu!» encierra el sentido inverso, o sea, el de «volar hacia el hogar». Siempre me había llamado la atención el hecho de que las bandadas de grajillas migrantes emitiesen sonidos más claros que mis pájaros. Ya sabía el porqué. Lejos de su patria, y completamente desligada de su colonia, la grajilla no tiene por qué lanzar su «¡kiuu!», que expresa la dirección hacia el hogar; por tanto, en tales condiciones sólo emite su invitación al viaje: «¡kia!». En relación con lo dicho, sería interesante averiguar si el «¡kiuu!» se deja oír en las bandadas vagarosas cuando, en primavera, emprenden el regreso hacia sus cuarteles de cría. Sea como fuere, durante el invierno las grajillas que vagan dejan sólo oír su «¡kia!» breve, claro y limpio, aunque en esta época del año, en las proximidades de la colonia, nunca falta del todo cierta tendencia a retornar al hogar.

Las llamadas «¡kia!» y «¡kiuui» representan exclusivamente exteriorizaciones del «estado de ánimo» de las respectivas aves, pero de ningún modo deben interpretarse como una invitación consciente dirigida a las otras aves que marchan hacia la lejanía o hacia el hogar. Pero esta exteriorización no intencionada del propio estado de ánimo actúa de forma sumamente contagiosa, o sea, que es algo parecido al bostezo entre los humanos. Ahora bien, este mutuo contagio de un estado de ánimo tiene como consecuencia el que, al final, todas las grajillas coinciden en hacer lo mismo, por ejemplo, emprender el vuelo en bandada hacia sus cuarteles. El proceso de tomar una decisión común puede durar largo rato, y el comportamiento de los animales nos puede parecer muy indeciso, lo cual es verdad, ya que de lo que carecen precisamente los animales es de la capacidad de decidirse a una determinada actividad, o sea, inhibir todos los demás impulsos a favor de una decisión única. El observador humano llega a impacientarse en presencia de una bandada de grajillas que pierden media hora entre sus «¡kia!» y sus «¡kiuu!»,

oscilando entre una y otra decisión. La bandada, por ejemplo, está posada en los sembrados, a unos kilómetros de su domicilio. Ha dejado de buscar alimento. Esto quiere decir que las aves pronto volverán a casa; pero «pronto» en el sentido de las grajillas. Si, finalmente, varios pájaros emprenden el vuelo lanzando sus «¡kiuu!», y éstos suelen ser aves viejas que reaccionan intensamente, consiguen arrancar y tirar de toda la bandada; pero cuando las aves están en el aire, pronto se echa de ver que muchos de los componentes del pelotón se hallan aún con talante de «¡kia!». En una babel de gritos de «¡kia!» y «¡kiuu!», la bandada gira y vuelve a aterrizar sobre el campo, a veces aún más lejos de su hogar que al principio. Esta maniobra se repite una docena de veces, y poco a poco van predominando las decisiones en favor del «¡kiuu!», y cuando han alcanzado gran mayoría, invade a todos el «estado de ánimo» que se expresa con estas voces, y que crece como un alud, hasta que las aves, finalmente, emprenden el vuelo al «unísono» en el sentido literal de la palabra.

*

Unos años después de haberse establecido mi colonia de grajillas fue víctima de una catástrofe cuyas causas todavía no han sido puestas en claro.

Para evitar las pérdidas causadas por la migración invernal, desde noviembre a febrero tenía a las aves encerradas en la jaula al cuidado de un guarda, puesto que por entonces yo me hallaba en Viena. Un día escaparon todos los animales. La tela metálica de la jaula tenía un agujero, que podría haber sido abierto por un golpe de viento. Dos de las grajillas aparecieron muertas y las otras no dejaron ni rastro. Quizás había entrado una garduña. No puedo asegurar nada.

Esta pérdida fue para mí de las más duras y dolorosas que he experimentado en mis relaciones con los animales.

Y, sin embargo, no todo se perdió, ya que ofreció la posibilidad de realizar algunas observaciones que, de lo contrario, nunca hubieran sido posibles. Los beneficios empezaron a recogerse cuando, tres días más tarde, una de las grajillas reapareció inesperadamente: era «Amarilla roja», la ex reina y la primera grajilla que había criado a una familia en Altenberg.

A fin de que no estuviera tan sola, crié otra vez cuatro jóvenes, y cuando fueron volantones los puse en la pajarera junto con «Amarilla roja». Pero con la prisa y las mil preocupaciones no me di cuenta de que la jaula volvía a tener un gran agujero en la tela. Y antes de que se hubieran acostumbrado a la compañía de «Amarilla roja», los cuatro jóvenes escaparon juntos, en apretado grupo, buscando cada uno, en vano, caudillaje en los demás; daban vueltas cada vez a mayor altura, hasta que, finalmente, tomaron tierra en la ladera de la montaña, lejos de casa y en medio de un tupido bosque de hayas. Allí no podía alcanzarlos, y, puesto que las aves no estaban acostumbradas a oír mi llamada y a volar tras de mí, no me quedaba ninguna esperanza de volverlas a ver. Desde luego, «Amarilla roja» habría podido conducirlos a casa con llamadas de «¡kiuu!», pues los animales viejos, las «autoridades» de la colonia, cuidan de los miembros jóvenes que corren peligro de extraviarse. Pero «Amarilla roja» no consideraba todavía a las cuatro grajillas jóvenes como miembros de su

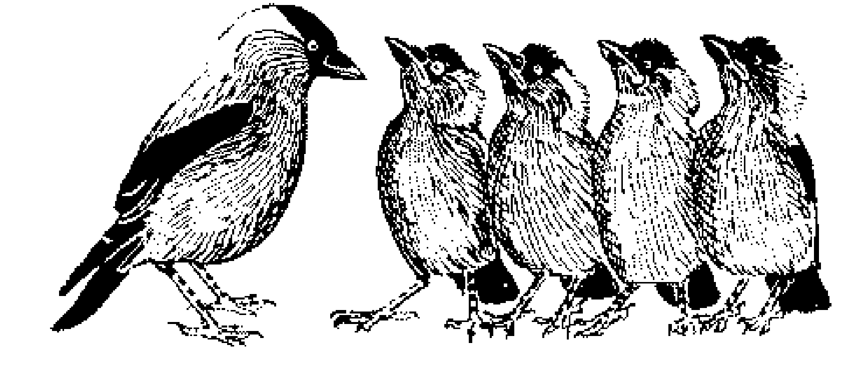
colonia, pues apenas había estado con ellas medio día. De pronto tuve una inspiración genial.

Subí al desván, y un momento después salía llevando bajo el brazo una gigantesca bandera, negra y amarilla, que en otro tiempo había ondeado en casa de mi padre, para conmemorar muchos aniversarios del viejo emperador Francisco José. Me encaramé en el tejado, junto al pararrayos, y empecé a hacer ondear, desesperado, el anacronismo político. ¿Qué intentaba con ello? Pues, sencillamente, que «Amarilla roja» subiera a tal altura que fuera visible por las grajillas del bosque y que éstas empezaran a llamar. Esperaba que entonces, la vieja contestaría con la reacción de «¡kiuu!» y tal vez lograra que volviesen a casa las fugitivas.



«Amarilla roja» daba vueltas allá arriba, pero la altura no era todavía suficiente. Yo lanzaba gritos desaforados y seguía blandiendo como un loco la bandera de Francisco José. La gente empezó a congregarse en la calle del pueblo, delante de la casa. Dejé para más tarde la explicación de las razones de mi extraña conducta y seguí moviéndome y gritando. «Amarilla roja» subió un par de metros. Y entonces oí el grito de una de las grajillas desde la ladera. Interrumpí mi maniobra con la bandera y, cobrando aliento, miré hacia arriba, hacia donde daba vueltas la grajilla vieja, y... ¡por todos los dioses de cabeza de pájaro del antiguo Egipto!, «Amarilla roja» modificó el batir de sus alas, elevóse de nuevo, entonces muy resuelta, emprendió la dirección del bosque y lanzó su «¡kiuu, kiuu!» (¡volved, volved!). Enrollé la bandera en un santiamén y desaparecí por el escotillón del desván.

Diez minutos más tarde, las cuatro jóvenes grajillas volvían a estar en casa, junto con «Amarilla roja», la cual se hallaba casi tan cansada como yo. Pero desde este momento cuidó abnegadamente de las cuatro grajillas y no las dejó escapar más. Las cuatro grajillas, con los años, llegaron a ser una colonia numerosa, a cuya cabeza figuraba una hembra, precisamente «Amarilla roja». Puesto que la diferencia de edad entre ella y las restantes grajillas era muy grande, tenía más autoridad que cualquier déspota sobre las grajillas. «Amarilla roja» superaba a todos los jefes que tuvo mi colonia en aptitud para mantener reunida a la bandada. Celosamente cuidaba de todas las grajillas jóvenes, y de todas se sentía madre, puesto que no tenía hijos propios.

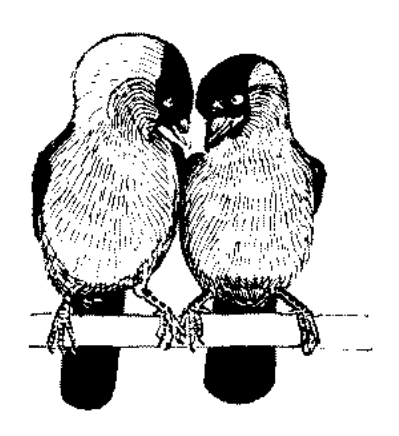


Si la novela de la vida de la grajilla «Amarilla roja» acabara así, sería un final emocionante: la vestal desligada de vínculos conyugales y entregada altruistamente al bien común... Ninguna nota discordante empañaría la historia de su vida. Pero lo que ocurrió, en realidad, constituye un «final feliz» tan inverosímil, que apenas me atrevo a relatarlo.

Tres años después de la gran catástrofe que destruyó mi colonia, un día soleado y ventoso de principios de primavera, o sea, un día ideal para la migración de las aves, cuando en el firmamento cruzaban, una tras otra, bandadas de cornejas y grajillas, de pronto se separó de una de estas bandadas un proyectil sin alas apreciables, como un torpedo, que se precipitó en sibilante caída. Al llegar sobre nuestro tejado, el proyectil se convirtió en un ave, que interrumpió su descenso con suave aleteo y aterrizó, ingrávida, sobre la veleta. Allí estaba un enorme macho, de alas azuladas y brillantes y con el pescuezo cubierto de magníficas plumas sedosas, de reflejos casi blancos, cuya belleza no había contemplado aún en ninguna grajilla.

Ante aquello, la reina «Amarilla roja», la déspota, capituló sin más preámbulos. Y la mujerona acostumbrada a mandar se convirtió de pronto en una doncella tímida y sumisa, que agitaba elegantemente la cola y hacía temblar las alas cual si se tratara de una grajilla joven. Pocas horas después de la llegada del macho, ambos eran «un solo corazón y una sola alma», y se comportaban como una pareja que llevara muchos años de coyunda. Fue muy interesante la observación de que el gran macho casi no tuvo que sostener escaramuza alguna con los restantes machos. Su reconocimiento como jefe por la que hasta entonces lo había sido, inclinó al parecer, a los restantes miembros de la colonia, a aceptarlo como el «número uno». ¡Sólo en el caso de los perros conozco una cosa igual!

Carezco de pruebas científicas irrefutables para creer que el macho en cuestión fuera «Verde amarillo», el esposo perdido de «Amarilla roja». Los anillos de celuloide coloreado se podían haber roto y perdido, pues la misma «Amarilla roja» ya hacía tiempo que no los llevaba. Pero no hay duda de que el



macho recién llegado era un miembro de la antigua colonia, como se echó de ver por su mansedumbre y la familiaridad con que entró en el desván. Nunca se comportaban así las grajillas criadas en libertad que llegaban a nuestra colonia. Sin duda se trataba de uno de los cuatro o cinco más viejos, de los «cónsules» de la primera colonia. Pero creo –y así lo desearía– que el viejo macho era realmente «Verde amarillo».

La pareja ha criado y educado a muchas grajillas. Actualmente, en Altenberg hay más grajillas que agujeros donde anidar. Hay un nido en cada cornisa o nicho, en cada chimenea...

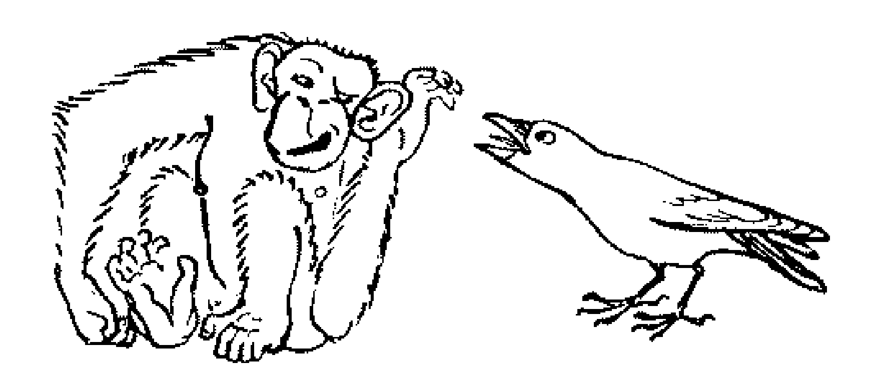
Mucho antes de la última guerra, mi padre escribía en su autobiografía, a propósito de las grajillas de Altenberg: «Bandadas de estas aves negras vuelan en torno a los altos pináculos, principalmente hacia el atardecer, comunicándose entre sí con sus penetrantes gritos. A veces creo entender en su lenguaje: "Como sempiternos y fieles compañeros de casa, daremos vueltas sobre nuestros nidos hasta tanto haya piedra sobre piedra brindándonos protección."»

¡Sempiternos camaradas, para los que, al parecer, no corre el tiempo! Hay algo en esta sensación de intemporal, que impresiona vivísimamente nuestro ánimo. Cuando las grajillas ensayan tímidamente sus canciones primaverales en otoño o en un día bonancible de invierno, cuando juegan locamente con la furia de los elementos desatada en la tempestad, siempre inspiran en mí sentimientos parecidos a los que despierta la contemplación del verde de los abetos entre la nieve, o el escuchar la canción de un chochín un día claro de helada. Son los sentimientos que han hecho del abeto el símbolo de la esperanza y de las cosas que nunca pasan.

Hace tiempo que «Choc» desapareció, víctima de un destino desconocido. «Amarilla roja», ya vieja, fue muerta por una perdigonada de pequeño calibre disparada por un amable vecino: la encontré muerta en el jardín... Pero la colonia de grajillas sigue viviendo en Altenberg. Las grajillas vuelan en torno a Altenberg; siguen las mismas rutas que «Choc» descubriera; para ganar altura escogen los mismos lugares, con movimiento ascensional del aire, cuya utilidad aprendió «Choc» por primera vez. Siguen siendo fieles a todas las tradiciones que regían en la primera colonia, y que «Amarilla roja» salvó e introdujo en la actual población...

¡Cuan reconocido estaría a mi destino con tal de que en mi vida hubiese logrado abrir un solo sendero, que, varias generaciones después, siguiera siendo pisado por seres humanos, y cuánto más si dejara un algo que en un futuro lejano ayudara también a otros seres humanos, fueran quienes fuesen, a «elevarse un poco hacia las alturas»!





EL ANILLO DEL REY SALOMÓN

Cuenta la historia que el rey Salomón podía hablar con las bestias, las aves, los peces y los gusanos. También puedo hacerlo yo. Desde luego, no con tantos animales como se dice lo hacía el bíblico rey, por lo cual concedo que en este punto quedo por debajo de sus facultades. Aun así hablo con algunas especies, a las que conozco bien, y no necesito para ello ningún anillo encantado. En este punto me permito sentirme un poco por encima del sapientísimo monarca, el cual, sin su anillo, era incapaz de comprender el lenguaje de los animales que le eran más familiares. Y cuando quedó desposeído de su anillo, sintió desprecio por los animales. Según cuenta una leyenda, Salomón tiró con rabia su anillo cuando un ruiseñor le contó que una de sus novecientas noventa y nueve mujeres amaba a otro hombre más joven. Esto es lo que nos dice J. V. Widmann en su encantadora colección de leyendas *El santo y los animales.*

Esta acción de Salomón pudo ser muy prudente o muy estúpida; por lo que a mí respecta, no considero muy noble emplear anillos mágicos en el trato con los animales. Sin tales encantamientos, los seres vivos cuentan, al que sabe escucharlos, las historias más maravillosas, que son precisamente las verídicas. Y en la Naturaleza, la verdad supera en belleza a todo lo que puedan imaginar nuestros poetas, que son los únicos encantadores que existen.

Nada de particular tiene el entender el «vocabulario» de algunas especies de animales. También podemos hablar a los animales en la medida que permiten nuestras formas de expresión física y hasta el punto en que los animales están dispuestos a establecer contacto con nosotros. Pero se ha de estar en guardia para no equivocarse, como le ocurrió una vez a mi amigo Alfredo Seitz. Era en ocasión de rodar una película sobre la vida de los gansos grises, a orillas del Danubio. Un día de principios de verano avanzábamos a través de un paisaje virgen, lleno de agua, sauces y carrizos, despacio, muy despacio, ya que nuestra marcha debía ajustarse a la velocidad máxima de trece patitos y nueve pequeños gansos que marchaban tras de nosotros en larga columna. Finalmente llegamos a un lugar muy bello y pintoresco, adecuado para las fotografías de Alfredo. Se entregó en seguida a sus trabajos y yo me preocupé de la dirección científica de la empresa. Lo único que tenía que hacer, por el momento, era tomar el sol entre la hierba de una islita. Alfredo estaba en el agua hasta la cintura, atento con sus ojos, su cámara y mucha paciencia. El sol tostaba, las libélulas zumbaban, y las ranas croaban. Poco a poco me dormí, oyendo, como desde apartada lejanía, a Alfredo, que chillaba a los patos, los cuales se metían a destiempo en sus planos. Mientras luchaba con la idea de levantarme y atraer a los patitos hacia otra parte, oí súbitamente cómo Alfredo decía con decisión: «Rangangang, rang... ¡oh, perdón!, quería decir cueg, gue-

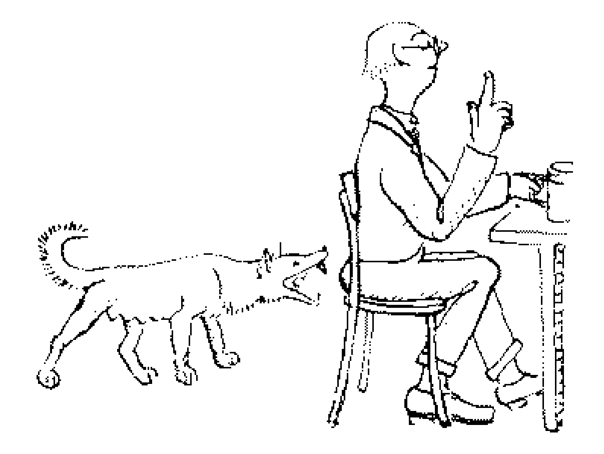
guegueg, cuec, gueguec...» Se había equivocado al hablar a los patos en el lenguaje de los gansos. El amigo Alfredo, como es natural, había emitido los sonidos con el acento correcto de pato o de oca, por lo cual el «¡oh, perdón!, quería decir», adquiría matices irresistiblemente cómicos. Pero los animales no poseen un lenguaje en el verdadero sentido de la palabra. Cada individuo de una especie de animal superior, principalmente en las especies sociables, como la grajilía o la oca gris, dispone de manera innata, de un código de señales completo, formado por voces y movimientos expresivos. También es innata la facultad de emitir estas señales y la de «entenderlas» correctamente, es decir, de responder a las mismas de una manera que tiene sentido respecto a la conservación de la especié. Con estas bases, que asientan firmemente en muchas observaciones y experimentos, se pierde una gran parte de la semejanza superficial que pueden guardar con el lenguaje humano los medios de entenderse empleados por los animales. Dicha semejanza disminuye aún más cuando uno se da cuenta, poco a poco, de que el animal, con todas sus emisiones sonoras y sus movimientos expresivos, no muestra una intención consciente de influir con ellos sobre algún congénere. Los gansos, patos salvajes y grajillas que han sido criados y mantenidos aislados, emiten estas mismas señales cuando adquieren el estado de ánimo al que acompañan. Entonces la cosa viene como forzada, mecánicamente y, por tanto, de manera muy poco humana.

También en las relaciones entre seres humanos se usan señales mímicas que traducen y transmiten de manera irrefrenable cierto estado de ánimo. Por ejemplo, y para referirnos a un caso muy corriente, la vista de una persona que bosteza nos induce a bostezar. Desde luego, la expresión mímica de las ganas de bostezar en el hombre es fácilmente perceptible y constituye un estímulo relativamente intenso, cuyo efecto es comprensible. Pero, en general, para transmitir un estado de ánimo no hacen falta señales tan visibles y toscas. Por el contrario, dicho proceso de transmisión se caracteriza precisamente por responder a movimientos expresivos muy finos, insignificantes y que, a veces, escapan a la atención consciente. El misterioso aparato emisor y receptor que cuida de la transmisión inconsciente de sentimientos y afectos es antiquísimo, mucho más viejo que la Humanidad. Sin duda alguna ha ido atrofiándose en nosotros a medida que se iba desarrollando el lenguaje. Al poder hablar, el hombre no necesita ya de movimientos que indiquen sus intenciones para dar a conocer su estado de ánimo. Pero las grajillas o los perros deben «leerse» en los ojos qué es lo que piensan hacer en un momento determinado. Por esto en los animales superiores que viven en sociedad, tanto el dispositivo emisor como el receptor, están mucho más desarrollados y mucho más especializados que en el hombre. Todas las llamadas expresivas de los animales, como el «¡kia!» y el «¡kiuu!» de la grajilla, las voces monosílabas o polisílabas que el ganso emplea para mantener el contacto entre los individuos del grupo, todo ello no puede compararse con nuestro lenguaje, y sólo puede parangonarse con las exteriorizaciones constituidas por el bostezo, el fruncir las cejas, el sonreír y otras parecidas, que se expresan de manera inconsciente y no aprendida, y que todos entienden. De manera que las «palabras» de los distintos «lenguajes» de los animales no son más que interjecciones.

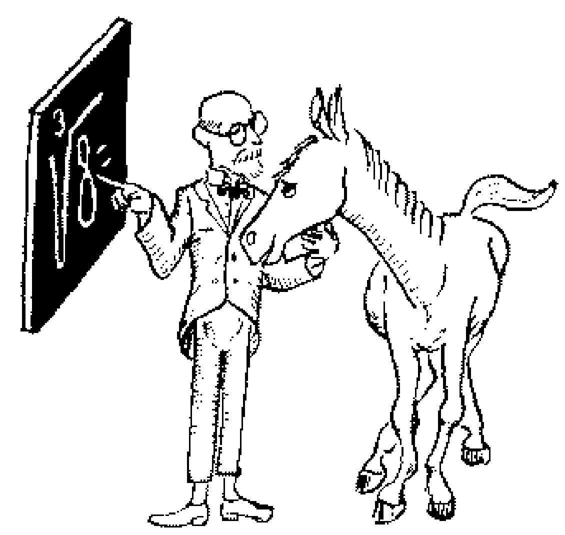
Aunque el hombre disponga de numerosas posibilidades en su mímica inconsciente, ningún Josef Kainz o Emil Janings podría expresar por medios

exclusivamente mímicos si desea andar a pie o volar, como hace el ganso, o indicar si se dispone a ir a casa o a alejarse de ella, como puede hacer la grajilla de manera tan simple. Por tanto, hemos de aceptar que el aparato emisor de los animales es mucho más capaz y efectivo que el del hombre, y lo mismo puede decirse del otro extremo de la comunicación, del aparato que percibe el estado de ánimo. No sólo puede discriminar selectivamente e interpretar un elevado número de señales, sino que, siguiendo el símil que venimos usando, responde a una energía de emisión mucho más baja de la que es necesaria en nuestro caso. Es increíble la levedad de las señales, totalmente imperceptibles para el hombre, que los animales pueden percibir y utilizar correctamente. Si una bandada de grajillas está buscando comida en el suelo, y una de ellas se eleva para posarse en un manzano próximo y limpiarse el plumaje, ninguna de las demás hace el menor caso. Pero si emprende el vuelo para recorrer un espacio mayor, según la «autoridad» que tenga el que lo haga, volarán tras él su pareja o un grupo mayor de grajillas, aunque el individuo que tomó la iniciativa no lanzara ni un solo «¡kia!».

Sea como fuere, en estos casos una persona que conozca bien las grajillas puede reconocer pequeñísimas señales y su sentido, aunque esto no siempre es posible. En los perros, el «receptor» supera ampliamente a nuestras facultades análogas. Toda persona familiarizada con perros sabe hasta qué punto y con qué inquietante seguridad un perro fiel conoce si su dueño sale de la habitación para algún fin que carezca de interés para el animal, o bien si se trata del esperado paseo. En este sentido, algunos perros llegan mucho más lejos. Así, mi perra de pastor «Tito», tatarabuela del perro que hoy tengo, conocía exactamente, y por medios que podemos calificar de «telepáticos», si la presencia de una persona me atacaba a los nervios. Cuando ocurría esto, nada podía evitar que le mordiera por detrás, con suavidad, pero con decisión. Era especialmente peligrosa para las personas ancianas y de autoridad, que en sus discusiones conmigo adoptaban la clásica actitud del «por lo demás, tú eres muy joven»: si un extraño se expresaba de este modo, pronto dirigía la mano, asustado, hacia el lugar en que había recibido puntualmente el castigo de «Tito». No me pude explicar nunca cómo se producía esta reacción, manifiesta incluso cuando la perra estaba bajo la mesa y, por tanto, no podía ver las caras ni los gestos de los interlocutores. ¿Cómo sabía, pues, quién era el que me hacía la contra?



Hablando con propiedad, tan sutil percepción del talante de mi interlocutor no se puede llamar, como es natural, telepatía, pues muchos animales tienen la aptitud de percibir movimientos asombrosamente pequeños, que escapan a la vista humana. Y un perro obsesionado en ser útil a su dueño y señor, y que está pendiente de sus labios, lleva hasta un nivel muy elevado el ejercicio de dichas facultades. También los caballos muestran considerables aptitudes a este respecto. Creemos muy apropiado este lugar para tratar de ciertas proezas que han hecho famosos a varios animales. Algunos lectores se acordarán todavía del «Sabio Juan» y otros «caballos pensadores», que eran

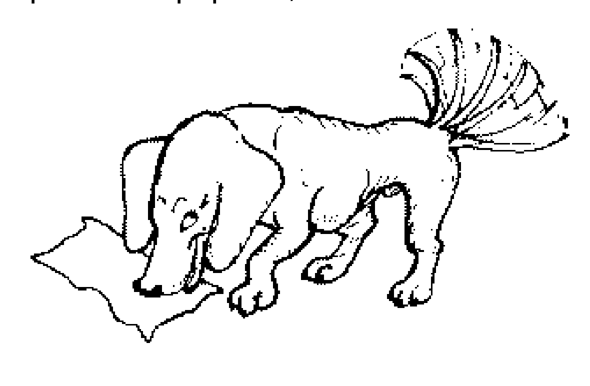


capaces de extraer raíces cúbicas. Uno de estos animales sabios, el perro Rolf, un terrier de Airdale, llegó hasta el extremo de dictar su testamento a su dueña.

Todos estos animales, que calculan, discurren y piensan, «hablan» dando golpes o ladridos, cuyo significado se ha establecido al modo de un alfabeto morse. Lo que se pretende de los animales es, a primera vista, algo realmente desconcertante. Nos ponen delante el jamelgo, el can o el animal de que se trate. Pregunta uno cuánto son dos y dos; el perro nos mira fijamente y contesta con cuatro ladridos. Más asombroso todavía resulta un caballo cuando golpea con la pata como si ni siquiera lo mirase a uno, pues los caballos «ven» también fuera del punto en el que parecen fijar la vista, y con esta mirada periférica perciben los menores movimientos. En realidad es uno el que da a los animales «pensantes» la contestación, en comunicación involuntaria a través de gestos o señales mínimos. Si uno mismo no conoce la solución del problema, el desventurado animal se hartará de golpear y de ladrar esperando captar en nuestra cara algún indicio de que ya ha hecho bastante. Y son muy pocas las personas capaces de anular del todo esta inconsciente e involuntaria transmisión, con una tensión extraordinaria de la auto observación y del autodominio.

Uno de mis colegas demostró cómo es el hombre el que encuentra la solución y quien la da al animal, a propósito de un perro que se había hecho muy famoso y que pertenecía a una solterona. Desde luego, el método tenía sus ribetes de perfidia: En la parte anterior de una tablilla hecha de muchas hojas de papel transparente pegadas entre sí, había una cuenta sencilla escrita con números grandes; mas por detrás se había dispuesto la cosa de manera que con la luz incidente se veían otros números. Cuando la señora presentaba al

perro los problemas, el animal no ladraba las soluciones que correspondían a los problemas que el perro podía «leer», sino las correspondientes a los problemas tal como su dueña los veía. Para acabar la función, mi amigo presentó al perro un papel que estaba impregnado con el «perfume» de una perra encelada. El perro olió excitado y agitó la cola. Sabía muy bien qué es lo que le habían dado a oler. Pero su dueña no lo sabía. Cuando preguntó al perro a qué olía el papelito, «contestó» sin dudarlo: «¡A queso!»



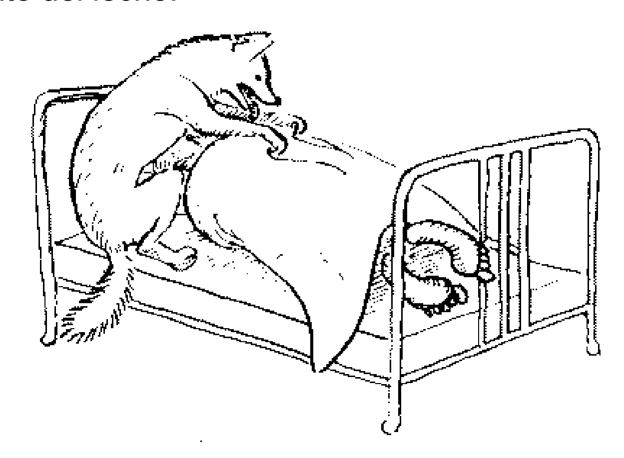
*

Resulta admirable la exquisita sensibilidad que algunos animales poseen frente a movimientos expresivos mínimos, como la manifestada por un perro que nota los sentimientos amistosos o enemistosos que su dueño experimenta hacia otras personas. Un paso más, y el observador ingenuo, que humaniza sus observaciones, cree que un ser que comprende «hasta» dichos sentimientos tan íntimos y no explícitos, por fuerza ha de entender todas las palabras de su dueño. Pero entonces se olvida de que la aptitud para percibir y entender los más pequeños movimientos expresivos se halla tan desarrollada en los animales sociales precisamente porque no pueden comprender las palabras, puesto que carecen de lenguaje vocal.

Ningún animal expresa nada con la intención consciente de inducir a los otros de su especie a una determinada forma de comportarse. Todos los sonidos y movimientos expresivos que permiten «entenderse» a los animales son emitidos como interjecciones puras y simples. Cuando mi perro refriega su nariz contra mí, gime, corre a la puerta y la araña, o bien coloca las patas en la pila del lavabo, debajo de la cañería y me mira con aire interrogador, su proceder se acerca mucho más al lenguaje humano que el de una grajilla o un ganso, por comprensibles y ajustadas a su finalidad que sean las emisiones sonoras de estas aves. El perro conseguirá que abra la puerta o que dé vuelta a la llave del agua; su proceder trata de influir sobre su amigo, el hombre, de manera consciente y encaminándose a un fin; pero la grajilla y el ganso expresan de manera inconsciente su estado de ánimo. El «¡kiuu!» o «¡kia!», así como la voz de alarma que significa «¡a escapar!», no son intencionadas; el ave está obligada a emitirlas por hallarse en aquella disposición; no puede inhibirlas y las deja oír incluso cuando está sola.

Por otra parte, lo que el perro hace es aprendido e intencionado, mientras que las voces de las aves son innatas y heredadas. Cada perro desarrolla a su manera los procedimientos para hacerse entender por su dueño, y un mismo perro, según la situación, puede emplear distintos medios para alcanzar el mismo fin. Mi perra «Stasi» comió una vez algo que no le sentó bien, por lo

cual de noche tuvo necesidad de salir. Yo estaba muy cansado y dormía pesadamente, de manera que con sus señales acostumbradas no consiguió despertarme y darme a entender sus necesidades. Por lo visto, cuando me tocaba con la nariz y gruñía, yo me iba arropando cada vez más. Entonces saltó resuelta sobre mi cama, me destapó con las patas anteriores y me sacó literalmente del lecho.



Los movimientos expresivos y llamadas de las aves carecen por completo de tal variabilidad y adaptabilidad, capaz de ajustarse continuamente al fin deseado.

*

Como es sabido, los papagayos y algunos córvidos pueden «hablar», o sea, que saben imitar palabras humanas, y en tales casos es posible a veces una asociación de ideas entre determinados sonidos y vivencias. Semejante imitación no está muy por encima de la que manifiestan las llamadas *aves burlonas,* numerosas entre las canoras. Zarcero, alcaudón dorsirrojo, pechiazul, estornino y otros son verdaderos maestros. Los sonidos imitados, no innatos, sólo se emiten hilvanados en el canto, sin relación con el significado de los vocablos. Lo mismo puede decirse de estorninos, picazas y grajillas, dotados de notables aptitudes para imitar palabras humanas.

Algo distinto es el «hablar» de los grandes córvidos y, en especial, de las especies corpulentas de papagayos. Su repetición de vocablos humanos tiene el mismo carácter juguetón y no intencionado que corresponde al canto de otras aves de facultades psíquicas inferiores. Pero las voces emitidas por córvidos y loros logran hacerse independientes unas de otras, y es innegable que se establecen asociaciones de ideas bien definidas y, ¡casi!, dotadas de sentido.

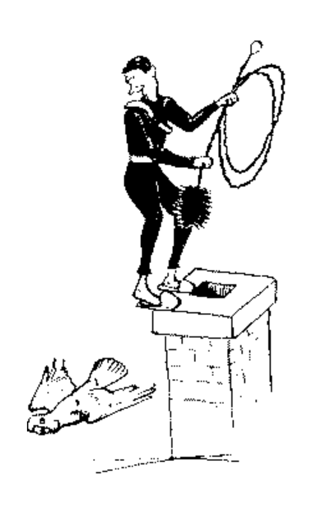
Muchos loros grises y amazonas dan los «buenos días» sólo a primera hora y por una sola vez, o sea, con plena propiedad. Otto Koehler poseía un loro gris viejísimo que tenía el vicio de desplumarse, por lo cual andaba casi pelado. Respondía al nombre de «Buitre» y, desde luego, no era ninguna belleza; pero se hacía simpático por sus dotes oratorias. Daba los «buenos días» o las «buenas tardes» con pleno sentido, y cuando un visitante se levantaba para despedirse, decía con voz grave y bonachona de bebedor de cerveza: «Na, auf Wiedersehen.» Nótese bien que decía esto sólo cuando uno se levantaba y se despedía de veras. Lo mismo que los perros sabios, reaccionaba a las señales



sutiles e inconscientes que le decían que la despedida iba en serio. Nunca conseguimos provocar su frase de cortesía por medio de una despedida fingida. Pero cuando el visitante se marchaba realmente, aunque fuera de manera discreta, rápida y como burlonamente se oían siempre las palabras: «Na, auf Wiedersehen.»

El conocido ornitólogo berlinés coronel Von Lukanus tenía también un papagayo gris, notable por su memoria. Entre otras aves, Lukanus poseía una abubilla mansa, que llamaba «Hópfchen»; el loro, que hablaba bien, pronto aprendió su nombre. Las abubillas no viven mucho en cautividad (desde luego, mucho menos que los papagayos). Al cabo de un tiempo, «Hópfchen» siguió el destino común a todos los mortales, y el loro parecía haber olvidado su nombre; por lo menos nadie se lo oyó decir ya más. Nueve años más tarde, según cuentan las crónicas, el coronel Von Lukanus recibió otra abubilla, y cuando el papagayo la vio por primera vez, dijo en seguida, y lo repitió luego: «Hópf-chen, Hópfchen.»

Estas aves son tan tenaces en retener lo que han aprendido como tardas en aprender nuevas cosas. Todos cuantos han tratado de que un estornino o un papagayo aprenda una nueva palabra, saben la dosis de paciencia que se necesita y cuan incansablemente deben repetir la palabra una y otra vez. Y, sin embargo, en casos excepcionales estas aves son capaces de imitar alguna palabra que han oído casualmente una sola vez. Al parecer, esto ocurre sólo durante estados excepcionales de elevada excitación: por mi parte, conozco únicamente dos de estos casos.



Mi hermano tuvo durante muchos años una encantadora y mansa amazona, muy vivaracha y de grandes aptitudes vocales, llamada «Papagayo». Cuando vivía en nuestra casa en Altenberg, «Papagayo» volaba con la misma libertad que nuestras restantes aves. Un loro que hable bien y vuele libremente de un árbol a otro, a la vez que repite palabras humanas, causa un efecto mucho más cómico que otra ave de iguales aptitudes, pero que permanece en su jaula. Cuando «Papagayo» volaba por las inmediaciones gritando «¿dónde se ha metido el señor doctor?», y a veces buscando realmente a su dueño, el efecto era irresistible.

Más cómica aun, pero también realmente notable, resultó la siguiente proeza del ave. «Papagayo» no tenía miedo de nada ni de nadie, exceptuando el

deshollinador. Las aves sienten fácilmente pavor de las cosas que están a un nivel más elevado, lo cual puede identificarse sin duda con un miedo innato a las aves de rapiña que se lanzan desde lo alto. De manera que todo lo que se recorta o destaca contra el cielo, lleva consigo algo del carácter de un ave de presa. Cuando el hombre tiznado, cuya negrura lo distinguía ya siniestramente de los demás humanos, estaba junto a una chimenea dibujando su silueta sobre el firmamento como fondo, «Papagayo» sentía un incontenible terror y volaba chillando hasta una distancia tal, que siempre nos sentíamos inquietos por su retorno. Unos meses más tarde, al volver el deshollinador, «Papagayo» estaba posado en la veleta, enfadado con las grajillas que querían utilizar también el mismo soporte. De pronto vi cómo su cuerpo parecía adelgazarse, mientras lanzaba temerosas ojeadas hacia abajo, para emprender seguidamente el vuelo chillando sin cesar: «¡Vuelve el deshollinador, vuelve el deshollinador!» Poco después, éste atravesaba el portal del patio.

Por desgracia, jamás me fue posible averiguar cuántas veces había visto «Papagayo» al deshollinador antes, ni cuántas otras había escuchado la voz de nuestra cocinera anunciando su llegada, ya que, indudablemente, sus palabras imitaban la voz de dicha señora. Desde luego, no pudo ser más de dos o tres veces, y, en todo caso, con un intervalo de meses.

El segundo caso que conozco, de un ave que aprende palabras humanas, e incluso una frase entera, después de haberla escuchado una sola vez o muy pocas veces como máximo, se refiere a la corneja cenicienta llamada «Hansl», y que podía competir, en cuanto a aptitudes vocales, con los más «talentudos» papagayos. «Hansl» había sido criada por un empleado del ferrocarril en la vecina localidad de San Andrá-Wórdern, volaba en completa libertad y había crecido hasta convertirse en un pájaro sano y de buenas proporciones, excelente testimonio de lo bien que lo cuidó su padre adoptivo. Contra la opinión general, las cornejas no son fáciles de criar, y, sometidas a los tratos de que suelen ser objeto por los que lo intentan, suelen convertirse en seres medio inválidos y deformes. Un día, los chicos del pueblo me trajeron una corneja cenicienta completamente sucia, con las plumas de las alas y de la cola cercenadas hasta cerca de la base, en un estado tal que apenas pude reconocer en ella a la bella «Hansl».

Compré el ave, como hago por principio con todos los desgraciados animales que me traen los mozos, en parte por lástima y en parte porque a veces puede haber algo verdaderamente raro entre estos extraviados. Llamé luego al dueño de «Hansl», el cual me dijo que, efectivamente, el pájaro faltaba desde hacía unos días, y me rogó que lo cuidara hasta la siguiente muda. Por tanto, puse la corneja en la jaula de los faisanes y le di pienso concentrado para que en la próxima muda, no lejana ya, echara nuevas remeras y timoneras fuertes y sanas. En este tiempo de obligada cautividad comprobé que «Hansl» era un sorprendente artista de la palabra, y me dio amplia oportunidad para escucharlo. Ante todo me repitió lo que un pájaro como éste acostumbra oír cuando se halla en algún árbol junto a una calle del pueblo, es decir, lo que le dicen los chiquillos. Me declamaba sus expresiones en la genuina habla vulgar de la Baja Austria. Tuve la alegría de ver completamente sano al pájaro después de la muda siguiente, y en cuanto pudo volar, le devolví la libertad. En seguida volvió a casa de su antiguo dueño en Wórdern, aunque nos visitaba de

vez en cuando, como huésped al que se ve con gusto. Una vez estuvo varias semanas sin aparecer. Y cuando retornó observé que tenía roto el dedo posterior de una pata, y de tal manera que había vuelto a soldarse en posición torcida. Este dedo roto encierra la gracia de toda la historia de «Hansl», la corneja parlanchína, pues sabemos la causa de esta pequeña desgracia. ¿Y quién nos la ha contado? Créase o no, ¡la verdad es que el propio «Hansl» nos la explicó! Cuando llegó, después de su larga ausencia, había aprendido una nueva frase: con voz de golfillo me recitó las palabras, densas de significado: «¡Lo cogí en la trampa!»

No se podía dudar de la veracidad de esta afirmación. Lo mismo que «Papagayo», nuestro «Hansl» no había podido oír muchas veces la frase; pero el estado de excitación en que la oyó, seguramente después de haber sido atrapado, hizo que dejara una huella indeleble en su memoria. Siento que «Hansl» no nos haya explicado de qué forma recuperó la libertad.

En casos como éste, las personas aficionadas a los animales y dadas a humanizar sus reacciones, juran y perjuran que las aves comprenden lo que dicen. Huelga decir que no hay en absoluto nada de esto. Incluso las aves que mejor hablan, las que, conforme hemos visto, son capaces de unir sus palabras a determinados acontecimientos sobre la base de asociaciones de ideas definidas, jamás aprenden a usar sus conocimientos para la más simple finalidad práctica, lo cual es muy significativo.

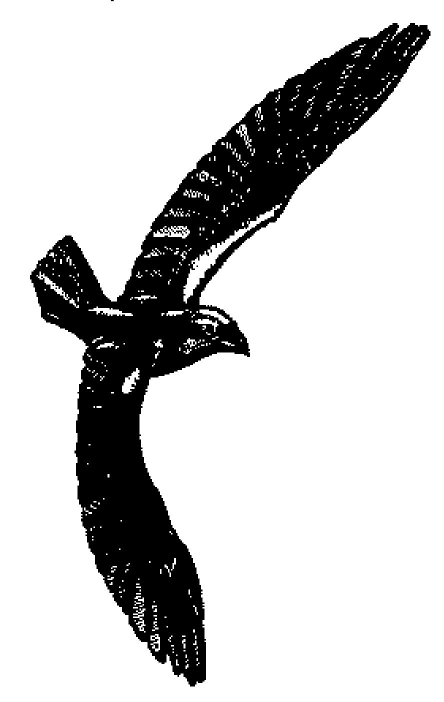
Otto Koehler, que ha alcanzado los mayores éxitos en el adiestramiento científico de las aves, que ha sabido educar palomas y lograr que supieran contar hasta seis, intentó también enseñar a su papagayo «Buitre» –ya mencionado como ave de grandes aptitudes– para que dijera «comer» cuando tuviera apetito, o «agua» si estaba sediento. No lo consiguió, ni nadie más ha podido conseguir cosa parecida. Este hecho es en realidad desconcertante, porque el papagayo puede «asociar», desde luego, lo que dice con cualquier movimiento que lo lleve a la consecución de un fin, hacia el que tiende el ave. Estos movimientos y asociaciones se aprenden, lo mismo que aquellos cuyo fin es inducir a la persona que los cuida hacia determinada acción o actividad.

Un pequeño papagayo manso –creo que era una cotorra de Nanday– propiedad de Karl von Frisch, se había acostumbrado a un comportamiento de este tipo, muy grotesco y extraordinariamente cómico. Por costumbre, el citado científico sólo dejaba libre al ave para que volara un rato por la habitación, cuando veía que el animal había hecho una deposición y podía estar seguro de que en los próximos diez minutos los valiosos muebles no tenían nada que temer. La cotorra no tardó en darse cuenta de esta relación, y como quiera que le gustaba apasionadamente volar un rato por el cuarto, tan pronto como el profesor Von Frisch se acercaba a su jaula, hacía todos los esfuerzos imaginables para expulsar, de manera bien demostrativa, aunque fuese sólo un minúsculo excremento. Es más, se retorcía desesperada cuando no podía expeler algo visible, hasta el punto de que parecía se iba a causar daño con la violencia de sus esfuerzos. Cuando se contemplaba el desespero del pobre animal, no había forma de negarle un rato de libertad.

Y el sesudo «Buitre», mucho más listo que aquella cotorrita, se resistía a decir «comida» cuando tenía ganas de comer. El complicado aparato de laringe y cerebro, que hace posible la imitación y la asociación de ideas, parece sin utilidad alguna, al no desarrollar una actividad que signifique algo efectivo para la conservación de la especie. En vano nos preguntamos «para qué» sirve.

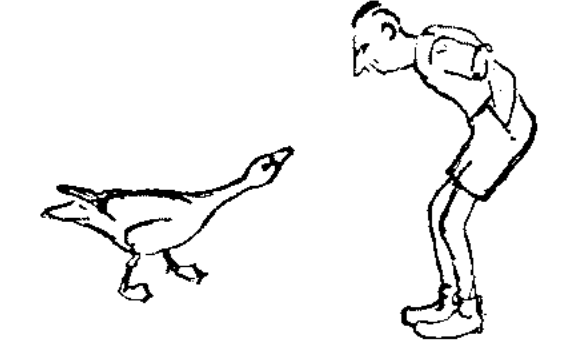
Sólo conozco el caso de un ave que aprendió a usar una palabra del lenguaje humano cuando deseaba algo, o sea, unió cierta finalidad concreta a un sonido aprendido. No es una casualidad el que se tratara de un ave a la que considero dotada de las máximas aptitudes psíquicas dentro de este grupo de animales: el cuervo.

Los cuervos tienen una llamada innata, que corresponde al «¡kia!» de las grajillas y que significa una invitación a emprender el vuelo. Es un «¡racrac!» o «¡cracracrac!» sonoro y, a la vez, metálico y agudo. Si el ave quiere inducir a otro de su especie, amistosamente, a que vuele con él, emplea la misma maniobra que vimos usa la grajilla para un propósito similar: volando, llega, por detrás, a corta distancia sobre el cuervo que está posado, agita la cola que lleva plegada y lanza de manera especialmente aguda y sonora su «¡cracracrac!», que suena casi como una serie de pequeñas explosiones.



El cuervo «Roa», cuyo nombre debía a la conocida voz que los jóvenes de su especie emiten para mantenerse en contacto entre sí, me tuvo en gran estima hasta que alcanzó una edad avanzada: me acompañaba en mis paseos cuando no tenía otra ocupación, incluso durante travesías con motora a lo largo del Danubio, o en marchas sobre esquí. Al envejecer no sólo se mostraba especialmente esquivo hacia otras personas, sino que también sentía una ineludible repugnancia hacia los lugares en que había sido asustado alguna vez o de los que conservaba alguna experiencia desagradable de otro tipo. Y no sólo se negaba a posarse sobre mí en semejantes parajes, sino que no veía con buenos ojos el que yo permaneciera en los sitios que él consideraba como peligrosos. De la misma forma que las grajillas inducen o invitan a sus hijos

inexpertos a emprender el vuelo y a seguirlas, en casos semejantes, «Roa» se deslizaba desde las alturas en sibilante vuelo picado hasta mí, volaba sobre mi cabeza, de atrás adelante, agitaba la cola y volvía a elevarse, y al ascender miraba hacia mí por encima de las alas. Esta forma de movimiento es heredada e innata, repetimos; pero lo notable es que no asociara con ella la llamada de vuelo propia de su especie, sino que en su lugar gritaba, imitando la voz humana, «¡roa, roa, roa!». Esto es lo asombroso del caso. «Roa» conocía, desde luego, la llamada específica, «¡cracracrac!», y la utilizaba con otros individuos de su especie. Cuando quería invitar a su hembra a emprender el vuelo, le decía: «¡cracracrac!»; mas para dirigirse a su amigo humano usaba la palabra humana. En este caso no podemos suponer un adiestramiento especial, que sólo habría podido conseguirse si el ave, casualmente, hubiera llamado «roa», y yo, también casualmente, la hubiera seguido. Pero esto no pudo haber pasado. De manera que el viejo cuervo debe haberse hecho a la idea que «roa» es mi voz de llamada. Si es cierto que Salomón no es el único que ha podido hablar a los animales, «Roa» es, hasta hoy, el único animal que ha hablado al hombre una palabra humana, con plena intención de su significado, aunque se trate sólo de una sencilla voz de llamada.



NUESTRA PEQUEÑA «MARTINA»

Había llegado el gran momento. Durante veintinueve días había estado empollando mis veinte valiosos huevos de ganso salvaje. En realidad, lo que se dice empollarlos personalmente no lo había hecho sino los dos últimos días, pues el resto del tiempo estuvieron confiados a una rolliza oca doméstica blanca y a una pava, igualmente robusta y blanca, que conocían dicho oficio mucho mejor que yo. Los dos últimos días quité a la pava los diez huevos de cascara blanca y mate y los puse en mi incubadora. En cuanto a los restantes diez, los huevos serían empollados hasta el fin por la oca doméstica. Quería observar detenidamente cómo los pollos salían del cascarón. Y el momento había llegado.

Deben de ocurrir cosas importantes dentro de uno de estos huevos de ganso. Cuando se aplica el oído a la cascara, se oyen crujidos y susurros, y luego, un «pip» dulce y aflautado, bien audible, aunque suave. Hasta una hora más tarde no aparece un agujero en la cascara, y a través del mismo se ve lo primero que aparece del pollito: la punta de la «nariz», con el «diamante» encima. El movimiento de la cabeza, en virtud del cual la punta dura del llamado *diamante* presiona sobre la cascara, de dentro afuera, no sólo determina la rotura de la cascara, sino que va acompañada por un cambio en la posición del pollo. Hasta entonces estaba enroscado, y poco a poco va girando en torno al eje mayor del huevo. La consecuencia es que el «diamante» se mueve siguiendo un círculo «paralelo» por el interior de la cascara, abriendo a lo largo de su recorrido cierto número de agujeros y resquebrajaduras, de forma que cuando se ha completado el círculo, basta que el pollo estire el cuello para que salte como una tapa todo el casquete que corresponde a la parte más obtusa del huevo.

Despacio y laboriosamente se libera el largo cuello, que todavía no puede elevar libremente la débil cabecita. El pescuezo conserva su posición embrional, rígidamente inclinado hacia abajo, posición en la que se originó y en la que ha permanecido desde el principio de su existencia. Aún transcurren unas horas hasta que las articulaciones se estiran y pierden su rigidez, los músculos se robustecen, y funcionan los órganos del laberinto que sirven al sentido del equilibrio. Desde este momento, en el mundo del pequeño ganso existe ya un «arriba» y un «abajo», y el animal puede elevar libremente su cabecita.

La cosita húmeda que sale del cascarón es increíblemente fea y parece estar aún más mojada de lo que realmente se halla. Si se toca, se ve que en realidad está simplemente húmedo. Sin embargo, la impresión visual es que el miserable vestidito de plumas está totalmente mojado y pegado. La causa es que cada una de las plumitas se encuentra estrechamente plegada, y envuelta en una vaina tenuísima. Así enfundada, apenas es más gruesa que un pelo. Todas estas plumas piliformes están adheridas entre sí, formando mechas, por el líquido, rico en albúmina, del interior de la cascara, de forma que mientras

están en el huevo ocupan un espacio mínimo. Cuando se secan, las envolturas de las plumas se deshacen como polvo, y el plumón que encerraban queda libre. En realidad no puede decirse que las plumas se sequen, porque ya estaban secas de antemano, conservadas en esta condición y defendidas contra la humedad del huevo con sus vainas. La rotura y caída de estas vainas es estimulada y acelerada, naturalmente, por los movimientos del pollo, que se restrega a repelo contra sus hermanos y contra el plumaje del vientre de su madre. Si no existe este roce, como ocurrió con mi primer ganso nacido en la incubadora, las vainas de las plumas tardan más tiempo en desaparecer. En casos semejantes se puede realizar un sorprendente juego de manos. Se toma al pollo con una mano, y con la otra se coge un trozo de algodón o guata engrasado, y suavemente se pasa a repelo sobre el animalito. Con ello, las vainas de las plumas se deshacen en forma de caspa, y el pequeño ganso se transforma como por arte de magia. Por donde va pasando el algodón o la guata, se levanta un bosque de finísimo plumón, de color gris verdoso con reflejos dorados, y en pocos segundos el pequeño monstruo, húmedo y pegajoso, se transforma en una pelota redonda y suave de plumón, cuyo volumen queda aparentemente duplicado.

Mi primer ganso estaba ya en el mundo, y lo puse debajo de una almohada eléctrica, que hacía las veces del reconfortante vientre de la madre, a fin de que adquiriera las suficientes fuerzas para llevar la cabeza levantada y poder dar algunos pasos.

Con la cabeza inclinada, dirigió hacia mí sus ojos grandes y oscuros, mejor dicho, un ojo, porque, como la mayor parte de las aves, cuando el ganso gris quiere mirar fijamente, utiliza uno solo; así permaneció un buen rato; y cuando hice un movimiento y pronuncié una breve palabra, se distendió súbitamente su atención fija y me saludó: con el cuello estirado y la parte dorsal de la cabeza deprimida pronunció rápidamente, en varias sílabas, el sonido que entre los gansos grises sirve para mantener el contacto entre los individuos, y que en los pollitos pequeños suena como un cuchicheo suave y anheloso. Saludó exactamente igual que lo hace un ganso adulto, y como él mismo haría luego millares de veces en el curso de su vida. Y lo hizo como si hubiera usado ya la misma voz millares de veces. El más perfecto conocedor de esta ceremonia no habría podido sospechar que la efectuaba por primera vez en su vida. Yo no conocía aún las graves responsabilidades que había contraído por el simple hecho de haber aguantado la mirada del ojito oscuro y haber desencadenado la primera ceremonia de saludo con una palabra involuntaria.

En efecto, mi intención era confiar los pollitos nacidos de los huevos incubados por la pava, a la mencionada oca doméstica, que, si bien sólo era capaz de incubar diez huevos, podía muy bien encargarse de los veinte gansitos. Cuando dejé «listo» a mi pollito, ya habían salido otros tres del cascarón bajo el ganso doméstico. Llevé el pollito al jardín, en cuya perrera se había instalado la oca después de echar sin contemplaciones a su legítimo dueño, «Wolfi I». Puse el gansito bajo el cálido vientre de la oca adulta, convencido de que con ello cumplía todas mis obligaciones. Pero, lo cierto es que me quedaba todavía mucho que aprender.

Pasaron dos minutos, durante los cuales permanecí en beatífica meditación ante el nidal de las ocas. Entonces oí cómo salía de debajo del ganso adulto un suave cuchicheo en tono interrogante: «¿Vivivivivi?» Tranquilizadoramente, la oca vieja contestó con la misma voz destinada a establecer y mantener contacto, pero en su tono propio: «Gangangangan.» Pero en vez de tranquilizarse al escucharla, como habría hecho cualquier gansito razonable y consciente, «mi» pollo salió disparado de su cálido refugio, miró hacia arriba con un ojo, contemplando a su madre adoptiva, y escapó corriendo y llorando: «Pfüüp, pfüüp... pfüüp...» Así puede transcribirse aproximadamente, la voz con que expresan la sensación de sentirse abandonados los gansos grises jóvenes, una llamada que, por otra parte, poseen en su forma propia todas las especies de aves nidífugas.

Estirado, sin dejar de piar, el pobre pollito había quedado a mitad de camino entre la oca y yo. Entonces hice un pequeño movimiento y... cesaron los sollozos; el pequeño ganso acudió con el cuello estirado y saludándome: «Vivivivivi...» Era algo que llegaba al fondo del corazón, aunque la verdad es que yo no me sentía muy dispuesto a seguir haciendo de oca. Por eso cogí al pequeño, lo metí bajo el ganso y me marché apresuradamente. Pero aún no había dado diez pasos cuando volví a oír detrás de mí el «pfüüp... pfüüp... pfüüp...», y vi al pollito que venía derecho y desesperado hacia mí. Normalmente, aún no podía estar erguido, sino sólo mantenerse sobre los talones y avanzar despacio, inseguro y titubeante. Mas, presionado por la necesidad, había adquirido ya totalmente la técnica de la carrera rápida y disparada. Semejante sucesión en el sistema de adquirir las distintas formas de movimiento puede parecer sorprendente, pero del todo adecuada a las necesidades de la vida y se manifiesta de forma aún más notoria en las gallináceas. Especialmente los pollos de perdices y faisanes pueden correr rápidamente antes de saber andar y aun de mantenerse en pie.

Habría enternecido a una piedra ver al pollito, con su desentonada vocecilla, acudir llorando detrás de mí, tropezando y dando tumbos, pero a una velocidad sorprendente y con una decisión que sólo se podía interpretar de una manera: ¡su madre era yo y no la oca blanca! Suspirando, acepté mi crucecita y lo llevé a la casa. No obstante pesar sólo un centenar de gramos, sabía muy bien que iba a resultar una pesada carga, y que si quería hacerme digno de llevarla, tendría que realizar un trabajo concienzudo y necesitaría mucho tiempo para el cumplimiento de aquella misión.

Y me porté como si yo hubiera adoptado al pequeño ganso, no como si él me hubiera adoptado a mí. El animalito recibió jubilosamente el nombre de «Martina».

El resto del día transcurrió para mí como si hubiera sido una verdadera oca. Fuimos a pacer a una pradera de tierna y verde hierba, y logré convencer a mi ahijado de que el huevo picado con ortigas resulta una comida excelente. Por su parte, el gansito pudo convencerme de que, por lo menos de momento, daba por descontado que no podía separarme de él ni siquiera un minuto. Si lo hacía así, era presa en seguida de un terror desesperado y lloraba de manera tan desgarradora que, después de algunos ensayos, tuve que desistir, y

construí un pequeño cesto para llevar colgado, donde lo podía tener siempre junto a mí. Sólo cuando se quedaba dormido podía moverme libremente.

Nunca dormía mucho de un tirón, lo cual no me llamó mucho la atención el primer día. Pero sí por la noche. Había preparado para el pequeño ganso una estupenda cunita con calefacción eléctrica, que ya había servido para sustituir a la madre en otros pollos de aves nidífugas. Cuando, mucho más adelante, puse a «Martina» debajo de la caliente almohada, en seguida dejó oír satisfecha el rápido cuchicheo que en los gansos jóvenes es señal de que están a punto de dormirse, y que viene a sonar, aproximadamente, como «virrrrrrr». Puse el cajón con la cuna caliente en un rincón del cuarto y me metí en cama. Ya me iba a dormir cuando oí cómo «Martina», suavemente y ya adormecida, musitaba otra vez su «virrrr». No me quedé tranquilo. Luego se oyó más fuerte y como preguntando: «¿Vivivivi?» Selma Lagerhof, cuya magnífica historia de Nils Holgerson tanto influyó sobre mi niñez, acierta con intuición genial el significado de las llamadas de contacto, cuando las traduce por la expresión: «Estoy aquí, ¿dónde estás tú?» «¿Vivivivi? Estoy aquí, ¿dónde estás tú?» Sin contestar metí más profundamente la cabeza en la almohada con la esperanza de que el ganso volviera a dormirse. Pero todo fue inútil. «Vivivi...» la misma voz de contacto, pero ya con un matiz amenazador de la inminencia de los silbidos de la desesperación: Estoy aquí, ¿dónde estás tú?, dicho con los ángulos de la boca estirados hacia abajo y el labio inferior enrollado hacia fuera, es decir, en el equivalente de los gansos, con el cuello tieso y las plumas erizadas. Y poco después, incontenible, agudo y penetrante, el «pfüüp... pfüüp...». Tuve que saltar de la cama y acudir al cajón. «Martina» me recibió satisfecha con un saludo: «¡Vivivivi!»... No sabía cómo expresar su alivio, porque ya no estaba sola, pasara lo que pasase. La metí suavemente bajo la almohada: «virrr, virrrr»; se durmió enseguida, como yo me imaginaba. Y yo hice otro tanto. Mas apenas hubo pasado una hora, hacia las diez y media, se oyó de nuevo el «vivivivi» interrogante, y las maniobras descritas se repitieron otra vez. Y de nuevo a las doce menos cuarto. Y otra vez una hora más tarde. A las tres menos cuarto me decidí a alterar la organización del experimento. Cogí la cuna del gansito y la puse al alcance de mi mano, junto a la cabecera de mi cama. Cuando, hacia las tres y media, como era de temer, volvió a oírse la pregunta: «Estoy aquí, ¿dónde estás tú?», contesté en mi mal «gansés»: «gangangang», y di unos golpecitos sobre la almohada eléctrica. «Virr», contestó «Martina», ya me duermo, buenas noches. Pronto aprendí a decir «gangangang» sin despertarme. Y me parece que aún contestaría de esta forma si, cuando duermo profundamente, alguien me dijera suavemente al oído: «¿Vivivivi?»

Pero cuando apuntaba el día, mi «gangangang» y mis golpecitos resultaron del todo inútiles. A la luz del día, «Martina» se dio cuenta de que el cajón no era yo, quiso venir a mí y lloró. ¿Qué hace uno cuando su hijito querido empieza a lloriquear a las cuatro y media de la madrugada? Desde luego, cogerlo y llevarlo a la cama, elevando una silenciosa súplica al cielo para que el angelito de Dios se duerma por lo menos un cuarto de hora más. Y se duerme. Y vuelve uno a cerrar los ojos a gusto otra vez, y dormita hasta que nota a su lado algo húmedo y frío... Pero estas desagradables consecuencias jamás se manifestaron en «Martina». Cuando un ganso joven disfruta del estado de ánimo que corresponde al sentirse recogido junto a la madre, puede confiarse en que

jamás hará nada sucio. Pero cuando se despierta y quiere levantarse, hay que sacarlo enseguida de la cama.

«Martina» se portó como un chiquillo de los buenos. El que no pudiera estar sola ni por un momento no debe atribuirse a egoísmo. Téngase en cuenta que para una de estas aves jóvenes que vive libre en la Naturaleza, el perder el contacto con la madre o con sus hermanos representa una muerte segura. De manera que tiene pleno sentido biológico el hecho de que el animalito no piense en comer ni en beber, sino que reserve hasta la última de sus energías, hasta el agotamiento, para pedir auxilio, con la esperanza de volver a encontrar a su madre.

Cuando se tienen varios gansos salvajes jóvenes adictos entre sí, es posible, con algún esfuerzo, conseguir que se acostumbren poco a poco a permanecer solos. Pero un animal solo lloraría literalmente hasta morir.

Esta resuelta oposición instintiva a permanecer sola, la unió firmemente a mí. En efecto, «Martina» me seguía a todas partes, y era feliz cuando yo trabajaba en mi escritorio y ella se tendía bajo mi silla. No era pesada; me bastaba contestar con un gruñido inarticulado a la pregunta de su llamada de contacto, como para decirle que estaba allí y seguía vivo. Durante el día lo preguntaba cada dos minutos aproximadamente, y por la noche, cada hora. No creo que a nadie dejara de enternecerle y deleitarle el afecto de semejante gansito. Era como un amento de sauce gigante y movedizo que, a pasitos mesurados, con la graciosa dignidad de todas las ocas, me seguía continuamente o, si iba demasiado aprisa, corría disparado con los muñones de las alitas extendidos. Enternecedor y enervante a la vez, lo mismo que el «rabeeee» de un niño de pecho, es la señal que indica que se siente abandonado y que empieza a sonar tan pronto como sale uno de la habitación. Más enternecedor aún, aunque no carga los nervios, es el efusivo saludo, la excitada alegría que siente cuando vuelve uno a aparecer. Pero lo que tiene de más bello el delicado afecto de un ganso es que uno puede salir con el animalito al exterior y moverse en un ambiente completamente natural y, sin embargo, seguir manteniendo el estrecho contacto con el animal, que es salvaje y no domesticado, y observarlo.

Por «Martina» me dispuse a hacer de oca, y, tomada esta resolución, ya ni siquiera intenté llevar a cabo mi proyecto de meter bajo la oca blanca doméstica los restantes nueve pollos de ganso que nacieron durante los dos días siguientes. Diez gansitos no exigen, del que los cuida, mucho más tiempo que uno solo, porque en su caso no es tan crítico dejarlos solos.

Es curioso que «Martina» no mostrara afecto fraternal para estos otros nueve, pese a que durante el día permanecía mucho tiempo con ellos, especialmente en nuestros paseos en común. Tras algunas escaramuzas iniciales, «Martina» fue considerada como hermana por los demás gansos, aunque ella, por su parte, no parecía corresponder de manera análoga: nunca los echaba de menos cuando no estaban presentes, y en todo momento se hallaba dispuesta a correr junto a mí y separarse de los restantes. A pesar de que los nueve, lo mismo que «Martina», me consideraban como una oca, como si fuera su propia madre, mostraban entre sí una relación tan íntima y fuerte como la que los unía a mi persona. Esto significa que sólo se sentían felices y tranquilos, en primer lugar, si estaban juntos, y, en segundo, si estaban conmigo. Al principio había

intentado llevarme sólo a dos o tres junto con «Martina» cuando iba de paseo. Para atravesar rápidamente largas distancias, por ejemplo, recorrer la calle del pueblo que lleva hacia el Danubio, era práctico trasladar las aves en un cesto, y teniendo en cuenta que para las observaciones que deseaba hacer me bastaban tres o cuatro animales, lo más cómodo habría sido dejar los demás en casa. Pero no fue posible, puesto que una minoría separada del resto de sus hermanos se mostraba constantemente medrosa e inquieta y, a pesar de mi presencia, siempre tendían a expresar la sensación de sentirse abandonados, con los correspondientes silbidos, se hacían los remolones y no querían venir. Esta reacción a la falta de los hermanos tenía más que ver con la sensación de «multitud» que con la relación personal. Si tomaba a la mayoría conmigo y dejaba dos o tres en casa, los que venían conmigo permanecían tranquilos; pero los que quedaban en casa lloraban desesperadamente. Por tanto, tuve que decidirme a llevar en mis excursiones sólo a «Martina» o a los diez gansos juntos. Cuando, dos años más tarde, crié otro grupo de pollos, me sirvió de escarmiento la experiencia anterior y tomé bajo mi protección desde el principio sólo a cuatro de los animalitos.

En mi primer «verano de ganso» pasé un tiempo asombrosamente largo con mis diez educandos, los cuales, a su vez, me enseñaron una cantidad increíble de cosas. Puede calificarse de afortunada una ciencia en que la parte esencial de la investigación consiste en retozar por las orillas del Danubio y bañarse en sus aguas, desnudo y libre, en compañía de una manada de gansos silvestres. Soy un hombre perezoso, tan perezoso que sirvo más para observador que para experimentador. En realidad, si trabajo, es sólo bajo la presión de los más fuertes imperativos kantianos, completamente en contra de mis tendencias naturales. Lo maravilloso que tiene esta vida de pura observación y contemplación con los animales salvajes es que los mismos animales son también deliciosamente perezosos. La estúpida prisa de los modernos hombres civilizados, que ni siquiera disponen de tiempo para adquirir una verdadera cultura, es algo completamente extraño a los animales.

Incluso las abejas y hormigas, símbolos de la laboriosidad, pasan la mayor parte del día en el «dolce far niente»; lo que ocurre es que entonces no se dejan ver los muy ladinos, porque permanecen dentro de sus construcciones, en las que no trabajan. A los animales no hay que andarles con prisas. Si se quieren conocer los gansos silvestres, se ha de vivir con ellos, y si se quiere vivir con ellos, debe uno acompasar el ritmo de su vida al de los gansos. No puede hacerlo un hombre al que la Naturaleza no haya dotado con esta indolencia que es un don de Dios. Un hombre que por su constitución sea activo, aplicado, se volvería loco sólo ante la sugerencia de la posibilidad de vivir durante un verano entre los gansos, como un ganso más, tal como yo he hecho –con algunas interrupciones–. Los gansos montaraces permanecen quietos y digieren, por lo menos, la mitad del día. De la otra mitad emplean, tirando corto, tres cuartos para comer. Los períodos que se intercalan entre el comer y el digerir, ocupados por actividades importantes, sólo abarcan un octavo, como máximo, del tiempo que permanecen despiertos. Sería decepcionante estudiar la vida de los gansos salvajes si no tuviese tanto interés lo que hacen durante esta octava parte del día.

Cuando se solaza uno en las riberas del Danubio con un grupo de gansos montaraces, puede entregarse a la pereza con plena conciencia, puesto que forzosamente ha de estar sin hacer nada siete octavas partes del día, tendido al sol, aunque con la máquina fotográfica cargada, a punto de disparar y a mano. Sin embargo, no es necesario estar mirando constantemente a las aves, porque el oído adiestrado se da cuenta, por sus exteriorizaciones sonoras, de cuándo los animales dejan de dormir o de comer y se disponen a empresas de mayor interés. Naturalmente, mientras los gansos son jóvenes, no han perdido el miedo y se mantienen adictos a uno, es necesario echarse a andar para forzarlos con ello a moverse. Si se conocen los sonidos expresivos de los gansos y se sabe imitarlos más o menos bien, se puede asimismo inducir o convencer a una bandada de gansos crecidos –aunque no se muestren ya tan fieles– a que se vayan del lugar donde están, emprendan el vuelo o se entreguen a alguna otra actividad. Pero hay que emplear estas influencias con moderación y precauciones y no muy a menudo, y nunca debe irse más allá del punto hasta el que llegan habitualmente los gansos padres a este respecto. Los gansos pequeños se fatigan pronto física y psíquicamente si no se dejan lo bastante en paz. Ahora estoy convencido de que durante los primeros días de su vida exigí demasiado de «Martina»; por eso quedó algo retrasada en su crecimiento y fue siempre delgada y nerviosa. Los gansos mayores, en los que ya ha disminuido algo el temor a quedarse solos, no se dejan violentar ni dar prisa de esta manera; se desentienden, se rezagan y empiezan a comer. Pero también con ellos se ha de ser parco en los experimentos de influencia vocal o de otro tipo, puesto que, si se procede de otro modo, lo único que se consigue es embotar o hacer confusas las reacciones cuyo estudio se intenta. He aquí un ejemplo: Los gansos reaccionan de manera innata a un sonido emitido por sus padres, o por otros individuos de su especie, que signifique intención de abandonar el lugar donde están. La persona que cuida los gansos puede imitar bien la voz que sirva para transmitir dicho estado de ánimo, y así puede inducir a los gansos a que lo sigan. Pero si utiliza mucho este recurso, o sea, con mayor frecuencia que la acostumbrada en la vida normal de los gansos, la reacción se «gasta» o «cansa». Como consecuencia, más tarde los animales ya no reaccionarán al oír el sonido en cuestión. El investigador corre, pues, el riesgo de destruir precisamente, por una especie de adiestramiento negativo, aquellas reacciones innatas que está tratando de estudiar. Este inconveniente sólo puede evitarse haciendo acopio de paciencia.

Son especialmente interesantes los sonidos de que se valen los gansos para expresar sus deseos de marcharse caminando, nadando o volando. Hasta las aves más pequeñas reaccionan de manera innata a los más finos matices de este complicado léxico. La voz que se emplea usualmente para mantener el contacto entre los individuos del grupo, el conocido graznar, en cadencia rápida y tono bajo, se escucha de tanto en tanto también cuando los animales están descansando, comiendo o andando lentamente. El graznido está como entrecortado de manera especial por tonos más altos intercalados, y consta de seis a diez sílabas. En la voz que usualmente sirve para mantener el contacto entre los individuos, el número de sílabas y la altura de los sonidos más agudos marchan paralelamente; pero guardan relación inversa con la intensidad de los sonidos. Cuantas más sílabas tiene el graznido, tanto más agudas y menos sonoras se dejan oír. Si estas tres características son muy notorias, constituyen la señal de un mayor grado de comodidad o indiferencia; entonces, los

animales no tienen intención alguna de abandonar aquel lugar en un futuro próximo. Por tanto, el graznido formado por muchas sílabas en tono agudo e intensidad baja, traducido a palabras humanas, viene a significar: «Aquí se está bien, quedémonos aquí», y lleva implícita la misión complementaria de mantener el contacto: «Estoy aquí, ¿sigues tú también ahí?» Pero a medida que en los gansos nace y aumenta el deseo de mudar de sitio, se modifica paralelamente la voz que emplean para mantenerse en contacto: disminuye el número de sílabas, desaparecen los tonos agudos, y los graznidos se hacen más sonoros. Cuando los graznidos constan de series de seis sílabas, corresponden a una progresión lenta, pero constante, como cuando los animales en un pasto pobre tienen que dar uno o dos pasos entre tallo y tallo. Si el número de sílabas es de cinco, significa que hay una resuelta tendencia a moverse, y entonces raramente se entretendrán en coger algún tallito, puesto que en lo que piensan principalmente es en avanzar. La reducción a cuatro sílabas denota ya la existencia de un motivo poderoso para cambiar de sitio, y entonces casi siempre muestran su tensión manteniendo, además, estirado el cuello. Tres sílabas significan marcha a ritmo rápido, y en estos casos el cuello se mantiene muy estirado; al mismo tiempo, empieza a despertar la tendencia a volar. Cuando la voz se hace grave y muy sonora y se emite en bisílabos («gangang, gangang»), indica, inequívocamente, que el ganso va a emprender el vuelo en seguida.

Si no desean volar, sino que van a realizar andando o nadando su intención de cambiar de sitio, disponen de un sonido especial para expresarlo así, un sonido que significa exclusivamente tal estado de ánimo y nada más. Aproximadamente entre los trisílabos y los cuatrisüabos, precisamente en el punto en que en otras ocasiones pueden despertar la sospecha del deseo de volar, el ganso intercala una llamada trisílaba, clara, bien definida, de sonido algo metálico, acentuando la sílaba central, que aproximadamente se eleva seis tonos enteros sobre las otras dos; es algo así como «ganguíngang». Los padres que acompañan a crías que aún no saben volar emplean, con frecuencia mayor que en otras ocasiones, como es de suponer, este sonido, que anuncia su intención de mudar de sitio, pero sin volar. Esta llamada se oye con gran frecuencia entre las ocas domésticas que guían a sus pequeños, cosa que al conocedor de estos animales le produce siempre un efecto algo cómico, puesto que estos gordos animales apenas son capaces de volar, de manera que huelga el que pregonen a diestro y siniestro que van a emprender a pie y no volando el cambio de lugar que proyectan. Pero los animales, como es natural, no tienen la menor idea de ello, puesto que todas estas exteriorizaciones del estado de ánimo son puramente instintivas y heredadas.

Igualmente heredada e innata es, en cualquier ganso gris joven, la comprensión instintiva del vocabulario completo que se emplea en mantener el contacto entre los individuos. Los pollos de uno o dos días de edad reaccionan ya con prontitud a todas las sutilezas del vocabulario ya descrito sucintamente. Si uno modifica la llamada, acortando el número de sílabas y haciéndolas más sonoras, los gansitos dejan de comer, levantan su cabecita y, poco a poco, la bandada entera se halla poseída del deseo de moverse, de cambiar de sitio, y no tardan en emprender la marcha.

Muy bonita y fácil de demostrar, siempre que no se abuse de ella, es la reacción de los gansos pequeños al «ganguíngang». Es muy interesante cómo los pequeños gansos parecen entender que esta llamada de los padres se dirige a ellos cuando, por ejemplo, atraídos por alguna planta apetitosa, se han quedado rezagados en el pantano. En semejantes casos, el «ganguíngang» causa el efecto de un latigazo, y acuden a toda velocidad con las alitas estiradas, detrás de sus padres o de sus sustitutos humanos. Esta reacción, en el caso de mi pequeña «Martina», se prestaba a llevar a cabo un pequeño truco de gran efecto.

Aunque el nombre de «Martina» no derivaba originalmente de la voz propia para mantener el contacto entre los individuos de su especie, como en el caso de «Choc», lo cierto es que dicho nombre resultó ser el más apropiado como llamada de cuantos llevaron nuestras diversas aves en Altenberg. Porque cuando se pronunciaba con el timbre y el tono del «ganguíngang» propio de los gansos grises, acentuando notoriamente la i, se desencadenaba la reacción descrita, y «Martina» acudía indefectiblemente, jadeando como un caballo espoleado. Me era fácil dejar estupefactos, principalmente a los cazadores y otras personas conocedoras de los perros, llamando por su nombre al gansito de apenas una semana. Pero tenía que estar seguro de que no había otros gansos «no adiestrados» dentro del radio de alcance de mi voz, pues habrían acudido con la misma prisa, con la misma precisión con que suena el timbre al presionar su pulsador.

Lo mismo que la reacción adecuada a todas las variaciones de la voz que se emplea para mantener el contacto entre los individuos del grupo, es innata también en las crías la reacción a la voz de alarma de los gansos adultos. Ésta consiste en un «gang» aislado, por lo regular suave y nasal, en el que se entremezcla el sonido de la r, de manera que quizá se podría transcribir mejor por «ran». Este sonido se imita de la manera más efectiva pronunciando la sílaba mientras se inspira.

Al escucharlo, todas las cabezas se levantan, y cesan en seco los graznidos con que mantiene habitualmente el contacto. Si se pronuncia esta voz más fuerte, los gansos adultos se preparan a emprender el vuelo y buscan un lugar desde el cual puedan disfrutar de un campo de visión despejado y echarse a volar sin estorbo. Pero los gansos pequeños corren hacia su madre o hacia la persona que la sustituye, y se aglomeran en apretado grupo bajo su protección.

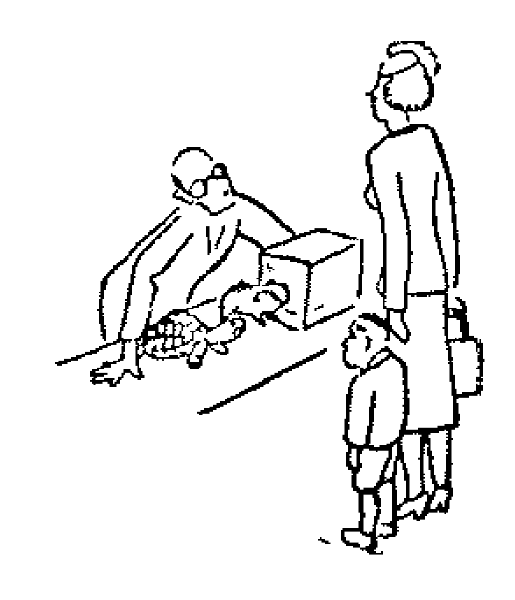
El estado de alarma persiste en los pequeños hasta que se levanta de manera expresa. De esta forma, los padres no necesitan repetir la voz de alarma para mantener a los pequeños en este estado, sino que, con todos sus sentidos en tensión, pueden dedicar su máxima atención a la causa del peligro. Cuando cesa éste, un graznido suave, como el empleado para mantener el contacto, lo hace saber así, y regularmente es correspondido por la bandada de pequeños mediante un saludo ceremonioso emitido con el cuello estirado.

Con la misma rapidez con que la primavera cede paso al verano, la graciosa pelota de plumón se convierte en una bella ave gris de plateadas alas. Es encantador el tránsito que lleva del uno a la otra; enternecen las fases desgarbadas entre el «niño» y el «adolescente», con los pies demasiado grandes, las articulaciones gruesas y los movimientos torpes de los «años» del cambio,

que en el ganso no son años, sino sólo semanas. ¡Y qué maravillas atesora el momento en que se alcanza la nueva armonía del ave adulta, cuando las alas son ya fuertes y están en condiciones de desplegarse para el primer vuelo!



HAZME CASO Y NO COMPRES NINGÚN PINZÓN



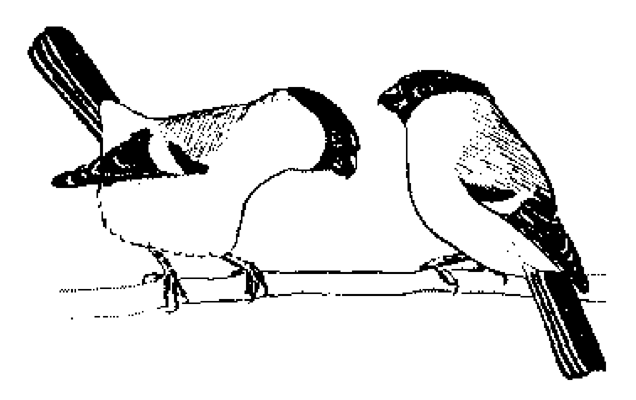
Pocas personas hay que sepan cuáles son los animales más apropiados para cuidar. Una y otra vez, los amantes de la Naturaleza intentan tener en su casa animales de diferentes especies, y una y otra vez falla su intento, tanto por lo inadecuado de los medios con que lo emprenden como por la desafortunada elección de la especie. Por desgracia, la mayor parte de las tiendas que comercian con animales no saben aconsejar bien al presunto comprador, haciéndole ver lo que realmente ha de buscar.

En este orden de ideas conviene plantearse claramente el problema desde el principio. El deseo de tener algún animal suele brotar siempre de un mismo y viejísimo motivo: el que impulsó también a Kipling a escribir sus libros de la jungla. Nace de una pasión del hombre civilizado, que añora el paraíso perdido de la Naturaleza salvaje. Cada animal es como un pedacito de esta Naturaleza libre; mas no todos resultan apropiados para representar dicha Naturaleza en la propia casa. Los animales que nunca debe uno adquirir pueden distribuirse en dos grandes grupos: en el primero se incluirán aquellos que no pueden acostumbrarse a vivir en casa de uno, y en el segundo, aquellos otros a los que no se puede razonablemente aguantar. Al primer grupo pertenecen todos los animales sensibles, difíciles de cuidar y de mantener en buen estado de salud; al segundo, la mayoría de los restantes, sobre los cuales ya hemos dicho algo en el primer capítulo. Una parte muy considerable de lo que se puede comprar en los comercios de animales, pertenece a una u otra de las citadas categorías. En lo tocante a los restantes animales, que ni son excesivamente delicados ni pondrán demasiado a prueba nuestros nervios, la mayor parte resultan tan aburridos, que no compensan el coste de su adquisición ni los esfuerzos de su cuidado. Los animales que se crían más frecuentemente en las casas o que entretienen a los niños, como los peces de colores, las tortugas terrestres, los canarios, los conejillos de Indias, los periquitos, los gatos de Angora, los perritos falderos, etc., son seres insulsos que muestran muy pocos rasgos dignos de ser recogidos en estas líneas. Numerosos factores influyen en la elección de la especie: en primer lugar, lo que se desea y espera del animal. También depende de la suma de esfuerzos que se esté dispuesto a invertir diariamente, de la sensibilidad de los propios nervios al ruido, de si uno se ausenta con frecuencia de casa y durante qué tiempo, y de muchas otras circunstancias.

Entonces, ¿qué hemos de hacer? ¿Llevarnos a casa un pedacito de la Naturaleza real que nos recuerde insistente y amistosamente que el mundo no está hecho sólo de asfalto, cemento y conductores eléctricos? ¿O bien

deseamos ocupar un par de decímetros cuadrados de nuestro campo visual con algo que no ha sido hecho por la mano del hombre?

Si nuestros ojos nos piden sólo una mancha verde, dotada del frescor y de la vida de la Naturaleza, donde puedan solazarse con la contemplación de la belleza de los seres naturales, lo mejor que podemos hacer es instalar un acuario. Si queremos animar agradablemente nuestra morada, nos procuraremos una pareja de pajaritos. Resulta difícil imaginar la cordialidad que irradia en torno a una gran jaula con una pareja feliz de camachuelos. El canto del macho es suave y de sonido agradable, aunque algo áspero, y tiene los efectos de un maravilloso sedante. Su manera de cortejar a la hembra es digna y mesurada, cortés en cierto modo, y las constantes atenciones que presta a su hembra figuran entre lo más bello que nos pueden ofrecer las aves enjauladas. Su cuidado sólo exige unos minutos diarios; el grano que consumen cuesta muy poco, lo mismo que la pequeña cantidad de verdura que conviene intercalar para variar algo su menú.



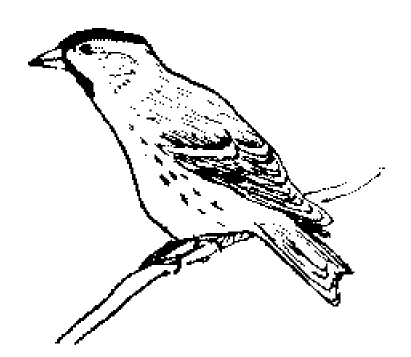
Pero si deseamos establecer una relación más personal, porque vivimos solos y gustamos de tener a alguien que se alegre de nuestro regreso al hogar y nos reciba, entonces nos procuraremos un perro. No creamos que sea cruel tener a uno de estos animales en una vivienda urbana. Su felicidad depende principalmente del tiempo que podamos pasar con él y de las veces que pueda acompañarnos en nuestros paseos o salidas. No le importará esperar horas delante de nuestro gabinete de trabajo, si al fin le llega la ansiada recompensa que supone para él el dar un paseo de diez minutos con nosotros. Para el perro todo se resume en la amistad personal. Pero conviene meditar bien antes la responsabilidad que nos alcanza, porque la amistad con un perro fiel es firme y dilatada. Abandonarlo equivale a darle la muerte. Y pensemos también, si somos muy sentimentales, que la duración de la vida de nuestro amigo es mucho más breve que la nuestra y que es inevitable una triste separación después de diez o catorce años.

Si nos conmueven estas consideraciones, podemos encontrar otros animales que, por sus características psíquicas, no ocupen una posición tan elevada y que, por tanto, están más alejados del hombre. En relación con los problemas considerados resultan emocionalmente más baratos; mas, pese a ello, representan algo para el corazón. Puede ser un estornino, el pájaro que, entre las especies indígenas, es más fácil de tener. Un amigo mío, extraordinariamente comprensivo, acostumbraba decir que el estornino era «el perro del pobre», designación que es enteramente apropiada. En efecto, el estornino



comparte con el perro una característica muy significativa: ni uno ni otro pueden comprarse «ya formados». Raramente un perro que se adquiere adulto se podrá convertir en *mi* perro, de la misma forma que mi hijo no será enteramente mío si, por ser persona acomodada, abandono su educación a personal asalariado (amas, institutrices y preceptores). Lo que más importa es la íntima relación personal. De manera que nosotros mismos debemos alimentar y limpiar a nuestro estornino desde muy joven si queremos tener un bello ejemplar. El esfuerzo necesario no dura mucho. Un estornino necesita para su desarrollo, desde que sale del cascarón hasta que puede valerse por sí mismo, sólo unos veinticuatro días. Si lo cogemos del nido a los catorce días de edad –o lo hacemos coger, porque los buenos comercios de animales se encargan de buscar aves de edad apropiada–, lo cual ya es suficiente, toda la educación del estornino requerirá sólo un par de semanas. No es tarea pesada, pues se limita a darle de comer cinco o seis veces cada día. Se mete la comida con unas pinzas en la boca, ampliamente abierta, del pollo, de paladar amarillo, y con el mismo instrumento se cogen las pelotas de excremento por el otro lado, que aparecen cuidadosamente envueltas y no manchan. De esta forma, el nido artificial se conserva limpio y no es necesario mudar los «pañales». El nido se hace con un poco de heno, y se dispone en una caja medio cerrada, abierta sólo hacia adelante, de forma que se asemeje a un nido natural. Esta abertura anterior ha de ser capaz de permitir el paso de la mano. En un nido acondicionado de esta forma, el pollo de estornino suelta su excremento siempre hacia el lado de la luz, de manera que el nido no se ensucia, aunque el cuidador no esté presente. En caso de necesidad, pueden servir de alimento carne o corazón crudos, pan reblandecido en leche y algo de huevo duro picado; conviene añadir un poco de tierra. Cuando es posible conseguirlos, las lombrices y los «huevos» –en realidad pupas– de hormiga constituyen un alimento mejor, porque es más natural para estos animales. Pero estos alimentos especiales, más caros, sólo son necesarios para el estornino durante el período de su desarrollo juvenil. Tan pronto como puede sustentarse por sí, se le puede dar casi todo lo que come el hombre. Como dieta básica para un estornino adulto es de recomendar especialmente el salvado de trigo ligeramente humedecido, mezclado con cañamones o semillas de adormidera algo aplastadas. Con este régimen, los excrementos son secos y casi inodoros. Si, además, se coloca un poco de turba en la tabla de la parte inferior de la jaula, la presencia del ave no se notará por el olor ni en la más pequeña de las habitaciones.

Pero si hasta un estornino representa «demasiado» para nosotros, puesto que siempre necesitaremos una jaula bastante grande y preferiría uno un ave menor que, con exigencias más limitadas de espacio, tiempo y esfuerzos, satisfaga igualmente nuestros deseos de afecto personal, entonces aconsejamos que se adquiera un lugano. Es el único, de los pájaros pequeños que conozco, que no sólo se vuelve manso, sino realmente adicto de manera personal, aunque sea cogido adulto. Desde luego, muchos otros pajaritos llegan a hacerse también completamente «mansos», en el sentido que no sienten temor alguno ante la persona que los cuida: se posan sobre su cabeza o en su hombro y aceptan tranquilamente las golosinas de su mano. Este comportamiento se consigue en brevísimo tiempo con el petirrojo. Pero cuando se aprende a penetrar más en el interior de los animales, eliminando el hábito de proyectar en ellos los propios sentimientos, al imaginar, por ejemplo, que debe amar al que lo cuida porque éste lo quiere bien, se alcanza a ver, en los oscuros y misteriosos ojos del petirrojo, una sola pregunta que, desde luego, no resulta muy profunda: «¿Me das o no mi gusano?» El lugano es por completo vegetariano, come todo el día y nunca está realmente hambriento, de manera que, en el círculo de sus preocupaciones, la obtención del alimento desempeña un papel mucho menos importante que en la vida de un ave insectívora. Un gusano de la harina constituye para el petirrojo un cebo mucho más interesante que un cañamón para un lugano. Por ello, un petirrojo recientemente cogido o comprado, toma la comida de la mano antes que un lugano en las mismas condiciones, y se acostumbra también en menos tiempo a acercarse a la persona que lo cuida. Pero cuando el lugano lo hace –lo cual suele ocurrir después de algunos meses– no se mueve impulsado por la comida, sino porque desea nuestra compañía. Semejante mansedumbre sociable tiene un aliciente mucho mayor para la mentalidad humana que la mansedumbre, de



raíces «materialistas», mostrada por el petirrojo. El lugano, como ave que vive en sociedad, puede establecer vínculos personales con el que lo cuida; mas el petirrojo, que es un ave solitaria, carece incluso de aptitudes para ello, como si le faltara el órgano necesario. Naturalmente, hay muchas otras avecillas, también sociables, que transfieren al que los cuida la meta de sus instintos sociales y, criadas desde su juventud, establecen estrechos lazos afectivos con el hombre. Tanto el estornino como el camachuelo y el lugano desarrollan un afecto personal delicioso, y, a este respecto, los córvidos mayores, los loros, los gansos y las grullas compiten con los perros. Pero todos ellos deben cogerse en el nido en su temprana juventud, si se quiere convertirlos en compañeros mansos y amistosos. Ignoramos la razón por la cual el lugano constituye una excepción en el sentido de que es capaz de establecer lazos sociales con el hombre aun cuando llegue a su poder completamente crecido.

Entre los muchos seres merecedores de nuestro cuidado, y que recompensan con creces, he mencionado, por este orden, acuario, camachuelo, estornino y lugano, porque el mantenerlos exige poco esfuerzo. Pero si se dispone de más tiempo para dedicarles, se pueden encontrar docenas de especies que corresponderán a nuestro esfuerzo. Sin embargo, hemos de dar un consejo: limitemos nuestros primeros ensayos a organismos cuya manutención y cuidado sean fáciles, que no requieran cuidados extremados y que suelan conservarse sanos en cautividad.

«Fácil de mantener» es una cualidad que no tiene nada que ver con la «resistencia», y que debe distinguirse bien. «Mantener» un ser vivo, en sentido científico, es el intento de hacer que el ciclo completo de la vida de este ser se desarrolle ante nuestros ojos, en un régimen de cautividad más o menos estricto. De una manera que induce a error, se dice habitualmente que son fáciles de mantener los animales que tienen gran tenacidad vital, o, para decirlo en términos más crudos, los que tardan más en morir. Ejemplo clásico de un animal «fácil de mantener», pero que en realidad no es sino un animal de tenaz vitalidad, resistente, aunque no desprovisto de exigencias, es la tortuga terrestre, o tortuga griega. En las condiciones a que generalmente la someten sus dueños, poco peritos en los cuidados que necesita, «tarda» en morir tres, cuatro o más años, cuando, en realidad, empezó a morir desde el instante en que se inició su «cuidado». Para mantener tortugas terrestres de manera que puedan crecer, sean fecundas y se reproduzcan, deben ofrecérseles condiciones de vida que son muy difíciles de conseguir en la mayoría de la viviendas urbanas. Que yo sepa, nadie ha criado realmente a estos animales en el clima de la Europa Central.

Cuando entro en la habitación de una persona aficionada a las plantas y veo que todas ellas se desarrollan bien, sé que he encontrado un hermano espiritual. No puedo tolerar en mi habitación plantas que se mueran, aunque lo hagan lentamente. Me gustan, por su innegable vitalidad, la modesta aspidistra, el lozano árbol de la goma, el valiente filodendron; pero la más bella mata de rododendros o de ciclamen, que no medran, sino que van muriendo lentamente, llevarían el hálito de la podredumbre a mi habitación. Las flores cortadas y condenadas a una muerte rápida, con ser insoportables para mí, me molestan menos que asistir a aquella muerte prolongada.

Esta manera de pensar del biólogo puede parecer exageradamente sensiblera en relación con las plantas; mas por lo que hace a los animales, espero que el lector estará de acuerdo conmigo. La muerte de un animal inspira siempre compasión, incluso en las personas que son poco sensibles ante la Naturaleza. ¡Por Dios, no tengamos más animales que aquellos que puedan *vivir* realmente en las condiciones que podemos ofrecerles, y jamás animales que no hagan sino morir de una muerte lenta! La mayor parte de las decepciones que traen como consecuencia el que muchas personas desistan de cuidar a más animales, provienen de una elección desgraciada del primer animal que han tenido. El jilguero muerto en su jaula causa una impresión mucho más duradera que la planta marchita en su maceta, y el dueño jura, lleno de rabia, que jamás tendrá otro pájaro enjaulado. Pero si en vez de un jilguero hubiese comprado un lugano, probablemente le habría durado tres lustros. Por lo demás, son pocas las aves tan frecuentemente víctimas de los cuidados que les prodigan

los comerciantes de animales y los aficionados ignorantes como los jilgueros. Cuando una persona experta contempla el resultado de las capturas otoñales, en las jaulas de los comerciantes, a las que apenas se han acostumbrado, puede afirmar que la mayor parte de ellos están condenados a muerte, dada la calidad del alimento de que disponen. Los jilgueros, y en especial los que han sido capturados recientemente, necesitan gran cantidad de semillas pequeñas



y oleaginosas. Difícilmente intentaría empezar a cuidar una de estas avecillas sin contar de antemano con una provisión de semillas de cardos y de adormidera. El único sustituto que puede utilizarse, hasta cierto punto, son los cañamones aplastados; pero –entiéndase bien– rotos, porque el pico del jilguero es demasiado débil para partir las semillas enteras del cáñamo. Esto no lo saben muchos comerciantes, y si lo saben, no lo dicen al comprador, para no hacerle desistir de la compra, ya que presentan al pajarito como muy fácil de cuidar. El verdadero comerciante de animales, que es, a la vez, aficionado a estos seres, suele examinar al presunto comprador antes de confiarle una especie que no es fácil de mantener.

He aquí otro buen consejo, aparentemente fácil de seguir: No te metas con animales enfermos. Si quieres, caza o compra un ave sana, sácala del nido o acéptala de un criador entendido; pero no esperes nunca que llegue a tus manos casualmente un polluelo caído del nido, un corzo que se ha extraviado de su madre o una pequeña ardilla huérfana. Los seres que de esta forma llegan al hombre, en la mayor parte de los casos van ya marcados por el estigma de la muerte, o bien se hallan tan debilitados que sólo los expertos cuidados de un veterinario pueden conservarles la vida. No temamos que el procurarnos un pupilo como se debe represente algún esfuerzo de dinero, pues él nos pagará ciento por uno. Mantengámonos firmes en nuestra resolución y no nos dejemos convencer por el vendedor cuando, por ejemplo, nos dice que un zorzal será tan agradable como un estornino y llegará a ser igualmente manso. Y cuando nos ofrecen un animal manso de verdad, si pertenece a una especie sociable, sea ave o mamífero, un animal que, por tanto, ha sido manifiestamente criado desde su juventud o está acostumbrado desde largo tiempo a la compañía humana, entonces apresurémonos a aceptar, aun cuando nos cueste cuatro o cinco veces más que un huraño ejemplar de la misma especie capturado en la Naturaleza. Los atareados habitantes de las ciudades no pueden perder de vista la distribución del tiempo, tanto en relación con el horario propio como con el del animal. Si una persona abandona la casa al nacer el día y no vuelve a ella hasta después de la puesta del sol y acostumbra pasar los domingos y festivos fuera de la ciudad, no puede decirse

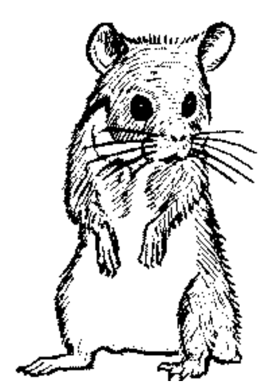
que disfrute mucho de un pájaro canoro. La conciencia de haber atendido bien al ave antes de salir de casa y el convencimiento de que ahora debe trinar maravillosamente, constituyen una recompensa o satisfacción mezquina para el ausente. Pero si, atendiendo a las expresadas circunstancias de horario, escogemos una parejita de los graciosos autillos, pequeñas lechuzas con «orejas» de plumas, o un mochuelo manso, o un pequeño mamífero, o cualquier otro animal nocturno que se levanta y empieza su día cuando uno regresa del trabajo, podremos disfrutar de su compañía y amistad. Los mamíferos pequeños suelen ser inmerecidamente menospreciados por los aficionados a los animales, quizá porque suele ser difícil procurárselos. Aparte ratas y ratones mansos, sólo se encuentran con alguna regularidad en el comercio conejillos de Indias también domesticados y que resultan igualmente aburridos. Últimamente, otra especie de roedor se ha empezado a criar con amplitud y ha pasado al comercio: es el hámster dorado, y lo recomiendo encarecidamente como entretenimiento muy eficaz para las veladas en que uno está fatigado y es incapaz de realizar grandes esfuerzos. Mientras estoy escribiendo estas líneas, un sexteto de pequeños hámsteres dorados, de tres semanas de edad, extraordinariamente graciosos, se hallan instalados en un gran cajón junto a mi escritorio, y se entregan a los más divertidos torneos, en el curso de los cuales los animalitos, rollizos y apenas del tamaño de ratones,



se voltean y chillan como si fueran a morderse peligrosamente, y luego se persiguen dando saltos salvajes a lo largo y ancho del cajón, tropezando y cayendo una y otra vez, torpes e inhábiles en su juventud. No conozco ningún otro roedor que juegue de forma tan «inteligente», a la manera de un perro o un gato, como el hámster dorado. Alegra mucho el compartir la habitación con estos animalitos tan vivarachos y que se «expresan» de manera tan graciosa y divertida.

Estoy convencido de que Dios creó el hámster dorado pensando en el aficionado a los animales que vive en la gran ciudad. Por lo menos ha reunido en esta obra maestra todas las cualidades que hacen agradable a un animal doméstico, y ha evitado cuidadosamente todas las características que pudieran resultar inconvenientes. El hámster dorado no muerde, o, en todo caso, menos que un conejillo de Indias o que un conejo casero. Sólo deben adoptarse ciertas precauciones al tratar con madres que cuidan a crías muy jóvenes, y aun tan sólo en la inmediata proximidad de los pequeños; a un metro de

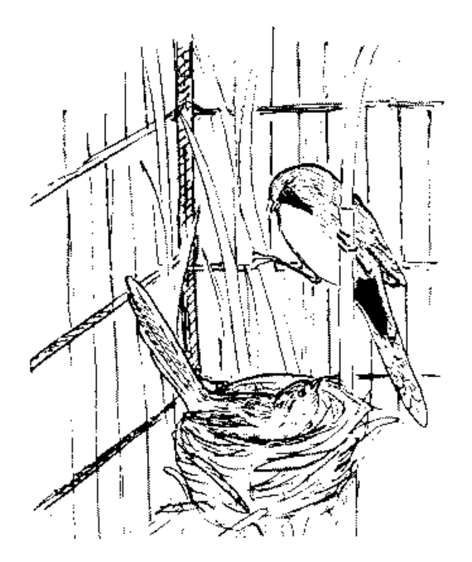
distancia del nido se las puede tocar impunemente. ¿No sería agradable tener una ardilla en la casa, si no trepara por todas partes y dejara huellas de sus dientes sobre todo lo que está al alcance de los mismos? El hámster dorado no trepa, y es tan poco aficionado a roer, que se puede dejar suelto por la habitación sin temor a que cause daños.



Por añadidura, es un animal de aspecto graciosísimo, con la cabeza gruesa y los ojos grandes, que contemplan el mundo con mirada inteligente, hasta el punto de que parece más «juicioso» de lo que realmente es. El color y dibujo del pelaje, en los colores dorado, blanco y negro, resulta armonioso, pese a su viveza. Sus graciosísimos movimientos nos incitan repetidamente a la risa cuando se aproxima vivaracho sobre sus cortas patitas o cuando, súbitamente, se yergue como si fuera una estaca clavada en el suelo, para explorar en la dirección del presunto peligro con las orejas levantadas y los ojos muy abiertos.

Sobre la mesa, en el centro de mi cuarto, cerca del escritorio, tengo un pequeño y sencillo terrario, que es la célula original de mi cría de hámsteres dorados y del que cada seis semanas, con la regularidad de un calendario, sale una carnada de jóvenes hámsteres dorados para ocupar uno de los cajones más espaciosos, que pronto no cabrán ya en la habitación. En dicho terrario habita la madre con los pequeños de la última carnada. Los aficionados presuntuosos, que gustan de animales raros y difíciles de criar, podrán reírse tal vez de que me contente con un animal tan barato y que puede ser cuidado eficazmente por un niño de cinco años. Pero yo no miro el precio de un animal o la dificultad de su cría. Desconozco el orgullo de muchos entusiastas en aves o peces, interesados precisamente en aquellas especies que son más difíciles de criar o mantener. Para mí es más importante lo que puede verse en el animal, y, desde este punto de vista, el más modesto de todos los animales domésticos puede superar a muchos otros animales sumamente apreciados por la afición. Esto quiere decir que me hace meditar más profundamente el pequeño terrario de los hámsteres dorados que una jaula que está en la misma dirección, aunque algo más lejos, y que contiene lo más valioso y raro que ahora puede ofrecer mi estudio: una pareja de bigotudos que está incubando tres huevos.

En efecto, suelo mantener animales más exigentes, de forma que desarrollan todo su ciclo vital ante mis ojos y en mi habitación. Sólo el que ha sido capaz de criar bigotudos dentro de una estancia –o de otra proeza semejante– puede sonreírse ante mis sencillos hámsteres dorados y mi afición a ellos. Pero en tal caso habrá aprendido lo bastante para no reírse ni de ellos ni de mí.



La persona experta en el arte de mantener animales puede sentirse incitada a emprender alguna empresa bastante ardua, simplemente por el estímulo, que da la dificultad a todas las empresas. Para el verdadero técnico, estos alardes constituyen una fuente valiosa de experiencia; pero el principiante hará bien en pensar que semejantes empresas se convierten fácilmente en una tortura para los animales. Tales intentos de criar animales muy sensibles carecen de la justificación moral que la investigación científica presta a experimentos de este tipo; cuando se hacen por puro pasatiempo, siempre tienen algo éticamente dudoso. El más experimentado cuidador de animales, antes de acometer la empresa de mantener a un organismo muy exigente, debe pensar que no sólo ha de ajustarse a la ley escrita, sino también a la no escrita, la cual pide que no se prive al animal prisionero de lo necesario para su bienestar psíquico y corporal. En el primer entusiasmo que despierta la belleza y los encantos de un nuevo animal, se ahogan irreflexivamente con demasiada frecuencia estos deberes. El entusiasmo desaparece, pero la responsabilidad permanece, y antes de que uno se aperciba de ello, se encuentra con una pesada carga, de la que no es fácil liberarse. Una vez, en un pequeño fontín de mármol de nuestra glorieta, tuve durante más de un año a dos zampullines, pequeñas aves acuáticas de interesante comportamiento y encantador aspecto. Estas aves se hallan especializadas en alto grado para vivir en el agua, son incapaces de tenerse de pie en el suelo, y si quieren correr, sólo pueden hacerlo de manera inhábil y como a golpes. Normalmente, jamás acuden a tierra si no es para criar. Este conjunto de características aumentaba el encanto de tenerlos en el recinto descrito. Acostumbrados a vivir allí y ya mansos, sin necesidad alguna de rejas, permanecían voluntariamente en la superficie del pequeño estanque, constituyendo un adorno excepcional y precioso. Tan deliciosas aves tienen la poco apreciable costumbre de comer sólo peces cuya longitud esté comprendida entre 4 o 5 cm como máximo y 2 cm como mínimo. Si les faltan los peces no bastan para detener los efectos del hambre unos cuantos gusanos de la harina y un poco de verdura que picotear. A pesar de los grandes tanques con agua corriente que había instalado en el sótano para conservar los pececillos y de que, por entonces, no tenía dificultades económicas, llegaba a ser enervante la preocupación constante de alimentar a mis zampullines. Más de una vez, durante el invierno de aquel año, recorrí desesperado todas las pescaderías, y con la misma obsesión fui a romper el hielo de todos los charcos cercanos al Danubio que parecían prometer algunos

peces, con el fin de evitar la muerte de mis zampullines. No podía decidirme a prescindir de mis «cisnes de salón»; pero respiré más tranquilo, a la vez que lo sentí, cuando, un bello día de verano, mis dos zampullines se marcharon volando por la ventana abierta.



*

Las aves que revolotean asustadas en su jaula constituyen uno de los peores tormentos para los nervios. Compra uno un pinzón común, bonito y buen cantor. No sólo desea oírlo, sino también disfrutar de su vista, y, por tanto, saca la cubierta de tela que su dueño anterior, un experto aficionado, había cosido sobre la jaula. El pájaro no se altera por ello y canta como antes; pero sólo mientras permanece uno sin moverse. Si uno desea trasladarse de un sitio a otro, debe hacerlo despacio y con toda clase de precauciones, porque, de lo contrario, el pájaro se precipitaría con tal furia, que pondría en serio peligro su plumaje y la piel de su cabeza. Piensa uno que ya se acostumbrará y que se volverá manso, pues en el libro de Brehm se advierte simplemente que debe uno evitar los movimientos demasiado vivos. Ahora bien, la *Vida de los animales,* de Brehm, es uno de los libros más preciosos para las veladas familiares; mas, por desgracia, no es buen consejero sobre las especies de



aves adecuadas para tener en el hogar. Su entusiasmo por el mundo alado hace que considere a casi todos los pájaros como ideales aves de salón, pese a que, a este respecto, hay considerables diferencias entre unas y otras especies. El pinzón no llega a encontrarse cómodo. Son contados los pinzones

que se han llegado a acostumbrar a los movimientos espontáneos de un ser humano. ¿Puede imaginarse uno lo que representa, durante semanas y semanas, refrenar todos los movimientos un poco rápidos dentro de la habitación? ¿Se imagina uno lo que significa no atreverse a mover una silla, ante el riesgo de que el estúpido inquilino se puede estropear las plumas de la frente que acaba de mudar? Cualquier movimiento nos lleva a dirigir la mirada hacia la jaula, temerosos de que se reanude el infernal aleteo.

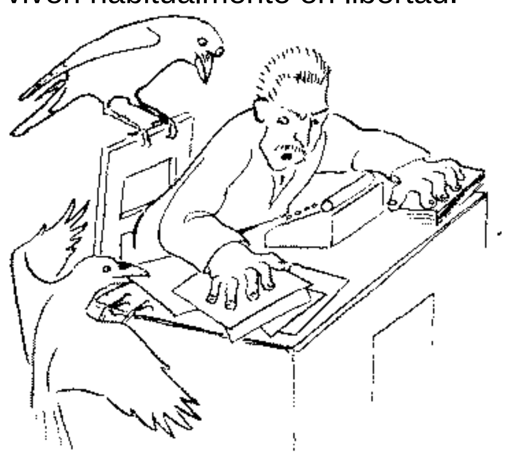
La citada *Vida de los animales* tampoco menciona la lamentable costumbre de muchas aves emigrantes, que, al tiempo de la emigración, revolotean por la noche. Aunque la jaula tenga el acostumbrado techo blando, de forma que el ave no puede dañarse, esta agitación nocturna no sólo constituye un tormento para el pájaro, sino también para la persona que duerme en la misma habitación. El ave no se precipita contra las rejas con un vuelo resuelto y directo, sino que permanece simplemente despierta, y su inquietud y deseo de moverse lo impelen una y otra vez a emprender el vuelo desde el barrote donde está posada. Puesto que no ve nada en la oscuridad, choca ciegamente contra la jaula. El único remedio para evitar la agitación nocturna consiste en dejar encendida una lámpara eléctrica junto a la jaula. Basta que sea de poca potencia, lo suficiente para que, a su resplandor, el pájaro vea los barrotes y la tela de la jaula. Desde que encontré esta solución, las currucas no perturban ya más el reposo nocturno ni la tranquilidad.

Jamás podría aconsejar lo bastante al presunto aficionado a los pájaros acerca de que no subestime la intensidad sonora del canto de un ave, que en la Naturaleza puede sonar suave y dulcemente. Cuando un tordo o un ruiseñor macho da rienda suelta a su canto en el interior de una habitación, empiezan a vibrar los cristales de las ventanas, y el servicio del café danza sobre la mesita. Las currucas, los zarceros y la mayor parte de los fringílidos no resultan demasiado ruidosos para la habitación; el pinzón puede poner nervioso como máximo con la eterna repetición de su motivo. Además, bueno será desaconsejar a las personas nerviosas cualquiera de las aves que no disponen más que de una sola estrofa, que no saben variar nunca. No comprendo cómo hay personas que pueden aguantar a un macho de codorniz y que, además, gustan de su «pic-per-vic» y, precisamente, lo conservan por su canto. Imagínense tres páginas de este libro repitiendo constantemente las sílabas «pic-per-vic», como buena expresión de lo que es el canto de la codorniz. Por encantador que resulte cuando es escuchado en plena Naturaleza, dentro de las habitaciones produce el efecto, por lo menos a mí, de un disco de gramófono estropeado, en el cual la aguja salta una y otra vez al mismo surco.

Pero lo que más ataca los nervios es el sufrimiento de los animales. Por esta única razón, y aun prescindiendo de otros motivos éticos más importantes, debe aconsejarse encarecidamente el que se tengan sólo especies que se puedan conservar sanas de manera fácil y con suficiente garantía. Un papagayo tuberculoso trae a la casa una atmósfera similar a la que pesa sobre la familia en que hay un deudo a punto de morir. Si, pese a todas las precauciones, un animal enferma de manera incurable, no debe dudarse en hacerle la merced que el médico, en un caso análogo, no debe dispensar jamás al paciente humano.

La capacidad de sufrir en los seres vivos guarda relación con su grado de desarrollo psíquico, afirmación que puede aplicarse especialmente al sufrimiento psíquico. Un animal relativamente estúpido, como un ruiseñor, una curruca o un hámster, no sufre tanto psíquicamente al estar sometido a un estrecho cautiverio; en todo caso, sufre muchísimo menos que una especie psíquicamente superior, como un córvido, un gran papagayo o hasta un meloncillo, por no mencionar a un prosimio o a un mono. Si uno desea conocer realmente a un animal de facultades desarrolladas, hay que dejarlo en libertad de vez en cuando. Este «permiso» temporal para salir de la jaula parece a primera vista que, en comparación con el confinamiento perpetuo, no supone mejoría sensible en la condición del animal. Sin embargo, representa mucho para el bienestar psíquico del mismo. En relación con el confinamiento constante, viene a ser comparable a la incalculable diferencia que existe entre un obrero ligado a su fábrica y un recluso.

¿Dejar en libertad? ¿No escaparán inmediatamente, como «animales montaraces» que son? No; precisamente los animales dotados de mayores facultades, para los que el permanecer constantemente enjaulados representa un mayor sufrimiento, no lo hacen. Todos los animales, exceptuando los más inferiores, son «animales de costumbres», y por nada del mundo cambian su acostumbrada vida. Precisamente un animal al que se concede de pronto la libertad, después de larga prisión, volvería a su jaula si encontrara el camino. Pero la mayor parte de los pajaritos son demasiado estúpidos para ello. Si uno de mis colirrojos o bigotudos saliera al exterior por la ventana abierta, no sabría encontrar, desde luego, el camino de vuelta. Sólo las avecillas capaces de valorar bien sus sensaciones espaciales, como el gorrión y el avión zapador, aprendían con rapidez a utilizar las diferentes puertas y ventanas de nuestra casa. Estas avecillas mansas y libres están amenazadas, debido a su excesiva confianza, por peligros mayores que los que acechan a los individuos de las mismas especies que viven habitualmente en libertad.



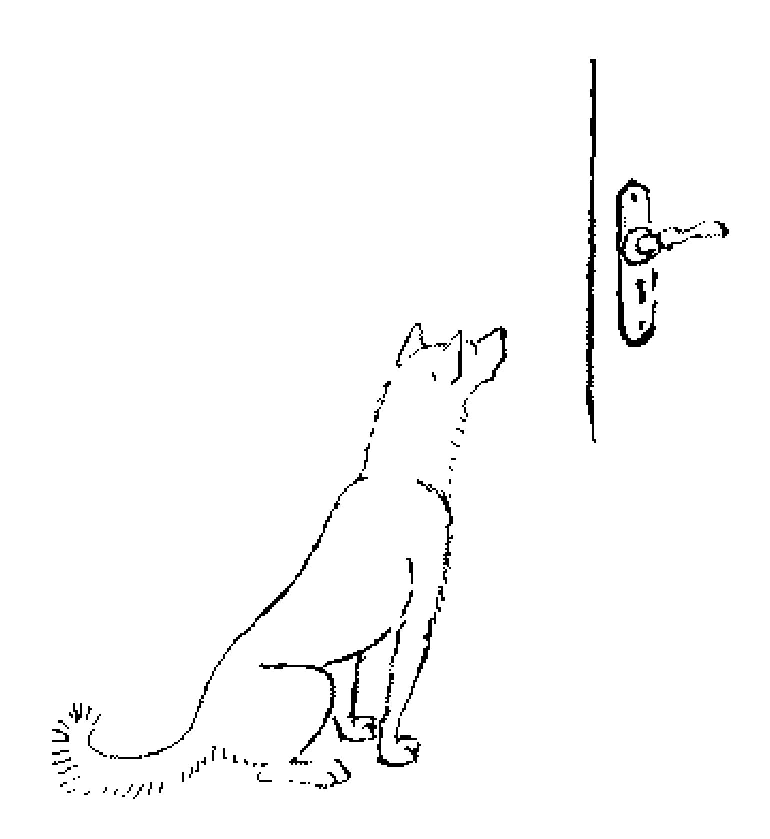
La creencia según la cual un meloncillo, una zorra o un mono, realmente mansos, deberían intentar recuperar su «dorada libertad» si fueran dejados a su albedrío, es sólo un falso antropomorfismo. Los animales no desean escaparse, sino sólo salir de la jaula. Por tanto, no hay dificultad alguna en lograr que no huyan los cuervos, meloncillos, maquis mogoz o monos capuchinos. Lo único que se ha de prever en estos casos es que los animales no perturben el trabajo ni el descanso. Estoy acostumbrado, desde hace

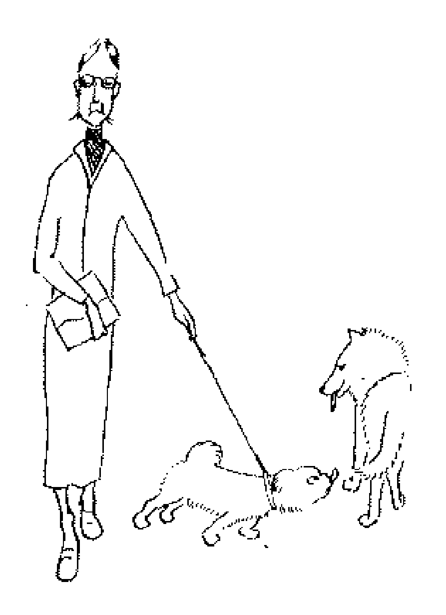
décadas, a trabajar en presencia de animales vivos y de niños. A pesar de todo, me molesta el que un cuervo intente llevarse las hojas de mi manuscrito, o que un estornino, aleteando, haga volar los papeles de mi mesa, o un mono capuchino emprenda experimentos, a mis espaldas, con algo frágil, de manera que he de estar preparado a oír en cualquier momento el sonido de objetos que chocan y se rompen.

Cuando me enfrento con mi máquina de escribir, deseo que todo lo que se mueve o vuela esté recluido en sus respectivas jaulas. Precisamente los animales dotados de facultades superiores, que son los que dan más importancia al privilegio de poder salir de sus jaulas, pueden ser adiestrados muy bien para que vuelvan a sus jaulas cuando se les ordene (a excepción de los meloncillos). Después de haber dado la temida orden, casi se arrepiente uno de ello, porque el animal que, silencioso y portándose bien, vuelve a la jaula, emplea luego todos los medios a su alcance para conseguir que la orden sea revocada, lo cual, desde luego, sería totalmente desastroso desde el punto de vista pedagógico. Pero el pobre animal, otra vez muerto de aburrimiento en su jaula, casi le pone a uno más nervioso que antes, cuando se movía libremente. Viene a ser como cuando uno permite a su hijita que permanezca en el gabinete de trabajo, siempre que no hable ni moleste de ninguna forma. La lucha interior entre el deseo de portarse bien y el ansia de preguntar algo se refleja dramáticamente en la carita del niño, y es una de las cosas más emocionantes que puede ofrecer una hijita; pero entorpece más la buena marcha del trabajo que una horda entera de estorninos, cuervos y monos.

A este respecto, mi perra de pastor «Tito» tenía una especial habilidad para ponerme nervioso. Era uno de aquellos perros exageradamente fieles que puede decirse no tienen vida privada, sino que sólo viven con y para su dueño. Permanecía tendida junto a mí, aunque yo me pasara horas enteras en mi escritorio. Era demasiado prudente para llamar mi atención gimiendo o de alguna otra manera. Sólo me miraba. Y la mirada de sus ojos de ámbar, en los que se leía la pregunta: «¿Cuándo vas a sacarme, cuándo?», era como la voz de la conciencia y atravesaba recios muros cuando la había hecho salir fuera de la habitación, pues sabía que entonces permanecía ante la puerta de la casa, con la misma mirada, esa mirad a de los ojos de ámbar, fija ahora en el picaporte de la puerta.

Mientras releo este capítulo, y especialmente estas últimas páginas, estoy temiendo haber recargado la nota sobre el lado negativo y sombrío de la empresa de tener animales vivos, con lo cual tal vez haya disuadido al lector de que adquiera uno. Deseo que se me entienda bien si he insistido tanto en que no se deben tomar como pupilos ciertos animales, lo he hecho sólo por temer que una decepción o una experiencia enervante con el primer pupilo pudiera ser la causa de una amargura y de que, al fin, estropearan la afición más noble, bella y rica en enseñanzas. Tomo muy en serio la misión de despertar en el mayor número posible de personas una profunda comprensión por las maravillas de la Naturaleza, tan dignas de nuestro respeto y veneración. Comprendo que soy un fanático en mi afán de conseguir prosélitos. Y si alguien que haya tenido la paciencia de seguir leyendo hasta aquí se siente tentado de instalar un acuario o de comprar una pareja de hámsteres dorados, probablemente habré ganado un nuevo prosélito para una buena causa.





LA COMPASIÓN HACIA LOS ANIMALES

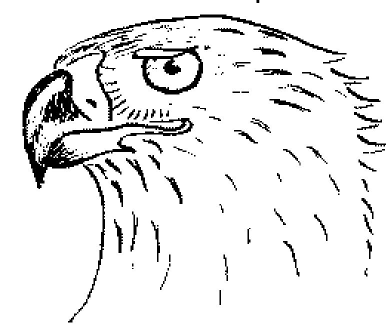
Cuando uno presta atención a las reacciones del público que visita un parque zoológico, advierte el despilfarro de una piedad sentimental, en la conmiseración que despiertan animales que se encuentran perfectamente, mientras que casi nadie se da cuenta del verdadero sufrimiento, que también existe en la mayor parte de los jardines zoológicos. La gente se inclina particularmente a manifestar su compasión por aquellos animales que, por desempeñar un papel importante en la literatura, evocan recuerdos emotivos, como el ruiseñor, el león o el águila.

No necesito añadir nada a propósito del ruiseñor, para el cual vale lo que se ha dicho en general a propósito de todos los pajaritos sin grandes aptitudes psíquicas. El macho enjaulado y solo, «sufre», naturalmente, hasta cierto punto, aunque no mucho, a causa de que su canto no atrae a ninguna hembra de su especie; pero esto también puede ocurrirle en plena Naturaleza.

Por lo que se refiere al «rey de los animales», sufre mucho menos en cautividad que la mayor parte de las restantes fieras comparables con él por sus cualidades psíquicas. Y la razón de ello es que el león tiene menos necesidad de moverse. Dicho más claramente: el león es un consumado holgazán, el más perezoso de todos los animales de presa. En plena Naturaleza recorre a veces grandes trayectos en sus cacerías; pero lo hace sólo impulsado por el hambre, no por tendencia natural. Raras veces veremos a un león cautivo moviéndose nerviosamente de un lado a otro de su recinto, como hacen las pobres zorras y lobos en las mismas condiciones, durante horas y horas. Si en alguna ocasión ha acumulado las suficientes ganas de moverse para decidirse a pasear de un lado para otro –lo cual, dicho sea de paso, sólo ocurre en las jaulas muy pequeñas–, los movimientos del león tienen más bien el carácter de un tranquilo paseo para ayudar la digestión, que el del ciego y loco impulso que mueve a los cánidos a dar rienda suelta a su poderoso instinto de correr. Cuando, en el parque zoológico de Berlín, se construyó un gran recinto al aire libre para los leones, con arena de desierto y acantilados amarillos, una instalación tan cara resultó desprovista de sentido. El mismo resultado se habría obtenido montando un diorama con leones disecados: tal era la indolencia con que estos animales yacían perpetuamente en su romántico escenario.

¿Y qué decir de las águilas? Lamento tener que destruir las fabulosas ilusiones que existen sobre esta magnífica ave, en aras de la verdad; pero lo cierto es que todas las aves de rapiña son animales muy estúpidos comparados con los pájaros canoros o los papagayos. Por cierto que el águila real, el «águila» de nuestras montañas y de nuestros poetas, es una de las más estúpidas, más aún que cualquier ave de corral.

Todavía me acuerdo de la decepción que experimenté con mi primera y única águila, un águila imperial que estaba en venta en una colección ambulante de animales y que compré por sesenta shillings. Era una hembra maravillosamente bella, que casi había adquirido el color definitivo, lo cual indicaba que tenía varios años de edad. El ave era completamente mansa, y saludaba al que cuidaba antes de ella y, más tarde, a mí, con unos raros movimientos afectuosos, consistentes en girar la cabeza de manera que su parte superior se dirigía hacia abajo, de forma que el terrible gancho de su pico se orientaba hacia arriba. Simultáneamente, emitía unos sonidos tan suaves y bajos, que habrían sido dignos de una tórtola; por lo demás, debo añadir que era un verdadero corderito comparado con una tórtola. Si la compré, fue porque deseaba adiestrarla para la caza, como hacen los kirguises y otros pueblos

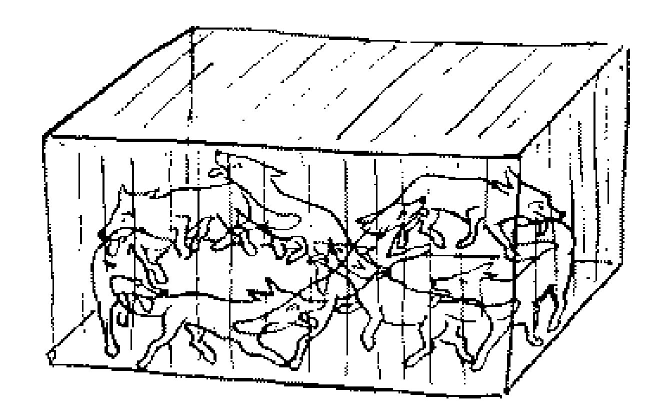


desde la más remota antigüedad. Naturalmente, no me hacía la ilusión de alcanzar grandes éxitos deportivos en el noble arte de la cetrería; mas, por lo menos, esperaba reunir observaciones sobre la caza y la manera de capturar la presa de una gran ave de rapiña, aunque tuviera que emplear conejos caseros como presa. El plan fracasó, porque mi águila, aunque pasara hambre, nunca quiso causar daño alguno a los conejos del experimento.

Pese a que estaba sana y robusta y su plumaje era impecable, no se mostraba muy aficionada a volar. Tanto las grajillas como las cacatúas o las águilas ratoneras vuelan por gusto, disfrutan juguetonamente del dominio de sus facultades. Muy distinta era la conducta de esta águila. Volaba sólo cuando había corrientes ascendentes favorables sobre nuestro jardín, de forma que podía permanecer en el aire sin esfuerzo muscular, y aun entonces sólo daba vueltas sin elevarse a gran altura. Si quería descender, por lo regular no sabía encontrar su hogar. Daba vueltas desorientada para tomar tierra, finalmente, en cualquier lugar de los alrededores. Allí permanecía, desdichada y tímida, aguardando que fuera a buscarla. Quizás alguna vez hubiera aprendido a volver; pero el gran animal era tan impresionante, que siempre me llamaba alguien en seguida por teléfono diciéndome que el águila estaba acá o allá sobre un tejado. Allí tenía que ir yo, y, para colmo, a pie, porque al estúpido animal le asustaba mucho la bicicleta. ¡Cuántos kilómetros he recorrido de esta

forma y por esta causa! Puesto que no deseaba prolongar tal situación, acabé por regalar el ave al parque zoológico de Schónbrunn.

La gran pajarera para aves de rapiña del parque de Schónbrunn, reconstruida hace poco, satisface plenamente las necesidades de espacio y de movimiento de un águila. Si uno pudiera entrevistarse con una de estas aves y se le preguntara lo que desea o sobre lo que tiene quejas, tal vez respondería de la siguiente manera: «Aquí sufrimos especialmente por exceso de población. Tan pronto como yo o mi pareja llevamos una rama a nuestro nido en construcción, viene uno de estos asquerosos buitres y se la lleva. También me pone frenética la vecindad de las águilas marinas: son más robustas que nosotras y muy arrogantes. ¿Y qué decir del gran cóndor, ese repugnante avechucho? No nos quejamos de los cuidados; quizá comemos demasiada carne de caballo; me gustaban más los animales menores, como conejos, con huesos y pellejo.» No expresaría nostalgia por su dorada libertad perdida.

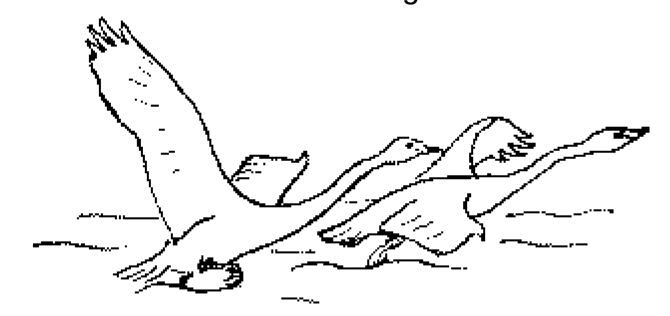


¿Cuáles son los animales realmente miserables y dignos de lástima en cautividad? Esta pregunta ha sido ya parcialmente contestada en el capítulo anterior. En primer lugar, todos aquellos seres de características psíquicas superiores para los cuales la estrechez de una jaula no puede satisfacer su activa curiosidad ni sus deseos de moverse.

Luego, y también de manera muy principal, todos aquellos que se hallan bajo el dominio de algún fuerte instinto que no se puede desarrollar en cautividad. Esto es especialmente notorio, incluso para los profanos, en los animales que recorren largas distancias cuando están en libertad y que, por tanto, sienten irrefrenables impulsos de cambiar de sitio. Las zorras y los lobos, en muchos jardines zoológicos anticuados, están encerrados en jaulas demasiado pequeñas para que en ellas puedan dar rienda suelta a su instinto de correr. Éstos son, sin duda, los animales más dignos de lástima de entre los huéspedes de los parques zoológicos.

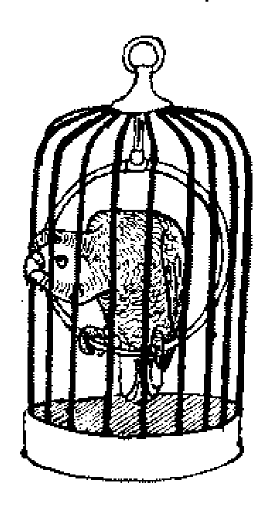
Un espectáculo que despierta especialmente la compasión del experto, aunque apenas sea notado por la mayoría de los visitantes, es el que ofrecen los cisnes cantores al tiempo de la migración. En los parques zoológicos se acostumbra inutilizar permanentemente para el vuelo a éstas y a otras aves acuáticas, amputándoles una mano. Las aves no se dan cuenta de que ya no pueden volar y lo intentan una y otra vez. Yo nunca puedo sufrir semejante amputación de las aves acuáticas; la falta de la punta de una de las alas y el

mal aspecto que el ave presenta en cuanto las abre, me echan a perder cualquier satisfacción que pudiera producirme la contemplación de las aves, incluso de las especies que no sufren psíquicamente por la citada amputación. Los cisnes cantores se hallan generalmente en este caso, y dan señales de



encontrarse bien si se les proporcionan los cuidados necesarios, ya que crían normalmente a sus pequeños. Pero al tiempo de la migración, las cosas cambian. Las aves manifiestan repetidamente la tendencia a acudir nadando hacia el lado del estanque opuesto al lugar de donde sopla el viento, a fin de poder disponer de toda la superficie líquida para emprender el vuelo. Una y otra vez se oyen sus sonoras invitaciones al vuelo, y tan grandes preparativos acaban siempre en un lamentable aleteo de miembro y medio. Es un espectáculo verdaderamente deplorable.

Dada la organización habitual de los parques zoológicos, peor aún es la suerte de los animales psíquicamente más excitables, de los que ya he tratado al referirme a los animales que cargan los nervios de su dueño. Raras veces estos animales despiertan la compasión del visitante del zoo, y mucho menos cuando cualquiera de estos seres, originalmente dotado de gran actividad e inquietud psíquica, queda convertido, como consecuencia de una cautividad demasiado rigurosa, en un pobre demente, en una imagen deformada de su prístina condición. Jamás he notado expresión alguna de compasión entre el público que se agolpa ante las pequeñas jaulas de los grandes papagayos. Las viejas solteronas sentimentales, las fanáticas de las sociedades de protección a

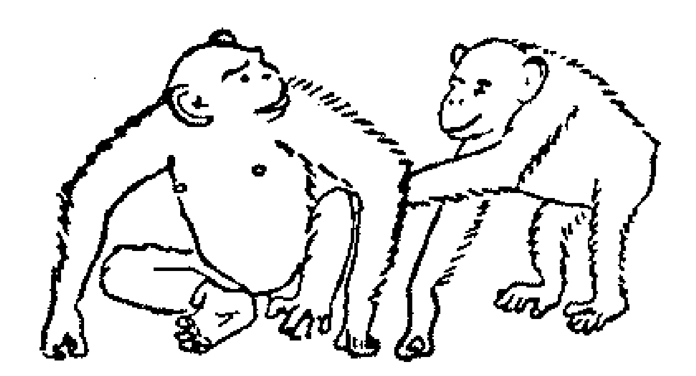


los animales, raramente ven nada malo en tener un loro gris, una amazona o una cacatúa en una estrecha jaula o atado a una percha. Precisamente estos grandes papagayos no sólo poseen notables facultades psíquicas, sino que, además, son muy excitables, tanto física como psíquicamente. Quizá sean, junto con los grandes córvidos, las únicas aves que sufren el tormento del

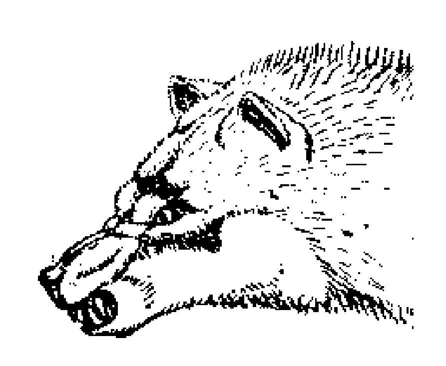
aburrimiento, lo mismo que el hombre prisionero. Pero nadie se compadece de tan desgraciados animales, encerrados en sus estrechas jaulas cilindricas o acampanadas. Su compasiva dueña, falta de toda comprensión, cree que el ave saluda cuando repite la ligera inclinación, último residuo estereotipado que le queda de los desesperados movimientos con los que al principio intentaba escapar de su estrecha prisión, y que venían a representar un intento de emprender el vuelo. Si liberamos de su prisión a uno de estos desgraciados animales, suelen transcurrir semanas y hasta meses hasta que se atreve a volar de nuevo.

Pero los más desgraciados en el confinamiento de sus estrechas jaulas son los monos, y, en especial, los grandes monos antropomorfos. Quizá sean los únicos animales cautivos cuyo sufrimiento psíquico tiene manifestaciones físicas serias y apreciables. Los monos antropomorfos llegan a morir literalmente de aburrimiento, de un modo especial cuando se encuentran encerrados en una jaula demasiado estrecha. Esta y no otra razón es la que explica por qué los monos jóvenes prosperan y crecen maravillosamente bien, mientras se hallan en posesión de particulares, o sea, mientras pueden mantener «vínculos familiares», y, en cambio, empiecen a desmedrarse tan pronto como, por ser demasiado grandes y peligrosos, han sido trasladados a las jaulas del parque zoológico más próximo. Esto le ocurrió a mi mono capuchino «Gloria». No es exagerada mi afirmación de que la adecuada manutención de los grandes monos sólo pudo iniciarse en cuanto se aprendió a evitar los sufrimientos psíquicos de la cautividad. Precisamente ahora tengo al alcance de mi mano el maravilloso libro de Robert Yerkes sobre los chimpancés. Es el autor que mejor conoce a estos monos, y, según él, la higiene mental es tan necesaria por lo menos como la higiene física para mantener sanos a estos seres que figuran entre los animales menos alejados del hombre. La conclusión es obvia: el tener a los monos antropomorfos aislados en jaulas demasiado estrechas, como aún se hace en tantos parques zoológicos, es una crueldad que debería estar prohibida por las leyes.

En su gran estación para los grandes antropoides de Orange Park, en Florida, Yerkes mantiene desde hace decenios una colonia de chimpancés que se ha multiplicado profusamente y donde los monos viven tan contentos como mis currucas en su pajarera, y, desde luego, mucho más felices de lo que vivimos tu o yo, querido lector.



LA MORAL Y LAS ARMAS



Muy temprano, un domingo de principios de marzo, cuando en el aire se advierte ya un anticipo de la Pascua, paseamos por nuestros bosques de Viena, a través de un hayedo de elevados troncos. No creo que haya bosques más bellos en parte alguna, y que se les aproximen en belleza, en contados lugares. Nos aproximamos a una pradera o claro entre el bosque. Las columnas lisas y elevadas de las hayas ceden su puesto a los ojaranzos, enteramente cubiertos de follaje, que constituyen la linde del bosque, y avanzamos más despacio y aguzando la atención. Antes de atravesar los últimos arbustos y de salir de nuestra cobertura para pisar la despejada superficie del prado, hacemos lo que hacen en tal punto y coyuntura todos los animales salvajes y todos los buenos conocedores de los animales, sean jabalíes, leopardos, cazadores o zoólogos: antes de abandonarla, procuramos sacar de la vegetación que nos tapa, la última ventaja que puede ofrecer tanto al cazador como al perseguido, o sea, la ventaja de otear permaneciendo oculto.

Esta antiquísima estrategia tiene también éxito en la presente ocasión, pues vemos a los seres que todavía *no* se han dado cuenta de nuestra presencia, ya que el viento sopla hacia nosotros. En el centro del pradito reposa una liebre grande y rolliza. Nos da la espalda, y sus orejas tienen la forma de una gran V. No cabe duda de que vigila y husmea algo que se encuentra en el borde del pequeño prado opuesto al lugar donde estamos. Pronto se deja ver allí una segunda liebre, igualmente corpulenta, que se acerca a la primera dando saltos dignos y pausados. Primero se saludan de forma mesurada, como dos perros que se ofrecen ceremoniosamente sus respetos. Pronto el saludo se convierte en un curioso y rápido movimiento giratorio: ambas liebres corren describiendo círculos pequeños, persiguiéndose, cada una de ellas con la cabeza pegada a la cola de su compañera. Y, de pronto, la tensión acumulada estalla en lucha abierta de la misma forma que suelen empezar las guerras, cuando se han



prodigado y han durado tanto las jactancias y amenazas, que ninguno de los antagonistas cree que su contrario se atreverá a ponerlas en práctica. Las liebres están erguidas sobre las patas posteriores, frente a frente, y se golpean furiosamente una a otra con las patas anteriores. Luego saltan una sobre otra

y, gruñendo y chillando, se dan de golpes en forma rotunda y decisiva con las patas posteriores; es una maniobra tan rápida, que no puede uno darse cuenta claramente de la mecánica de este movimiento sin contar con la ayuda de la cámara cinematográfica lenta. Por el momento cesan en su ataque directo y vuelven a perseguirse en círculos, como al principio; pero ahora mucho más rápidamente. Sigue de nuevo la acción directa, pero más violenta aún. Tan absortos se hallan ambos campeones, que puedo acercarme mucho, junto con mi hijita, a pesar de que no dejamos de hacer algún ruido. Cualquier liebre normal y sensata se habría dado cuenta de nosotros haría rato; pero las liebres andan un poco locas en el mes de marzo, como es sabido, y en inglés ha llegado a ser proverbial: «Estar loco como una liebre en marzo.» El torneo entre las liebres es tan cómico que mi hijita, pese a estar enseñada a permanecer silenciosa mientras observamos los animales, no puede retener un pequeño asomo de risa. Aquello es ya demasiado, incluso para liebres en el mes de marzo; ambas escapan en direcciones opuestas, y la pradera queda solitaria. Pero en su centro revolotea aún, como si fuera una semilla de sauce, un gran copo de pelo.

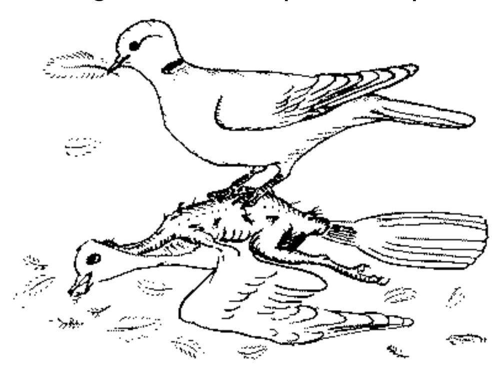
Este duelo entre animales inermes, esta furia rabiosa desencadenada entre animales generalmente apacibles, no sólo resulta cómico, sino hasta enternecedor. ¿Pero es que las liebres son, en realidad, de ánimo tan apacible como nos las figuramos? Si uno ha visto en un parque zoológico dos águilas, leones o lobos, enfrentarse de manera parecida, no le habrán entrado precisamente ganas de reír. Y, sin embargo, en semejantes casos nunca suele ocurrir algo más grave que entre las liebres. La mayor parte de las personas están acostumbradas a emplear una escala ética totalmente inadecuada al enjuiciar a los animales de presa y a los vegetarianos. En las fábulas, «los animales» son representados como formando una especie de sociedad comparable a la humana, como si todos ellos fueran seres de una misma especie, lo mismo que nosotros los hombres. Por tanto, el que un animal mate a otro animal, se equipara al asesinato dentro de la sociedad humana. Cuando la zorra caza una liebre, esta acción no se equipara a la de un cazador humano que caza a una liebre por motivos parecidos, sino más bien a la de un guarda jurado que, para procurarse la cena, acostumbrara tirar sobre los campesinos. El «malvado» animal de presa lleva el estigma del criminal. ¿Y por qué lo llamamos *animal de rapiña* y no simplemente *animal cazador!* La misma expresión usual implica ya un falso criterio ético antropomórfico, pues los conceptos de «rapiña» y «asesinato» se refieren sólo al proceder con otros seres humanos, con seres de la misma especie. Y la verdad es que, con los de su misma especie, la mayor parte de los animales de rapiña se comportan de manera tan sociable y decente como los inofensivos vegetarianos. ¿Tanto? Pues sí. Veámoslo con más detalle.

Pero antes vamos a explicar otra historia.

Al parecer, una querella entre tórtolas debería sermucho más inofensiva que un torneo entre liebres. Los delicados golpes dados con un frágil pico, los suaves manotazos de las blandas alitas no infunden temor, y no se puede esperar que causen heridas serias. Para mis estudios deseaba cruzar la tórtola africana con la indígena –ésta, más delicada que aquélla–, y, a tal fin, puse juntas, en una jaula espaciosa, una tórtola mansa, que había criado desde su juventud, con

una hembra de tórtola africana. Los pequeños roces iniciales entre los dos enamorados en cierne no me preocuparon en absoluto. ¿Cómo podían causarse daños estos símbolos del amor y de la dulzura?

Me marché a Viena sin excesivas preocupaciones. Cuando regresé al día siguiente, se ofreció a mis ojos un espectáculo impresionante. El macho estaba tendido en un rincón de la jaula: la nuca, parte superior del cuello y todo el dorso, hasta la raíz de la rabadilla, no sólo habían sido totalmente desplumados, sino que aparecían tan desollados, que su conjunto formaba una extensa herida. En el centro de la misma, como un águila sobre su presa, estaba la otra «pacífica» tórtola. Con su bondadoso semblante, que hace tan simpáticas estas aves al observador que se fia de su cara en términos humanos, la bestia picoteaba sin cesar la llaga de su compañera, que se



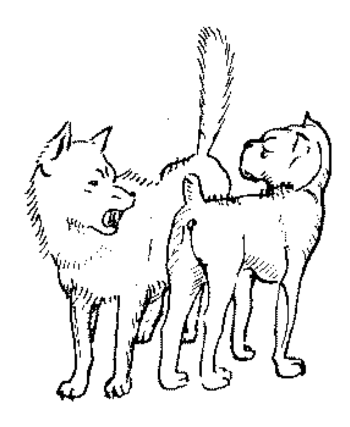
hallaba literalmente a sus pies. Si intentaba levantarse, para escapar con las últimas fuerzas que le quedaban, la otra no le daba reposo, y con las suaves alitas la derribaba y proseguía implacable su tarea de matarla lentamente, a pesar de que el verdugo estaba ya tan cansado que apenas podía mantener abiertos los ojos. Exceptuando algunos peces que en sus luchas se desuellan de la misma forma, jamás he visto heridas tan horribles infligidas por un vertebrado a otro individuo de su misma especie.

Es como si oyera la pregunta de mis lectores: ¿Cómo se comportarán entre sí las fieras, las bestias sanguinarias, a las que la Naturaleza ha dado armas poderosas? Si unos vegetarianos tan pacíficos como las palomas se tratan de esta forma, ¿cuál no será la lucha entre dos lobos?

Se podría pensar lo peor; pero el lector sabe que no debe uno fiarse de opiniones cuando existe la posibilidad de observar y comprobar cómo ocurren las cosas.

De manera que, como buenos naturalistas, vamos a considerar lo que ocurre cuando luchan seriamente entre sí dos lobos, dos grandes lobos salvajes y fieros, símbolos de la crueldad que nada perdona. Para ello no es necesario trasladarse a Alaska, al país de los perros de trineo y de los lobos de Jack London, ni tan siquiera seguirme al magnífico parque zoológico de Whipsnade, en Londres, donde, en un amplio recinto plantado de abetos rojos, vive una gran manada de lobos en condiciones parecidas a las naturales, y donde una vez tuve ocasión de presenciar una lucha realmente seria entre dos machos. No, nada de esto es necesario; basta con que se acuerde uno de algo que habrá presenciado docenas de veces: de una pelea entre perros domésticos. Pues estos animales, en inquebrantable tradición, siguen empleando los

mismos procedimientos de lucha que heredaron de sus antepasados salvajes, los lobos y los chacales.



Dos perros, machos viejos, se encuentran en la calle. Se dirigen uno hacia el otro con las patas rígidas, la cola levantada, y el pelo del pescuezo y del dorso, algo erizado. Cuanto más se aproximan, tanto más erguidos, rígidos y erizados se ponen, avanzando con lentitud, aunque sin presentar la cabeza frente a frente, como hacen los gallos cuando se amenazan, sino que pasan de lado, lomo contra lomo, hasta que, finalmente, la cabeza del uno queda junto a la cola del otro. Existe un riguroso protocolo según el cual en este momento cada uno debe oler la región posterior del otro. Si en esta fase uno de los perros tiene miedo, mueve con presteza su cola hacia abajo y, con un rápido giro de ciento ochenta grados, sale del área de percepción olfativa del otro. Pero si los dos perros persisten en su actitud jactanciosa, sus colas permanecen erguidas como estandartes y se prolonga la ceremonia de olisquearse mutuamente entre los cuartos traseros. Todavía es posible que todo termine bien. Puede ocurrir, en efecto, que primero una y luego las dos colas empiecen a vibrar rápidamente en pequeña amplitud, y entonces la situación, que empieza a poner nervioso al espectador, se resuelve en un desenlace más bien cómico.

Pero supongamos que esto no ocurre así y que la situación se pone cada vez más tirante y amenazadora. Los perros empiezan a fruncir la nariz y a elevarla con una expresión de indecible repugnancia, retraen los labios enseñando los caninos, aunque sólo del lado que se dirige al contrario. Entonces empiezan a escarbar el suelo enfadadísimos, un profundo gruñido sube de sus pechos y, finalmente, se desencadena la lucha con estridentes ladridos.

De manera parecida se desarrolló el combate entre los dos lobos que pude presenciar en Whipsnade. El gruñido, apasionadamente retenido, de los lobos hizo que prestara atención a la escena, y me pareció menos violento que el de los perros domésticos, aunque mucho más amenazador. Un enorme lobo viejo, de color gris claro, se enfrentaba con otro de corpulencia ligeramente inferior, pero más joven, y ambos daban vueltas en estrechos círculos con agilidad admirable. Los temibles puñales de la dentadura se movían como rayos en una rápida sucesión de mordiscos, imposibles de seguir. Y, sin embargo, nada grave sucedió, pues siempre el bocado de un lobo encontraba ante sí, para parar el golpe, los blancos dientes de su contrincante. Tan sólo los labios de los combatientes parecían haber sufrido un par de cortes. El lobo menor iba siendo empujado poco a poco, y tuve la impresión de que su contrario, más experimentado, trataba de maniobrar para situarlo junto al cercado. En

realidad, ya estaba junto a la tela metálica, por lo cual tropezó, y en un abrir y cerrar de ojos, el lobo más viejo se echó encima de él. Y entonces ocurrió lo más sorprendente, lo contrario de lo que uno pudiera sospechar.

Al instante cesó la agitación de los cuerpos grises. Los dos animales permanecieron quietos, completamente quietos, tocando hombro con hombro, pero en posición opuesta a la primitiva, es decir, con las cabezas dirigidas en el mismo sentido. Roncaban irritados: el viejo, en tonos muy graves, el más joven, en tono más agudo. Observando atentamente la posición de las dos fieras, se veía que el hocico del lobo viejo tocaba el cuello del más joven, el cual mantenía su cabeza apartada, como ofreciendo a su enemigo la curvatura de su cuello, la parte más vulnerable de su cuerpo. A menos de 3 cm de la tensa piel de su cuello curvado, allí donde las grandes venas pasan bajo la piel, los caninos de su rival brillaban bajo el belfo malévolamente levantado. Mientras que unos momentos antes, durante el combate, el esfuerzo de ambos contendientes se dirige a ofrecer los dientes a los bocados del otro, es decir, la parte más invulnerable del cuerpo, procurando guardar al propio tiempo el cuello, ahora se tenía la impresión de que el vencido ofrecía intencionadamente aquella parte del cuerpo donde una dentellada sería mortal. Y no sólo lo parecía, sino que efectivamente era así, por asombroso que pudiera parecer.

Como ya hemos dicho, la misma escena puede presenciarse siempre y en todas partes, representada por perros callejeros. Elegí como ejemplo los lobos de Whipsnade, simplemente, porque en el animal salvaje que ha sido considerado como símbolo de la crueldad, este comportamiento es más impresionante y convincente que en el animal doméstico, con el que estamos familiarizados.

Pues bien, hemos dejado a nuestros lobos en una situación tensa y generadora de tensión. No constituye un efectismo literario interrumpir aquí el relato, porque realmente aquella situación se prolonga durante algunos segundos, que al espectador le parecían minutos, pero que al lobo vencido tal vez le parecerían horas. Se tiene la impresión de que, de un momento a otro, el vencedor va a dar una dentellada para desgarrar la carótida del vencido.

Pero el perro o el lobo vencedores nunca muerden en esta situación, y no porque no lo deseen, sino simplemente, porque no *pueden.* Un perro o un lobo que ofrece a su contrario el cuello en la forma descrita, jamás es mordido gravemente. El otro gruñe y ronca, chasquea los dientes e, incluso sin haber mordido, hace en el aire los movimientos con que acompañaría a la agonía del contrario. Sea como fuere, esta curiosa inhibición de morder al enemigo sólo dura mientras éste conserva su actitud sumisa, puesto que el adoptar semejante actitud detiene súbitamente la pelea, y en el momento en que esto ocurre, el vencedor se encuentra en una posición incómoda sobre el vencido. Resulta molesto persistir en esta postura, con la boca sobre el cuello del vencido, y es natural que el «vencedor moral», que ya no puede morder, se canse pronto. Cuando se ha alejado unos pasos, en general el vencido procura escapar rápidamente. Mas, por lo regular, no lo consigue; tan pronto como ha abandonado su rígida actitud sumisa, el otro acude como una exhalación, y el desventurado vencido debe aquietarlo de nuevo girando la cabeza y ofreciéndole el cuello en la rígida actitud de rendición. Parece como si el

vencedor esperase sólo que el vencido abandonara su actitud sumisa para poder dar rienda suelta a sus deseos de castigarlo severamente. Para bien del vencido, el vencedor experimenta la irrefrenable necesidad, después de la lucha, de marcar el lugar donde se ha desarrollado el combate, como si fuera su propiedad personal, dejando un aviso público oloroso; en otras palabras, siente la necesidad de levantar su pata junto al objeto adecuado más próximo, o sea, junto a algo que se eleve a cierta altura. Y el vencido suele aprovechar esta ceremonia de toma de posesión para escapar cautelosamente.

Como en otros casos análogos, esta observación casual sirve para darse perfecta cuenta de un hecho enigmático que se repite frecuentemente junto a nosotros y que a diario presenciamos en las más diversas apariencias. No son raras las inhibiciones sociales, sino que, por el contrario, son tan frecuentes que nos parecen la cosa más natural del mundo, lo cual extingue el aliciente de reflexionar sobre ellas. Un refrán popular dice que una corneja no pica en el ojo de otra corneja. Contrariamente a lo que suele ocurrir, en este caso el refrán es cierto. Un cuervo o una corneja que se haya familiarizado con uno, tampoco intentará picotear nuestros ojos, del mismo modo que respeta los de sus congéneres. Cuando «Roa», el cuervo, se posa sobre mi brazo y aproximo intencionadamente mi cara a su pico, de forma que mi ojo abierto quede cerca de la punta peligrosa y curvada hacia abajo, el animal hace algo realmente enternecedor: retira el pico con un movimiento nervioso, que parece incluso atormentado, apartándolo de mi ojo con el mismo gesto con que un padre que se está afeitando levanta la navaja cuando acude su hijita manoteando alegremente en dirección al objeto.

Pero «Roa» acercaba su pico a mi ojo sólo en unas condiciones determinadas: cuando lo requería la llamada *higiene social.* Muchos animales superiores que viven en sociedad, aves, mamíferos y, principalmente, los monos, prestan a sus congéneres el servicio de cuidar de la limpieza de aquellas partes del cuerpo que son inaccesibles para el propio individuo. En las aves se trata principalmente de la cabeza y de los alrededores de los ojos, para cuyo aseo el ave depende de la colaboración y ayuda de los compañeros de su especie. Al tratar de la chova o grajilla he dicho algo a propósito de las posturas con las cuales unas aves invitan a otras a que les cuiden el plumaje de la cabeza. Si yo presentaba ante «Roa» mi cabeza un poco ladeada y con los ojos entornados, como hacen entre sí los córvidos, el ave entendía inmediatamente el significado de estos gestos, aunque yo no tuviera plumas erizadas o mal dispuestas en la cabeza, y empezaba a «cuidar de mi aseo». En tales ocasiones, jamás llegaba a tocar mi piel. La piel de los córvidos es muy delicada y no tolera un trato poco cuidadoso. Con una precisión maravillosa, recorría todos los pelos que podía alcanzar, limpiándolos con el pico. «Roa» trabajaba con la seriedad y el celo que caracterizan a los monos que se «despiojan» o a un cirujano cuando está operando. Esta comparación no está hecha en tono



jocoso, porque el cuidado mutuo de la piel entre los grandes monos consiste menos en destruir sabandijas, que son pocas en estos animales, que en limpiar la piel, y no sólo se limita a la limpieza, sino que, a la vez, se efectúan interesantes intervenciones, retirando con gran habilidad espinitas clavadas o desprendiendo pequeñas masas de suciedad adheridas a la piel.

Las actividades del enorme y poderoso pico curvo de un cuervo junto al ojo abierto de una persona parecen, naturalmente, peligrosas, y los que observaban estas maniobras jamás dejaban de expresar su temor: «uno nunca podía fiarse..., los animales de presa eran animales de presa...»; en fin, la acostumbrada retahila de manifestaciones de la sabiduría popular. Yo solía contestar con la afirmación paradójica de que mi consejero resultaba para mí más peligroso que el cuervo. Muchas personas han sido muertas a tiros de manera súbita por víctimas de la manía persecutoria, que sabían ocultar su peligrosidad con el disimulo que es propio de dichos enfermos. Era más probable –aunque, desde luego, muy poco probable– que el que me aconsejaba fuera uno de estos locos, que el que un cuervo sano y adulto perdiera de pronto, por razones desconocidas, la inhibición que le impide picar en el ojo.

¿Por qué tiene el perro la inhibición de clavar los dientes en el cuello de su rival? ¿Por qué el cuervo es incapaz

de picar en el ojo de su amigo? ¿Por qué la tórtola no posee «seguro» alguno contra el asesinato? No podemos dar por el momento una contestación realmente precisa y adecuada a estas preguntas. Quizá llegaríamos a una interpretación histórica del proceso, en virtud del cual, durante la evolución se han ido desarrollando estas inhibiciones a medida que aumentaban el poder y la peligrosidad de las armas del animal depredador. Sin más explicaciones, resulta clara la utilidad de la existencia de semejantes inhibiciones para un



animal bien armado. Si el cuervo picara sin inhibición alguna los ojos de sus hermanos en el nido, de su pareja o de sus hijos, de la misma forma que picotea cualquier otro objeto brillante y móvil, ya no habría cuervos. El mismo destino seguirían los lobos y perros si de manera imprevisible, y sin inhibición, clavaran dentellada tras dentellada en el pescuezo de sus compañeros de manada y los zarandearan hasta matarlos, de la misma forma con que lo practican con objetos adecuados, o como hace el pequeño pachón con las zapatillas de su dueño.

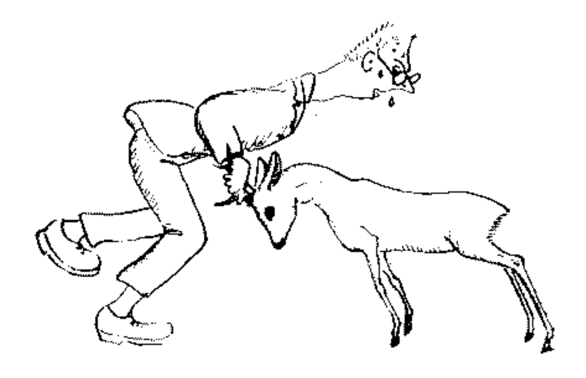
La tórtola no necesita semejantes inhibiciones, porque el animal sólo puede causar heridas en un grado limitado, y su capacidad de vuelo es tan buena, que le basta para escapar de los enemigos mejor armados. El picotazo de una

paloma apenas puede arrancar una plumita, y antes que caiga el segundo, la paloma que se siente vencida puede escapar volando. Pero en las condiciones artificiales de cautividad, cuando la paloma o tórtola dominada carece de la posibilidad de escapar volando, se manifiestan las consecuencias de la falta de inhibición para herir o torturar a los otros animales de su especie. La misma falta de inhibiciones se observa en muchos animales herbívoros «inofensivos» cuando se tienen confinados en un estrecho recinto. Precisamente uno de los asesinos más repugnantes, sedientos de sangre y privados de freno es un animal que después de la paloma, se ha considerado como el símbolo de la dulzura y de la mansedumbre: el corzo.

Esta bestia maligna dispone de un arma, sus cuernos, pero carece de todo freno que limite su uso. La especie «puede permitírselo», pues la velocidad de huida del más débil de los corzos lo pone en seguida lejos de las iras de cualquier macho robusto. Sólo en los cercados muy grandes se puede ver a un corzo macho andar pacíficamente junto con varias hembras. Pero cuando los animales están confinados en recintos más limitados, aquél procura por todos los medios acorralar a sus congéneres en un ángulo y matarlos sin piedad, sean machos o hembras.

El único «seguro» contra asesinato de que disponen los corzos consiste en que el empuje o asalto del macho que ataca es relativamente lento. El corzo no se lanza con la cabeza baja en salvajes topetazos contra el contrario, como hace, por ejemplo, un carnero, sino que primero busca establecer contacto con sus cuernos con el contrario, en cierto modo tanteando con precaución, y sólo cuando nota una resistencia firme, embiste con fuerza. Según las estadísticas recopiladas por Hornaday, director de un parque zoológico americano, los corzos «mansos» causan más accidentes cada año que los leones y los tigres, y precisamente porque la persona que no los conoce bien no toma como anuncio de ataque la aproximación lenta del animal, y ni tan sólo cree que la cosa va en serio cuando el macho, palpando con las cuernas, llega a establecer un peligroso contacto. De pronto llegan los choques, uno tras otro, sorprendentemente poderosos y perforantes, y entonces puede uno decir que es afortunado si ha podido coger a tiempo los cuernos con las manos. Entonces se inicia un torneo que hace sudar a raudales y que destroza las manos; un hombre robusto apenas puede dominar al animal, y para ello ha de procurar colocarse al lado de la bestia y curvar su cuello hacia atrás. Uno tiene reparos en pedir auxilio, sólo por un corzo, hasta que siente cómo se le clava un pitón en el vientre.

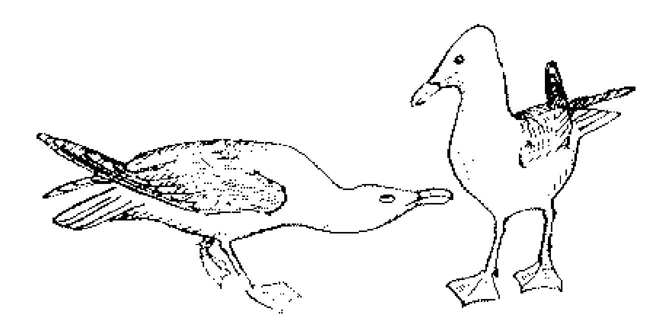
De manera que cuando un corzo, encantador y manso, se aproxima a uno juguetonamente, con su marcha especial, meciendo con gracia su cornamenta,



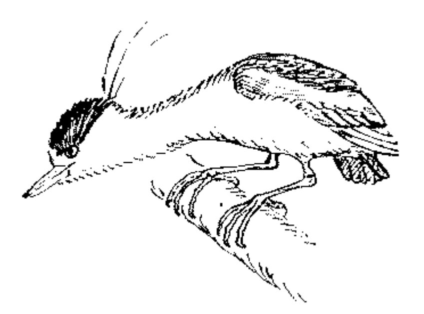
lo mejor es darle un golpe bien fuerte en el hocico con el bastón o con una piedra, o un buen puñetazo, antes de que pueda hincarnos sus cuernos en el cuerpo.

Y ahora, juzgando honradamente: ¿Qué animal debe ser calificado de «bueno»: mi amigo «Roa», a causa de cuyas inhibiciones sociales puedo poner a su merced mi vista sin nerviosismo ni preocupaciones, o bien la candida paloma, que martiriza a otra de su especie durante horas y horas de riguroso esfuerzo? ¿Qué animal es más merecedor del calificativo de «malo»: el corzo, que se atreve a abrir el vientre a hembras y crías de su especie que no escapan a tiempo, o bien el lobo, que no puede morder a su odiado enemigo, cuando éste implora su merced?

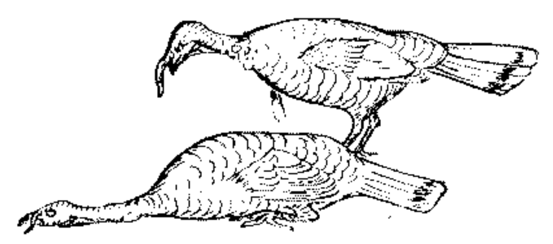
Consideremos la esencia misma de los gestos de sumisión, encaminados a despertar la inhibición social del vencedor. Harían más fácil herir y hasta matar al vencido, en el sentido de que se eliminarían de golpe todos los obstáculos que se oponían a los ataques del vencedor. Por lo que sabemos, todos los gestos y posturas de sumisión o rendición que se observan en animales sociales descansan sobre el mismo principio. En todos los casos, el que pide merced ofrece a su contrario la parte más vulnerable de su cuerpo; mejor dicho, aquella hacia la cual se dirigen los ataques intencionadamente mortales. En casi todas las aves, es la parte posterior de la cabeza. Si una grajilla quiere significar su sumisión a otro individuo de su especie, se agacha algo y vuelve el



occipucio un tanto hacia el compañero de especie a quien desea apaciguar, como si lo invitara a darle un picotazo. Las gaviotas y las garzas presentan, al que reconocen como superior, la parte alta de la cabeza, estirando el cuello horizontalmente, en una posición que deja inerme por completo al que pide merced.



En muchas galliformes, la lucha entre los machos concluye cuando uno de los contendientes queda en el suelo, y el vencedor, subido encima, le picotea el



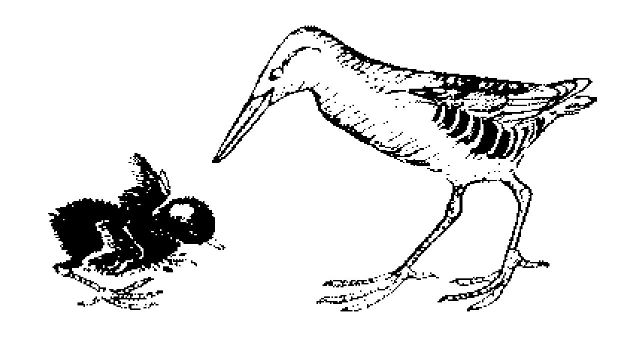
dorso de la cabeza, a la manera de las palomas. Hay una sola especie que pide y concede tregua en estos casos: el pavo. Y, de acuerdo con ello, dispone de un gesto que presupone la intención del vencedor. Si, después del salvaje y grotesco torneo a que se entregan los machos de estas aves, uno ve perdida su partida, extiende inmediatamente el cuello, a todo lo largo, en el suelo. Entonces el vencedor se comporta de manera muy parecida a como lo hacen los lobos y los perros: es decir, aunque parece que le gustaría continuar, no

puede, sigue en posición amenazadora, da vueltas en torno al ave que sigue estirada en el suelo, pero no llega a picar de nuevo al animal indefenso o a subirse otra vez sobre él.

Son trágicas las luchas entre pavos y pavos reales, luchas que se desencadenan con frecuencia, puesto que las dos especies son lo bastante parecidas en las manifestaciones externas de su masculinidad, para que entiendan perfectamente las exteriorizaciones de sus rivales. Pese a la mayor robustez y al mayor peso del pavo, éste suele llevar las de perder, porque el pavo real vuela mejor y lucha con otra técnica. Cuando el gallo de Indias se apresta a la lucha, su colega asiático ya está en el aire y le clava los agudos espolones. El ave americana, de acuerdo con los cánones de su especie, considera esta forma de atacar como algo que no es deportivo, y aunque todavía se sienta fuerte y no tenga necesidad de hacerlo, «arroja la toalla» y se da por vencida en la forma ya explicada. Y entonces ocurre algo espeluznante. El pavo real no sabe descubrir el sentido que encierra esta postura de rendición, que para él no lo tiene, ni despierta o activa inhibición alguna. Por el contrario, pisotea y pica sin parar al pavo inerme, y a no ser que casualmente se observe la escena y se ponga remedio, la cosa acaba mal para el último, pues cuantos más golpes y patadas recibe, tanto más rígida es

su posición de sumisión. Jamás se le ocurre al pavo que lo mejor sería levantarse y escapar.

El hecho de que algunas aves hayan desarrollado órganos de señalización especiales, que actúan como intensifícadores de los gestos de sumisión, prueba hasta qué punto su naturaleza es rígidamente instintiva y cuan grande es su antigüedad en el curso de la evolución. Así, por ejemplo, el rascón de



agua, cuando es joven, tiene en el occipucio una zona desnuda y roja, que es presentada de manera muy expresiva a cualquier rascón atacante, mayor y de más edad, a la vez que su color se intensifica, hasta hacerse rojo oscuro. Así, todas estas curiosas ceremonias se desarrollan de manera que harían fácil al contrario llevar a cabo la acción que se trata precisamente de inhibir. Como es natural, un perro no pierde las ganas de morder cuando el otro, pidiendo merced, le ofrece el cuello. Por el contrario, hemos visto que lo haría con gusto, pero que no *puede.* Lo mismo nos da que esta inhibición sea de naturaleza refleja o de otro tipo. Sólo dejamos constancia, de manera puramente empírica, que un animal que se siente derrotado puede inhibir ulteriores ataques de otro individuo más poderoso de su especie, con sólo ofrecerse, sin defensa alguna, precisamente a la forma de ataque que es más de temer.

¿Es que no conocemos nada parecido en el comportamiento humano? El guerrero homérico que quiere rendirse y pide gracia, arroja su yelmo y su escudo, cae de rodillas e inclina la cerviz, acciones que manifiestamente facilitarían a su contrario el darle muerte, pero que, en realidad, dificultan semejante acción. Todavía hoy, en los gestos habituales de cortesía se descubren indicios simbólicos de semejantes gestos de sumisión: reverencias, quitarse el sombrero, presentar armas en las ceremonias militares. Por lo demás, los gestos de sumisión de los guerreros griegos no parecen haber sido de extraordinaria efectividad; los héroes de Hornero no se dejaban influir por ellos, y, por lo menos a este respecto, su corazón no era tan fácil de enternecer como el de los lobos. El cantor nos relata numerosos casos en los cuales el que pedía merced era muerto sin piedad –o a pesar de la piedad–. También la leyenda heroica germánica abunda en casos donde fallan los gestos de sumisión, y hay que esperar hasta la edad caballeresca del medievo para encontrar, entre las obligaciones de la moral de la guerra, la gracia para el vencido. Sólo el caballero cristiano es, sobre las bases tradicionales y religiosas de su moral, tan caballeresco como pueda serlo, mirándolo objetivamente, el lobo como fruto de instintos e inhibiciones profundamente arraigados. ¡Qué paradoja más asombrosa!



Naturalmente, las inhibiciones innatas y fijas, con aquella precisión que tienen los instintos, y que impiden a un animal usar sus armas desconsideradamente contra sus semejantes, sólo constituyen una analogía funcional de la conducta humana. En el mejor de los casos se podrían imaginar como los inicios de una aurora; en cierto modo, los precursores en la evolución de la moral social humana. Por tanto, el investigador del comportamiento comparado de los

animales hará bien en mostrarse muy precavido en relación con eventuales juicios morales sobre la conducta de los animales. Sea como fuere, me atrevo a formular un juicio de valor que más bien procede del sentimiento: encuentro maravilloso y sorprendente que el lobo se vea impelido a no morder; pero todavía me asombra más la confianza que le demuestra el otro. Un animal confía su vida a la decencia caballeresca del otro. De ello tenemos mucho que aprender los hombres. Por lo menos yo he encontrado aquí una nueva y más profunda comprensión de una máxima evangélica maravillosamente bella y frecuentemente mal interpretada, que hasta entonces había despertado en mí una contradicción de sentimientos: «A quien te hiriere en una mejilla preséntale la otra.» Un lobo me ha enseñado: debes ofrecer la otra mejilla a tu enemigo no para que te vuelva a herir, sino para hacerle imposible que pueda continuar haciéndote daño.

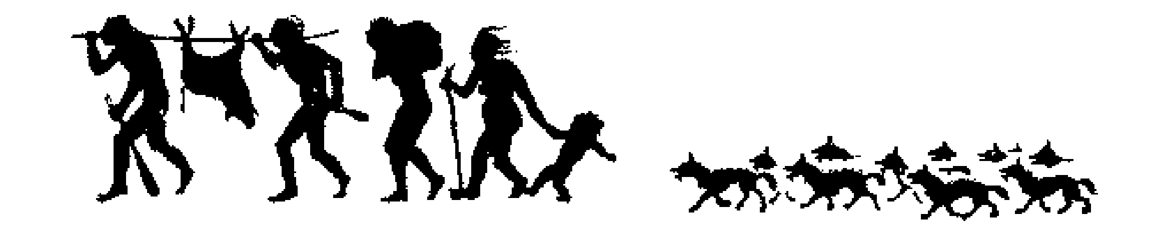
Cuando una especie animal, durante su larga historia, desarrolla un arma tal que puede matar de un golpe a otro individuo de su especie, debe desarrollar, paralelamente a dicha arma, cierta forma de inhibición social que impida el uso de dicha arma para poner en peligro la supervivencia de la propia especie. Pocos son los animales de presa tan carentes de vida social como para quedar dispensados de la necesidad de contar con semejantes inhibiciones. Sólo se reúnen durante la época del celo, y entonces el instinto sexual predomina tanto sobre los restantes, incluso sobre el de luchar, que se puede prescindir de inhibiciones especiales de naturaleza social. Solitarios de este tipo son el oso polar y el yaguar, y es significativo que en la historia del parque zoológico de Schonbrunn, en Viena, cada una de esas especies sea responsable de un asesinato de la pareja. El sistema constituido por los instintos e inhibiciones propios y heredados y por las armas que una especie social ha recibido de la Naturaleza, forma un conjunto cuidadosamente equilibrado, y regulado de manera automática. Todos los seres han recibido su armamento a través del mismo proceso de evolución, que ha ido desarrollando simultáneamente sus instintos y sus inhibiciones, puesto que constituyen una unidad el plan estructural del cuerpo y el plan de actividades propias del comportamiento específico. Sólo hay un ser que dispone de armas que no han crecido con su cuerpo y de las cuales, por tanto, nada saben sus formas innatas de comportamiento; de aquí que no existan las consabidas y eficaces inhibiciones. Este ser es el hombre. Incesantemente aumenta el poder mortífero de sus armas, que se multiplica con el tiempo. Sin embargo, los instintos y las inhibiciones innatas necesitan, para desarrollarse, espacios de tiempo comparables a los que se requieren para adquirir nuevos órganos, o sea,



períodos de una longitud tal que sólo están acostumbrados a ellos los geólogos y los astrónomos, pero de ningún modo los historiadores. Nosotros no hemos recibido las armas de la Naturaleza, sino que las hemos producido con nuestra

actividad libre. ¿Qué nos será más fácil? ¿Crear un arma o el sentido de responsabilidad que pide su uso, la inhibición sin la cual nuestra propia estirpe sería víctima de sus realizaciones? Es necesario que adquiramos esta inhibición con nuestro libre albedrío, puesto que no podemos fiarnos de nuestros instintos.

Hace más de veinticinco años, en noviembre de 1935, concluía un artículo sobre *Moral y armas de los animales* con las siguientes palabras: «Día vendrá en que cada uno de los contendientes será capaz de aniquilar al adversario. Puede llegar el momento en que la Humanidad se encuentre dividida en dos bandos con estas características. ¿Nos comportaremos entonces como las liebres o como los lobos? El destino de la Humanidad dependerá de la forma en que se resuelva esta pregunta.» Existen motivos de preocupación.



DESPUÉS DE TODO, LA FIDELIDAD EXISTE

En algún momento de la Prehistoria, entre el Paleolítico y el Neolítico, aparece, como primer animal doméstico, el llamado *perro de las turberas,* un animal pequeño, semidomesticado y que seguramente desciende del chacal. Puesto que en aquellos tiempos, en el norte de Europa, que es donde se han hallado sus restos, probablemente ya no existían chacales y, por otra parte, el perro de las turberas muestra ya evidentes indicios de domesticación, los constructores de palafitos de la Edad de Piedra fueron los que indudablemente llevaron a sus perros hasta las orillas del Báltico.

Podemos preguntarnos cómo nació la asociación del hombre del Paleolítico con semejante animal. Seguramente se originó de manera involuntaria. Manadas de chacales seguirían a las hordas nómadas de cazadores del Paleolítico, merodeando alrededor de sus campamentos como hacen hoy los perros parias del Oriente, y de los que no puede decirse si son perros domésticos cimarrones o perros salvajes que están dando los primeros pasos hacia la domesticación. Y nuestros antepasados dejaban en paz a estos «basureros» con la misma indiferencia que los actuales pueblos de Oriente muestran hacia los perros parias. Es más, aquellos cazadores paleolíticos, para los cuales las grandes fieras eran peligrosos enemigos, sin duda se encontrarían más a gusto sabiendo su campamento rodeado por un ancho cinturón de chacales, que sin duda le darían aviso si se acercaba algún tigre de dientes de sable o algún oso de las cavernas.

Y en algún momento, a la función del vigilante se añadió la de auxiliar en la caza. La jauría de chacales que seguía a los hombres en espera de los despojos de la presa, en vez de ir a retaguardia pasó a la vanguardia, corriendo ante el cazador para olfatear la presa y levantarla. Podemos imaginarnos fácilmente cómo estos antepasados de los perros domésticos, que acostumbraban comer despojos de animales demasiado grandes para que pudieran cazarlos sin ayuda del hombre, empezaron a mostrar interés especial por dichas especies, cobrando afición a seguir sus huellas y a llamar la



atención del hombre sobre su presencia. Los perros se dan cuenta en seguida de cuándo están bien protegidos, y hasta el más cobarde gozquecillo se siente envalentonado cuando se sabe apoyado por un amigo poderoso. Desde luego,

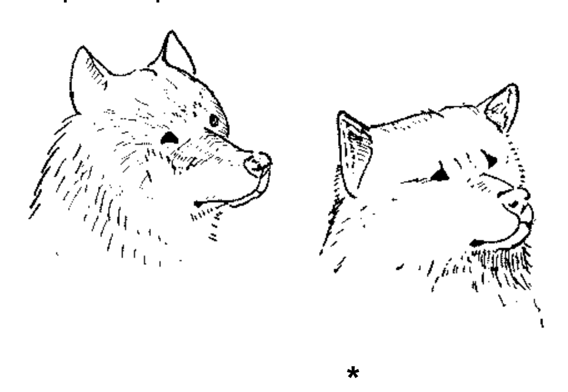
con estas especulaciones no exagero las aptitudes de los chacales de la prehistoria.

Para mí resulta muy agradable, y hasta diría sublime, el poder pensar que la antiquísima alianza entre el hombre y el perro se estableció voluntariamente por ambos contratantes, sin coacción alguna. Todos los demás animales domésticos, exceptuando el gato, en su proceso de domesticación han pasado por una fase durante la cual fueron auténticos prisioneros. Por otra parte, el gato apenas puede llamarse doméstico. En realidad, todos los animales domésticos son esclavos, y sólo el perro es un amigo. Admito que es un amigo subordinado y sumiso: poco a poco, en el curso de los milenios, en las más distinguidas estirpes de perros ha dejado de ser costumbre elegir a un perro como caudillo de la manada, como ocurría en la vida salvaje, considerando como tal, en su lugar, al guía de la horda humana. Realmente, los perros, y en especial los individuos de «carácter», se inclinan a considerar como a su señor al «padre de familia». En los perros primitivos se añade otra relación de subordinación con respecto al hombre, que es diferente de la anterior y menos inmediata. Cuando varios de estos perros viven juntos, uno de ellos se erige en jefe, y los demás se subordinan en realidad a éste y no al hombre. Ahora bien, el jefe es literalmente el «perro de su señor», y los demás son perros de este perro. El que sabe leer entre líneas y conoce las descripciones, incuestionablemente verídicas, de Jack London, llegará a la conclusión de que este tipo de relaciones existe entre los perros de trineo de Alaska. Es interesante que los perros más altamente domesticados no se contentan con tener a un perro como señor, sino que buscan tener un hombre como «perro jefe».

Uno de los acontecimientos más maravillosos y, a la vez, misteriosos, es la elección de señor por un perro de buena casta. Rápidamente, a veces en cuestión de días, se establece un vínculo mucho más fuerte que los que puedan existir entre seres humanos. No hay fidelidad que no pueda romperse, excepto la de un perro verdaderamente fiel.

De cuantos perros he conocido, los más fieles son aquellos por cuyas venas corre, además de sangre de chacal *(Canis aureus),* una porción considerable de sangre de lobo. El lobo del Norte *(Canis lupus)* ha llegado a convertirse, de manera gradual, en animal doméstico, por cruzamiento con perros descendientes de chacales. Está muy difundida la opinión según la cual el lobo ocupa un lugar preeminente como antepasado de todas las razas corpulentas de perros; sin embargo, el estudio comparado del comportamiento demuestra que todas las razas caninas europeas, incluyendo las corpulentas, como los dogos y perros de pastor, son perros originados esencialmente a partir del chacal y que llevan, como máximo, una pequeña proporción de sangre de lobo. Entre los existentes, los perros más relacionados con lobos son ciertas razas de los indios de América boreal, principalmente los llamados *ma-lemuts.* Los perros esquimales llevan sólo una proporción pequeña de sangre de chacal. Las razas caninas nórdicas del Antiguo Mundo, perros lapones, rusos, samoyedos y chow-chows, tienen más sangre de chacal que las correspondientes razas americanas. No obstante, conservan los huesos de las mejillas elevados, los ojos, oblicuos, y la nariz, ligeramente dirigida hacia arriba, rasgos que dan a la fisonomía del lobo su expresión característica. Además, el

chow-chow, en el flameante rojo de su magnífico pelaje, lleva un sello inconfundible de la parte que el chacal ha tenido en su ascendencia.



*

El juramento de fidelidad que establece la adhesión definitiva del perro a un señor es algo enigmático. En los cachorros que proceden de una perrera, aparece súbitamente, en cuestión de pocos días. El «período sensible» para el acontecimiento más importante en la vida del perro ocurre en las razas que llevan mucha sangre de chacal, entre los ocho y los dieciocho meses de edad; en aquellos en que pesa más la ascendencia del lobo, se presenta hacia los seis meses.

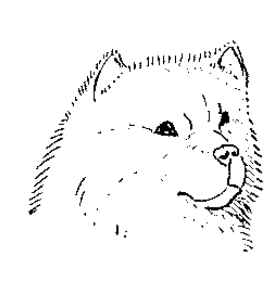
El gran afecto que informa toda la vida de un perro es una corriente que procede de dos cauces muy distintos. Por una parte, representa el apego que todo perro salvaje siente hacia el jefe de su manada, y que el perro doméstico, sin modificaciones esenciales en su carácter, transfiere a su dueño. A ello se añade, en las razas más domesticadas, una forma completamente distinta de adhesión. Muchos de los caracteres en que los animales domésticos difieren de las correspondientes formas salvajes, consisten en la persistencia de características físicas o del comportamiento, que en la forma salvaje son transitorias: el pelaje corto, la cola anillada, las orejas péndulas, el cráneo más abombado y el hocico más breve de muchas razas domésticas de perros, son caracteres «juveniles» de este tipo. En el comportamiento se observa una persistencia comparable de aquella fase juvenil: el apego, que en el animal salvaje existe sólo durante breve tiempo entre el cachorro y su madre, persiste en el animal doméstico durante toda la vida y se transforma en una inamovible fidelidad hacia su dueño.

De manera que hay dos orígenes, hasta cierto punto independientes, de la fidelidad canina: de una parte, la fidelidad a la manada, que se transfiere al hombre, y, de otra, una persistencia de la fidelidad infantil, debida a la domesticación. Una diferencia esencial de carácter entre los perros de ascendencia predominantemente de chacal y los que proceden principalmente del lobo consiste en la diferente importancia que tienen ambas fuentes de la fidelidad. Para el lobo, la manada tiene una importancia inconmensurablemente mayor que para el chacal. Mientras que éste es esencialmente un cazador solitario y sólo a veces se reúne en jaurías para perseguir a sus presas, la manada de lobos que vaga por los bosques nórdicos es una sociedad cerrada y exclusiva, cuyos miembros se guardan fidelidad hasta la muerte. No creo que sea verdad el que los lobos de una manada puedan llegar a devorarse unos a otros, como se ha descrito frecuentemente, porque los perros de trineos no lo

hacen por nada del mundo, aunque estén muriéndose de hambre, y tal inhibición social no la han aprendido, desde luego, del hombre, ni ha sido seleccionada a través de las generaciones domésticas.

La exclusividad reticente y la unidad en la lucha, mantenida a cualquier precio, son características del lobo que influyen favorablemente sobre las razas que contienen una proporción considerable de su sangre, y se diferencian de los perros descendientes de chacales que, en general, se llevan bien con todos y siguen a cualquier persona que tenga en su mano el otro extremo de la correa. Por el contrario, si un perro de ascendencia lobuna ha jurado fidelidad a una persona, el perro es ya para siempre de este dueño, y un extraño no podrá conseguir de él ni un solo meneo de cola. Nadie que haya poseído el afecto de un perro de esta casta podrá sentirse feliz con un perro descendiente de





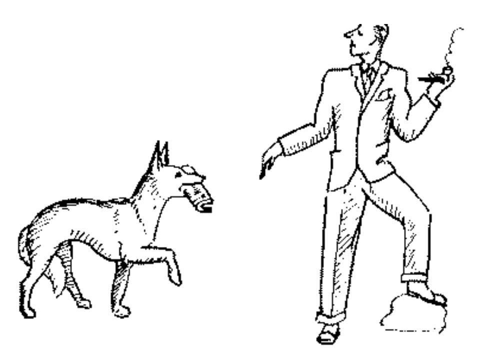
chacales. Pero a esta característica tan agradable se asocian ciertas desventajas, que, al fin y al cabo, son una consecuencia necesaria de la misma fidelidad unipersonal. Se puede anticipar que un perro de este origen, ya adulto, nunca será *tu* perro. Y, lo que es aún peor, si el perro es tuyo y debes dejarlo, el animal pierde totalmente el equilibrio, no obedece a tu esposa ni a tus hijos, y, en su dolor, se convierte rápidamente en un perro callejero sin dueño, abandona su limpieza y vaga por la comarca haciendo estragos.





Un perro en el que predomine la sangre de lobo, pese a su fidelidad y apego, no es servil. Muere si nos pierde; pero no se consigue que acuda a nuestra llamada; tal vez lo que no logro yo, lo consiga un domador de perros más experto. Por ello en la ciudad raramente se ve a un chow libre, andando al lado de su dueño. Un perro con ascendencia lobuna tiene muchas de las características de una gran fiera, de un gran felino, y podrá llegar a ser nuestro amigo hasta la muerte, pero jamás nuestro esclavo. Pese a que no pueda vivir sin nosotros, posee una vida propia perfectamente definida.

Todo lo contrario es el perro con sangre de chacal. Como consecuencia de su antiquísima domesticación, ha conservado ese apego juvenil que hace de él el



compañero que nos sigue a todas partes. En vez de la orgullosa fidelidad viril de la otra casta, que tiene poco que ver con la obediencia cordial, el perro con sangre de chacal nos ofrece una entrega total: día y noche está siempre pendiente de una orden, del menor de nuestros deseos. El perro de esta casta acude a la llamada de manera natural, es decir, no sólo cuando le gusta o lo llamamos de manera juguetona y amistosa, sino porque sabe que debe acudir. Y acude con tanto mayor seguridad cuanto más seriamente lo llamamos, mientras que un perro del otro origen no se acerca cuando teme algo, sino que desde alguna distancia procura apaciguarnos con gestos amistosos. Por desgracia, a estas cualidades buenas y agradables de los perros que descienden del chacal, se oponen otras que derivan también del carácter «juvenil» o «infantil» de estos animales, pero que no resultan tan agradables para el dueño del perro. Puesto que los perros jóvenes de cierta edad, son tabú para los demás de su especie, es decir, no pueden ser mordidos nunca, estos «cachorros crecidos» son confianzudos e importunos con todos, molestan a animales y personas intentando hacerles jugar, lo mismo que niños mal criados que llaman «tío» a todos los adultos. Si esta característica juvenil persiste



durante toda la vida del perro, resulta un carácter desagradable, mejor dicho, una falta de carácter. Lo peor de esta actitud es que los perros que ven un «tío» en cada persona, muestran un servilismo verdaderamente «perruno» frente a los que emplean con ellos energía, aunque sólo sea con moderación. La movilidad juguetona e importuna se convierte en una sumisión infantil. El lector conocerá sin duda muchos ejemplos de estos perros para los que no existe transición entre dar saltos de manera continuada y enfadosa y tumbarse sobre el dorso en actitud suplicante. A trueque de indisponernos con la señora de la casa, pone uno mala cara y gruñe al animal que le coloca las patas encima y le llena de pelos el traje. El perro se tumba, atemorizado, sobre el dorso, y pide merced. Si se comporta uno amistosamente con él, para

congraciarse con la dueña se expone a un lengüetazo en plena cara, y el perro continuará dejando pelos en nuestros pantalones.

Un perro de éstos, que es perro de todos, se extravía fácilmente, puesto que toma confianza con cualquier extraño que se le dirige amistosamente. Para mí un perro que me puede ser robado de este modo, prefiero que me sea robado ya desde el principio. Noto este defecto en las numerosas razas, nobles y bellas, de perros de caza de orejas caídas; la mayoría de estos perros están dispuestos a acompañar a cualquiera que empuñe un fusil. Su utilidad para prestar determinados servicios se basa en su general sumisión a cualquiera. Si ésta no existiera, seríaImposible comprar un perro bien enseñado, o confiar un perro a una de las personas que profesionalmente se encargan de adiestrarlos. ¿No es cierto que un perro sólo puede ser enseñado por un hombre hacia el que siente plena confianza y fidelidad? Si, por tanto, entrega uno su perro a otra persona para que lo eduque, ello ha de ser interpretado por el perro como una traición a la esperada fidelidad. De manera que la relación personal entre el perro y su dueño resulta seriamente perjudicada, incluso cuando el perro, de vuelta de su pupilaje, recupere hasta cierto punto la relación que lo unía con su señor.

Si uno intentara algo semejante con un perro por cuyas venas corre sangre de lobo, o bien éste no aprovecharía en nada sus lecciones y se mantendría retraído y esquivo frente a su instructor, y aun con su agresividad lo llevaría a la desesperación –si previamente hubiese jurado fidelidad a su dueño–, o bien, si era entregado muy joven para ser adiestrado, antes de que hubiera encontrado en su dueño un objeto de fidelidad irrevocable, el animal sellaría el pacto de fidelidad con la persona que lo instruyera. De manera que no puede pensarse ni remotamente en la posibilidad de comprar ya enseñado a un perro de una raza derivada principalmente del lobo. Cualquier intento de adiestrar a un animal separado de su dueño fracasaría. El perro derivado del lobo se entrega totalmente y para siempre a un solo dueño, o bien, cuando no encuentra un verdadero dueño o lo ha perdido, no pertenece a nadie. En este caso «se hace como un gato», con lo cual significo que puede vivir junto a los hombres, aunque sin establecer una profunda relación psíquica con ellos. En este estado se encuentran la mayoría de los perros de trineo de Norteamérica, cuyas profundas posibilidades y valores psíquicos casi nunca son apreciados y recogidos, si no es por un excepcional Jack London, que sabe comprenderlos. Lo mismo puede decirse de muchos chows de Centroeuropa, que precisamente por esta razón no son apreciados por muchas personas aficionadas a otros perros. También los chows se «convierten en gatos» en el sentido ya citado, cuando su primer y gran amor fracasa y no son capaces de establecer nuevas relaciones con otro dueño. Los perros de raza chow establecen su contrato de fidelidad irrevocable en edad más temprana que cualquier perro descendiente del chacal. Los perros más fieles y de mayor personalidad, de razas derivadas del chacal, como los perros de pastor o los terriers de Airedale, pueden ser conquistados del todo por un nuevo dueño a la edad de un año aproximadamente. Pero si uno desea tener toda la confianza y fidelidad de un perro por cuyas venas circule una mayor proporción de sangre de lobo, es preciso criarlo junto a sí desde la más temprana edad. Según mi experiencia de muchos años con chows, hay que adoptar a estos perros cuando tienen cuatro meses de edad o, como máximo, cinco. Ello no

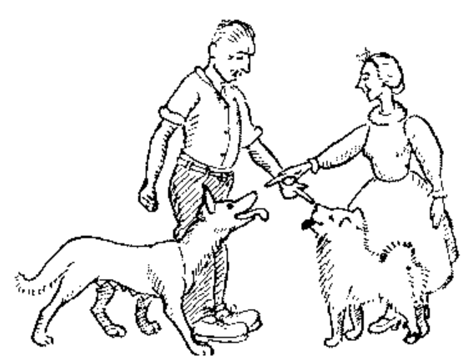
representa un sacrificio tan grande como pudiera suponerse, ya que la propensión a no ensuciarse en las habitaciones aparece antes en los perros derivados principalmente del lobo, que en los que llevan mayor proporción de sangre de chacal. Por lo demás, su pulcritud, que hace pensar en el gato, constituye una de las características más agradables de esta raza.

De estas breves digresiones y comentarios se podría deducir que toda mi predilección es para los perros de razas derivadas fundamentalmente del lobo; pero no es así. Ningún perro de esta estirpe ofrece una obediencia tan absoluta a su dueño como el perro de pastor alemán, o de Alsacia. Por otra parte, las nobles cualidades de animal de presa del perro descendiente del lobo, su orgullosa reserva ante los extraños, la inefable profundidad de su afecto hacia su señor y, al propio tiempo, la discreción y parquedad con que exterioriza su gran amor, en dos palabras, su íntima distinción, impresionan no menos profundamente, y, en este sentido, nada tienen que oponerle los perros con sangre de chacal. Pero no es posible reunir todas las cualidades en un animal, aunque podemos preguntarnos hasta dónde llega semejante imposibilidad. Como es natural, no sería tarea sencilla hacer que los perros que descienden principalmente del lobo ganaran de un salto los centenares de siglos de domesticación, a los cuales deben los perros entroncados por el chacal la persistencia de sus rasgos jóvenes de carácter y, con ellos, su facilidad en establecer afectos y su sumisión. Pero las cosas pueden también discurrir por cauces infrecuentes.

Hacía muchos años que mi mujer y yo poseíamos sendas perras. La mía era «Tito», la perra de pastor ya mencionada, y la de mi esposa, una pequeña perra de raza chow, llamada «Pygi». Ambas constituían tipos puros de sus respectivas razas, representantes clásicos de todas las cualidades características de *Canis aureus* y *Canis lupus,* respectivamente, y fueron causa, en cierta manera, de un conflicto matrimonial. Mi mujer me miraba con cierto desdén, porque «Tito» saludaba afectuosamente a muchos amigos de nuestra casa, porque se revolcaba en cualquier charco, y luego, sin pensarlo y con muy poca consideración, entraba, llena de barro, en las habitaciones, y no cuidaba, en otro aspecto, de la limpieza de las mismas si se olvidaba uno de sacarla, a lo que hay que añadir otros mil pecadillos que jamás cometería un perro de casta de lobo. Por lo demás, dicho perro carecía de vida propia, y era sólo una sombra, sin alma, de su dueño. Sacaba de quicio ver cómo esta perra se pasaba las horas tendida ante mi escritorio, esperando, con miradas de nostalgia, el próximo paseo. ¡Una sombra, sin alma! ¡Y esto «Tito», que era un perro todo alma! Contesté, mortificado, que me importaba un comino un perro con el que no se podía ir de paseo. Un perro debía seguir a su dueño, y «Pygi», a pesar de su decantada y exclusiva fidelidad, en seguida se escapaba para cazar. ¿O es que alguna vez había vuelto mi esposa de algún paseo por el bosque seguida por la perra?

Habría sido mucho mejor procurarse un gato siamés, que era más reservado y más pulcro aún y, además, *era* propiamente lo que correspondía a su conducta, un gato. Porque «Pygi», en realidad, no era un perro. Mi «Tito» tampoco, fue la respuesta; en el mejor de los casos era una figura sentimental de una novela...

Estas discusiones, en las que, pese al tono festivo, se mezclaba siempre un fondo de seriedad, terminaron con el compromiso más natural que podía darse. Un hijo de «Tito», «Bubi», emparejó con la perra «Pygi». Esto ocurrió completamente contra la voluntad de mi esposa, que, como es de comprender, quería criar chows de pura sangre. En esta ocasión pudimos ver cómo se levantaba un obstáculo impensado a estos propósitos, nacido de otra característica de los perros descendientes del lobo: la fidelidad monógama de la perra a un determinado macho. Mi esposa visitó con su perra a casi todos los machos de raza chow que por entonces había en Viena, con la esperanza de



que alguno encontrara buena acogida. En vano; la perra mordió rabiosamente a todos los galanes. Sólo quiso a su «Bubi», y al final lo consiguió, o, mejor dicho, él la consiguió a ella, al hacer trizas una gruesa puerta de madera, tras la cual estaba confinada «Pygi».

De esta forma empezó nuestro intento de cruzar perros de raza chow con alsacianos. Todo el mérito pertenece a la fidelidad de «Pygi» hacia el enorme y bonachón «Bubi». Debe anotarse en mi crédito el que relate exactamente la verdad de lo ocurrido. Porque resultaría tentador escribir, más o menos, esto: «Después de mi análisis previo de las ventajas e inconvenientes del carácter de los perros derivados principalmente del lobo o del chacal, se pudo pensar en unir las disposiciones favorables por medio de cruzamientos apropiados. El éxito superó las esperanzas. Mientras que en otros casos los cruzamientos entre razas distintas reúnen frecuentemente en la descendencia las cualidades peores de los padres, en este caso ocurrió en un grado notable lo contrario...»



Esto sería verdad en lo referente a los resultados, pero lo cierto es que se obtuvieron sin ninguna planificación intencionada.

Hoy nuestra casta tiene poca sangre de perro de pastor, ya que mi mujer, durante mi ausencia a causa de la guerra, cruzó por dos veces en la estirpe

chow de pura raza, a lo que, en último término, se vio forzada, para no caer en cruzamientos excesivamente consanguíneos. Pero aun así, la herencia de «Tito» se manifiesta psíquicamente con claridad, porque nuestros perros son incomparablemente más adictos y más fáciles de instruir que los chows de pura sangre, a pesar de que físicamente sólo un ojo muy adiestrado puede reconocer la pizca de sangre de alsaciano que llevan. Ahora que esta estirpe ha sobrevivido a la guerra, tengo la intención de continuar su cría fijándome como meta el conseguir un perro de características ideales.

¿Existe alguna justificación para añadir otra raza de perros a las muchas que ya existen? Creo que sí. Si se prescinde de algunas profesiones, como cazadores o policías, la mayor parte de las personas buscan en un perro satisfacción espiritual. Lo que puede proporcionar un perro es semejante a lo que da el animal salvaje que nos acompaña a través del bosque: una posibilidad de restablecer el vínculo directo con la Naturaleza, con la omnisciente realidad de la Naturaleza, que el hombre civilizado ha perdido. Para ello necesito un perro que no sea fruto de un capricho tonto de la moda, sino una criatura natural con un psiquismo no deformado, cuyo mérito no estribe en ser una obra de arte de la técnica de los cruzamientos. Por desgracia son pocas las razas de perros que poseen tan deseables características, y las que las tienen en menor grado son precisamente las «modernas», criadas de acuerdo con los cánones de una forma ideal externa.

Todas las razas de perros que han sido sometidas a semejante proceso de selección han experimentado daños psíquicos. Mi intento se dirige precisamente en sentido contrario; quiero establecer como meta de mi cría una unión ideal de las grandes cualidades psíquicas de los perros de la estirpe *lupus* y de la estirpe *aureus,* llegar a conseguir un perro que ofrezca precisamente lo que esperan y desean de estos animales los pobres civilizados que viven sobre el asfalto de las ciudades.

Hemos de ser sinceros para reconocerlo y no engañarnos sosteniendo que necesitamos al perro para vigilancia o para protección. Puede ser cierto que lo necesitamos, mas no para esto. Sea como fuere, puedo decir por experiencia que en ciudades extrañas, y durante tiempos calamitosos, he deseado la compañía del perro que me seguía y he hallado gran consuelo en el simple hecho de su existencia. Él ha sido para mí un apoyo comparable al que se encuentra en los recuerdos de la infancia, en la memoria de los tupidos bosques de nuestra patria, en algo que nos vaya diciendo que, en el fluir constante de la vida, nosotros seguimos siendo nosotros. Pocas cosas me han dado esta seguridad de manera más evidente y tranquilizadora que la fidelidad de mi perro.

REÍRSE DE LOS ANIMALES

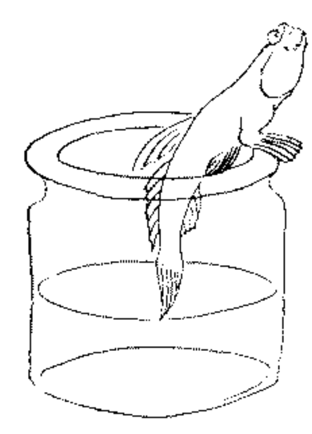


La verdad es que los animales me hacen reír muy pocas veces. Cuando esto ocurre, veo, después de considerarlo bien, que en realidad me he reído de mí mismo o de la Humanidad en general, que los animales saben caricaturizar de manera despiadada. Nos reímos ante la jaula de los monos, pero no nos reímos al contemplar un caracol o una oruga. El cortejo de un ganso gris nos parece irresistiblemente cómico, porque los jóvenes de nuestra especie se comportan de manera muy parecida.

La persona entendida no suele reírse de las curiosidades o rarezas del reino animal. Me siento molesto cuando un visitante de un acuario o de un parque zoológico se ríe de algún animal, el cual ha adquirido una forma del cuerpo que se aparta de lo común, en un prodigio de extrema adaptación a cierto género de vida. Este «público» se ríe de algo que para mí es sagrado: los misterios de la transformación de las especies, la Creación y el Creador. Las formas, grotescas si se quiere, de un camaleón, de un pez erizo o de un oso hormiguero jamás despiertan mi hilaridad, sino más bien un asombro rayano en la veneración.

Concedo que a veces me he reído de rarezas inesperadas o que me han sorprendido, risa que, lo reconozco, no es menos estúpida que la del público que tanto me irrita.

Confieso que me reí cuando por primera vez me enviaron desde Holanda un ejemplar del pez anfibio y trepador *Periophtalmus* y observé cómo el animalito no escapó del acuario, sino que sólo se movió hasta sus bordes, y allí se apoyó erguido, dirigiendo la cabeza hacia mí, fijando en mí sus ojos saltones y



agudos. Uno debe hacerse cargo de lo que significa un pez, un verdadero e indiscutible pez óseo, que, en primer lugar, toma una posición que recuerda algo a un canario apoyado en un palito y luego mueve la cabeza como un animal terrestre o como lo que sea, pero, desde luego, no como un pez; luego

fija en uno su mirada, la mirada de los dos ojos, mostrando una aptitud que ya nos hace gracia en las lechuzas, porque ni siquiera la generalidad de las aves puede usar de sus órganos de la visión de manera tan semejante a la humana. Lo cómico del caso reside, en buena parte, en el recuerdo que el comportamiento del pez despierta en acciones específicamente humanas.

La verdad es que casi siempre que los animales me han hecho reír, me he reído en realidad de los hombres, de mí mismo, de los espectadores. El que se ocupa en investigar el comportamiento de los animales superiores, con gran frecuencia él mismo ha de conducirse de manera que resulta extremadamente cómica. Esto es inevitable, lo mismo que el hecho de que lo crean fuera de sus cabales cuantos lo contemplan de lejos o de cerca. Si todavía no me han llevado a una institución para enfermos mentales, hay que atribuirlo a la circunstancia de que en Altenberg tengo fama de inofensivo, fama que, por otra parte, comparto con el otro loco del lugar. Mas, para justificación de los vecinos de Altenberg, quiero contar detenidamente un par de hechos.

Una vez estaba haciendo experimentos con jóvenes ánades azulones, encaminados a averiguar por qué razón los patitos incubados artificialmente, y recién salidos del cascarón, eran inasequibles y esquivos, en contraste con los de gansos nacidos en las mismas condiciones. Los pollos de ocas silvestres creen que es su madre el primer ser viviente que encuentran, y lo siguen con toda fidelidad. Pero lo cierto es que los patitos no querían saber nada de mí. Recién sacados de la incubadora, sin ninguna experiencia previa, me tenían miedo, escapaban y se agachaban en la primera esquina sombría que encontraban. ¿Cuál podía ser la causa de esta diferencia de comportamiento? Me llamó la atención, una vez que puse a incubar una nidada de huevos de azulón con un pato de otra especie, el que los patitos recién nacidos no aceptaran como madre a su ama seca. Tan pronto como estuvieron secos escaparon corriendo, y mi trabajo me costó reunir y salvar a los patitos que vagaban lloriqueando. En otra ocasión confié la incubación de huevos de pato azulón a una pata doméstica blanca, y los patitos siguieron a su ama como si hubiese sido su verdadera madre. Debía tratarse de la voz de llamada del ave, ya que, por su aspecto externo, el pato doméstico difería mucho más del pato azulón que éste de la especie a que me he referido antes. Pero el azulón y el pato doméstico, que desciende él, tienen de común las exteriorizaciones sonoras, que en el curso de la domesticación han permanecido prácticamente invariables. La conclusión a que llegué es que si yo quería que los patitos se vinieran tras mí, tenía que graznar como un pato azulón.

Y así lo hice. Precisamente el Sábado de Gloria debía de nacer en la incubadora una serie de ánades azulones de pura sangre. Cuando los patitos estuvieron secos, los tomé bajo mis cuidados y recité las voces de llamada utilizando mi mejor «patés». Hora tras hora, proseguí con mis graznidos, que ya duraban medio día y que afortunadamente fueron coronados por el éxito. Los patitos miraron hacia mí confiados, y esta vez no mostraron temor alguno. Cuando, sin dejar de imitar la voz de llamada de los ánades, empecé a moverme lentamente, ellos, obedientes, emprendieron también la marcha y me siguieron en apretado pelotón, de la misma forma que los patitos siguen a su madre. Mi teoría estaba convincentemente demostrada: los patitos recién salidos del cascarón reaccionan de una forma innata a la voz de llamada de su

madre, pero no a la imagen de la misma. Todo lo que produce el sonido adecuado es considerado como madre, sea un pato blanco y grueso de raza de Pekín o un hombre, más voluminoso aún. Pero el objeto que sustituye a la madre y que el patito interpreta como tal, no puede ser excesivamente voluminoso. Al empezar estas experiencias con los patitos me había sentado en la hierba, y para desencadenar su reacción de seguirme me había apartado de ellos en una posición parecida, o sea, agachado. Pero cuando me puse de pie e intenté marchar delante de ellos erguido, se negaron a seguir, miraban a todas partes como si buscaran algo, y pronto empezaron a dejar oír sus penetrantes silbidos, que son señal de que se sienten abandonados y a los que, para abreviar, me referiré diciendo simplemente que «lloran». No podían imaginarse una madre que fuera tan alta. De forma que si quería que me siguieran, tenía que andar agachado. No resultaba muy cómodo, y menos aún lo era el que una pata de verdad, en sus funciones de madre, grazne de manera continuada. Si interrumpía mi melodioso «cuaegueguegueg», aunque fuese sólo durante medio minuto, los patitos estiraban el cuello, lo cual equivale a «poner la cara larga», en términos humanos, y si no graznaba en seguida, estallaban los lloros. Por lo visto, tan pronto como callaba, creían que me había muerto o que ya no los quería, motivos suficientes para llorar. De manera que estos patitos resultaron ser unos pupilos mucho más exigentes que los pequeños gansos grises. Aquello me fatigaba mucho. Imagínese lo que representa dos horas de paseo con semejante prole, siempre agachado y graznando sin cesar...

En aras de la Ciencia he aceptado gustoso esta molestia durante muchas horas. Así, un domingo de Pascua andaba agachado y graznando con mis patitos nacidos el día anterior, en un prado que se extiende en la parte alta de nuestro jardín, satisfecho de la obediencia y exactitud con que mi rebaño me seguía a trompicones. Una vez que levanté la mirada, vi que en la cerca del jardín asomaba una fila de rostros pálidos: las caras pertenecían a un grupo de



excursionistas domingueros que me contemplaban horrorizados. Motivo tenían. La gente veía a un señor más bien grueso, con bigote, moviéndose agachado y haciendo extrañas contorsiones, mirando casi continuamente por encima del hombro y, por si fuera poco, graznando sin cesar. Pero los patitos, que lo habrían explicado todo, y podían devolver la fama al protagonista, los patitos, por desgracia, ocultos entre la hierba crecida del prado, no eran visibles para el grupo de asombrados espectadores.

Ya he dicho antes que las chovas o grajillas reconocen durante mucho tiempo al ser que ha desencadenado su reacción colectiva de defensa, o sea, al que ha atacado a una de las aves. Ello constituía un gran obstáculo para el anillamiento de las grajillas jóvenes criadas en mi colonia. Cuando las cogía del nido, para colocarles en una pata la anilla de aluminio que las caracterizaría, era imposible evitar que me vieran los pájaros adultos y que iniciaran el consabido concierto. ¿Cómo lograr, pues, que la maniobra del anillado no fuera causa de que las aves me tuvieran miedo ya para siempre? De ocurrir así, mis estudios se habrían dificultado en un grado inconmensurable. La solución era sencilla: un disfraz. ¿Pero cuál? También tenía la solución a mano: el disfraz estaba preparado y me aguardaba en un cajón del desván; era muy adecuado para mis propósitos, pese a que normalmente sólo se usaba el día 6 de diciembre, con motivo de una fiesta popular austríaca. Era un magnífico disfraz de demonio, de gruesa piel; tenía una máscara que cubría toda la cabeza, con cuernos y lengua, y llevaba una larga cola, rematada por un penacho. ¿Qué pensaríamos si un apacible día de junio oyéramos un salvaje alboroto de chillidos que llegara de los tejados de una casa y, mirando hacia arriba, viéramos al mismísimo diablo, con sus cuernos, cola y pezuñas, y con la lengua fuera –probablemente, a causa del calor–, trepando de chimenea en chimenea y rodeado de pájaros negros chirriando estridentemente? Me parece que no nos fijaríamos en que la labor del diablo consiste en insertar, con unos alicates, anillos de aluminio en las patas de las chovas pequeñas, devolviendo cuidadosamente los animales a sus nidos después de la operación. Cuando hube acabado de anillar a los pájaros, vi que en la calle se había reunido una multitud, la cual miraba con un aire tan estupefacto por lo menos como el de los excursionistas del día de Pascua. Puesto que de haberme dado a conocer ha-



bría estropeado sin remedio mi propósito, me limité a saludar amistosamente agitando mi diabólica cola y a meterme por una escotilla del desván.

La tercera vez que me vi en peligro de ser llevado a una casa de orates tuvo la culpa mi gran cacatúa de copete amarillo «Koka». Poco antes de Pascua había comprado, a un precio relativamente elevado, esta ave, que era bella y muy mansa. Tardó muchas semanas en poder superar los daños psíquicos de su cautividad. Al principio no podía comprender que ya no estaba sujeta y que podía moverse libremente. Era un espectáculo verdaderamente lastimero ver al magnífico animal, posado en una rama, intentando emprender el vuelo, pero sin atreverse a volar realmente, porque «no podía creer» que ya no estaba sujeto a una cadena. Cuando, finalmente, superó todas sus inhibiciones, se

convirtió en un ave vivaracha y esforzada y comenzó a mostrarme un afecto entemecedor, semejante al de un perro.

Cuando la dejaba salir del lugar en que aún se encerraba por la noche, volaba a buscarme, con lo cual ejercitaba una inteligencia asombrosa. Al poco tiempo conoció los lugares en que era probable que me encontrara yo: primero volaba a la ventana de mi dormitorio, y si no me encontraba allí, se dirigía al estanque de los patos y luego repetía mi recorrido matutino a las distintas residencias de animales de nuestra estación. Esta búsqueda pertinaz no estaba exenta de peligros, y varias veces se extravió. Por esta razón, mis colaboradores habían recibido instrucciones rigurosas, en el sentido de que no dejaran a la cacatúa en libertad mientras yo estuviera ausente.

Un magnífico sábado de junio, viniendo de Viena, me apeé en la estación del ferrocarril de Altenberg, junto con un grupo de turistas que venían a pasar el fin de semana y a bañarse, pues los días de fiesta mi población natal es muy frecuentada por excursionistas. Había dado unos pocos pasos por la calle principal, donde la multitud aún no se había dispersado, cuando vi alta, muy alta, un ave, que de momento no pude identificar. Volaba con un aleteo uniforme y pausado, interrumpido a intervalos regulares, en los que se dejaba deslizar suavemente. ¿Un águila ratonera? El ave me parecía más pesada y, sobre todo, más cargada por unidad de superficie de sustentación. ¿Una cigüeña? No era lo bastante grande, y si lo hubiera sido, pese a la gran altura a que estaba, se habría notado la longitud del cuello y las patas. El ave se inclinó, y los rayos del sol, que ya iba a su ocaso, iluminaron por un momento la parte inferior de las alas, que brillaron sobre el azul del firmamento. El ave era blanca: ¡Dios mío!, era mi cacatúa, que estaba a gran altura, verosímilmente con la intención de emprender un largo recorrido, en vuelo de gran regularidad. ¿Qué hacer? ¡Llamar al ave! ¿Has oído alguna vez, lector, la voz de llamada, en vuelo, de la gran cacatúa de moño amarillo? ¿Nunca? Pero sí que

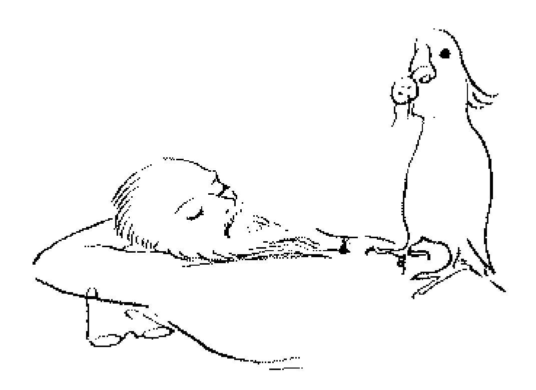


conocerás la matanza del cerdo a la antigua. Pues bien, imagínate los chillidos del cochino, en su máxima intensidad, como si fueran recogidos con un micrófono y, amplificados, emitidos por un altavoz. El hombre los puede imitar muy bien, aunque algo débilmente; le basta gritar «¡oee, oee!» con todas las fuerzas de sus pulmones. Ya había comprobado que la cacatúa entendía esta

imitación, y acudía rápidamente a las voces. ¿Pero me oiría desde una altura tan grande? Había que probarlo. A las aves les cuesta siempre más decidirse a bajar que a subir. ¿Debo gritar o no? Si bramo y acude el ave, todo está bien. Pero, ¿y si grito y el ave no hace caso, y sigue en las alturas? ¿Cómo va a interpretar mis vociferaciones la multitud de personas que me rodean?

Por fin me decidí: bramé y bramé bien. A mi alrededor, las personas quedaron como si un rayo los hubiera caído encima. La cacatúa revoloteó un momento irregularmente, luego sus blancas alas se plegaron y se precipitó en vuelo picado, para aterrizar sobre mi brazo extendido. Todo había ido bien.

Otra vez la misma cacatúa me asustó seriamente con una de sus hazañas. Mi padre, entonces ya muy anciano, acostumbraba dormir la siesta en una silla



reclinable, en la parte del mediodía de nuestra casa, al pie de la terraza. No me hacía mucha gracia saberlo expuesto allí al sol del mediodía, por razones de salud; pero él no quería abandonar su antigua costumbre. Un día, a la hora de la siesta, oí cómo mi padre, desde aquel lugar, echaba maldiciones. Al acudir corriendo, vi al anciano en una posición difícil e intentando levantarse, muy inclinado y con los brazos alrededor del cuerpo.

¡Por Dios, padre!, ¿qué te ha ocurrido? «Nada –fue la respuesta–, no me ha pasado nada; pero este maldito pajarraco me ha arrancando todos los botones de los pantalones mientras dormía.»

Y así era. La inspección ocular demostraba que en el lugar de autos había quedado dibujada con botones toda la silueta del señor consejero: aquí los brazos, allá la chaqueta, y en este punto, sin duda alguna, la abertura de los pantalones.

Una de las aventuras más graciosas de esta cacatúa, que por su inventiva y habilidad recordaba a los monos e incluso a los niños, tuvo su origen en el gran afecto que el ave tomó a mi madre, que, mientras estaba en el jardín, continuamente hacía calceta. Al parecer, la cacatúa había llegado a comprender perfectamente la mecánica del ovillo y la utilidad de la lana. Siempre cogía con el pico el extremo del hilo, y emprendía vigorosamente el vuelo, desenrollando tras sí el ovillo. El ave subía por los aires al modo de una cometa que tuviera una larguísima cola, y luego daba vueltas alrededor de un gran tilo que entonces se levantaba ante nuestra casa. Una vez que nadie le interrumpió en el desarrollo de su plan, envolvió el árbol hasta arriba de hilo de lana de colorines, que no hubo forma de recuperar de entre las numerosas ramas muy extendidas y divergentes. Los visitantes quedaban estupefactos

ante el tilo, sin comprender para qué había sido adornado y, mucho menos, cómo había podido ser colocada la ornamentación.

La cacatúa hacía la corte a mi madre de la manera más encantadora; la rodeaba danzando grotescamente y la seguía por todas partes. Si no la encontraba, la buscaba con el mismo ahínco que en su juventud ponía en localizarme a mí. Ahora bien, mi madre tenía cuatro hermanas. Una vez, estas tías y otras amigas, de edad semejante, se habían reunido para celebrar algo en la galería de nuestra casa. Estaban sentadas en torno a una gran mesa redonda. Ante cada señora había un plato de magníficas fresas de la propia cosecha, y en el centro de la mesa se había dispuesto una fuente con azúcar en polvo. La cacatúa, desde fuera, mientras pasaba casualmente por allí, o tal vez de intento, vio a mi madre presidiendo la mesa. En seguida entró el ave en vuelo descendente a través de la amplia puerta, que, a pesar de su tamaño, resultaba algo estrecha para la envergadura de sus alas, dispuesta a aterrizar delante de mi madre sobre la mesa, en el lugar donde solía hacerle compañía mientras ella se dedicaba a su labor. Pero encontró la pista de aterrizaje ocupada por objetos que entorpecían la necesaria maniobra y, por añadidura, el círculo de caras desconocidas y risueñas. Se dio perfectamente cuenta de la situación, quedó suspendida en el aire moviendo las alas sobre la mesa, al modo de un helicóptero, giró sobre su eje vertical y, de nuevo, dando todo el gas, se marchó por donde había venido. Pero con ella se fue también el azúcar de la fuente, impulsado por el viento que levantó el aleteo. Y alrededor de la mesa seguían sentadas siete tías albas como la nieve, siete damas rococó del todo blancas, incluso de cara, y que mantenían los ojos forzadamente cerrados. ¡Una escena hilarante!



SUMARIO

SOBRE ALGUNOS DEFECTOS DE FÁBRICA. Un prólogo compungido a la segunda edición austríaca ... 6

PRÓLOGO........... 9

Los animales pueden resultar incómodos ... 11

Algo que nunca puede causar daño: un acuario . . 17

Dos animales de presa en el acuario..... 22

Sangre fría........... 26

Sempiternos camaradas........ 37

El anillo del rey Salomón....... 68

Nuestra pequeña «Martina»....... 79

Hazme caso y no compres ningún pinzón . . . 89

La compasión hacia los animales..... 103

La moral y las armas........ 108

Después de todo, la fidelidad existe..... 121

Reirse de los animales........ 130